

JOSEFINA ROSSI



# MI DULCE infierno

EL AMOR EN LLAMAS

# Mi dulce infierno

*El amor en llamas*

Josefina Rossi

Copyright © 2018 Josefina Rossi

Todos los derechos reservados

## Contenido

[Capítulo Uno](#)

[Capítulo Dos](#)

[Capítulo Tres](#)

[Capítulo Cuatro](#)

[Capítulo Cinco](#)

[Capítulo Seis](#)

[Capítulo Siete](#)

[Capítulo Ocho](#)

[Capítulo Nueve](#)

[Capítulo Diez](#)

[Capítulo Once](#)

[Capítulo Doce](#)

[Capítulo Trece](#)

[Capítulo Catorce](#)

[Capítulo Quince](#)

[Capítulo Dieciséis](#)

[Capítulo Diecisiete](#)

[Capítulo Dieciocho](#)

[Capítulo Diecinueve](#)

[Capítulo Veinte](#)

[Capítulo Veintiuno](#)

[Capítulo Veintidos](#)

[Capítulo Veintitres](#)

[Capítulo Veinticuatro](#)

[Capítulo Veinticinco](#)

[Capítulo Veintiséis](#)

[Capítulo Veintisiete](#)

[Capítulo Veintiocho](#)

[Capítulo Veintinueve](#)

[Capítulo Treinta](#)

[Capítulo Treinta y uno](#)

[EPÍLOGO](#)

# Capítulo Uno

## ABIGAIL

—Déjame ver si te entiendo. Tu gato se atascó en un árbol, ¿así que usaste tu excavadora para sacarlo?”. Le pregunté.

—Sí, eso es lo que dije —explicó Lili Hall, con su tono de voz exasperado.

Yo sólo sabía el nombre de Lili porque era la segunda orden para cada vez que se respondía una llamada en Willow Brook Fire & Rescue. Lamentablemente, todavía no tenía claro cuál era la naturaleza de la emergencia de Lili.

—Entonces, ¿está bien tu gato?

El suspiro de Lili cruzó la línea. —Tom está bien. El problema es mi excavadora.

Cuando contesté hace un minuto, Lili había hablado tan rápido, que todo lo que había podido juntar era algo que tenía que ver con un árbol, un gato y una excavadora.

—Dime qué le pasó a tu excavadora entonces, Lili.

Esperé a oír que la excavadora tuviera un nombre. Porque esto era Alaska y la gente le colocaba nombre a sus herramientas y cosas así. Sólo había vivido aquí cerca de dos años, pero rápidamente me di cuenta de que algunas cosas eran más importantes que otras. Coches brillantes y joyería lujosa no lo eran tanto. Las excavadoras o los aparejos de pesca valen su peso en oro.

—Oh, bueno, todo estaba bien al principio. Lo puse junto al árbol, y Tom se metió en el cubo sin problemas. Lo bajé al suelo y cuando lo giré, olvidé lo cerca que estaba la zanja y se cayó. Estoy atrapada dentro —explicó Lili.

Con bastante calma, debo añadir. Esta era la primera intervención de un humano involucrado en esta clase de emergencia más allá de solo un papel de observador. Debo admitir que me sorprendí, por su calma sobretodo, en su tono podía percibir una cuota de molestia por verse en esta situación.

Toqué el botón de alarma de mi escritorio. Eso alertaría a la tripulación en servicio mientras yo mantenía a Lili en línea hasta que llegaran a su

ubicación. Ya había conectado sus coordenadas GPS a nuestro sistema. Con la mecanografía rápida de fuego, rellené un resumen para que la tripulación lo viera.

—¿Estás herida? —Le pregunté a Lili. Pensando para mí, siempre y cuando estuviera bien, era casi gracioso que no mencionara su situación hasta este punto de nuestra llamada. Comencé preocupada por el gato, luego por la excavadora, sin embargo, lo importante fue cuando ella contó que quedó atrapada en la excavadora que se había caído en una zanja.

—Creo que sí —dijo Lili suspirando. —Tom me mira por la ventana. Me duele un poco el hombro.

—¿Te importa si me das información básica mientras el equipo de rescate se dirige hacia ti?. —Supongo que no —contestó Lili con otro suspiro.

Escuché las puertas del garaje abriéndose en la parte trasera del edificio de bomberos y rescate de Willow Brook y las sirenas sonando. En cuestión de segundos, una ambulancia pasaba corriendo por las ventanas delanteras con un camión de bomberos a su paso.

Lili estaba muy tranquila y me dio su información con algunos soplos que no podía adivinar bien si eran por sentirse hostigada o adolorida. Sentí que estaba más incomoda con su situación que conmigo.

Escuché a uno de los miembros de la tripulación informar de que estaban a solo tres minutos del lugar. Yo era la única despachadora de Willow Brook Fire & Rescue. Aunque Willow Brook era una pequeña ciudad de Alaska, enclavada en un valle en las estribaciones de la cordillera de Alaska, su proximidad a Anchorage y su ubicación central en el estado habían hecho que sus equipos de bomberos y rescate fueran uno de los centros del estado.

Habían mas grupos de bomberos. Otros dos de los equipos más importantes de la agencia salieron despachados de Willow Brook, junto con un equipo local, por otro llamado. Las tres tripulaciones tenían una formación completa como bomberos de alto nivel, ello requería una formación intensiva y un trabajo agotador. Se enviaron equipos dispuestos a morir a los incendios más peligrosos y remotos del país. La extensa geografía de Alaska se prestaba para la ocurrencia de muchos incendios. Los equipos de Willow Brook servían principalmente a Alaska, sin embargo, iban a dondequiera que se les llamara. Cuando no estaban en las profundidades despobladas luchando contra los incendios forestales, manejaban lo que ocurría aquí.

Hablé con Lili hasta que oí llegar a la tripulación. Tan pronto como terminé mi llamada con ella, mi otra línea sonó, indicando que alguien de la tripulación estaba llamando.

—¿Sí?

—Hey Abi, ¿cuál es la emergencia? ¿El gato o la excavadora? —preguntó Liam Turner.

En el momento en que habló, me enfadé. Liam inevitablemente me molestaba. Prácticamente podía verlo sonreír. Siempre quería jugarme bromas o terminar las frases de forma irónica dejándome sin respuesta. Era casi irritante. Apreté los dientes y me dije a mí misma que me mantendría calmada y profesional.

—Ninguno de los dos. Lili, la mujer que llama, está atrapada en la excavadora. ¿No estás ahí? —pregunté, orgullosa de mí misma por mantener mi voz perfectamente nivelada.

—Aún no. El equipo dice que está bien, por cierto. ¿Te importaría decirme qué tiene que ver esto con un gato?

—Su gato estaba en un árbol. Ella usó el cubo de la excavadora para sacarlo, y luego la excavadora se metió en una zanja —expliqué.

—Por supuesto. Porque tiene mucho sentido usar una excavadora para sacar a un gato de un árbol —dijo con una risita baja, y su tono irónico que ya conocía a la perfección.

Pase lo que pase, por mucho esfuerzo que pusiera en mantener mi serenidad Liam se las arreglaría para meterse bajo mi piel. Lo siguiente que supe, fue que estaba discutiendo el punto. —No es la peor idea. Quiero decir, ella sacó a Tom del árbol —respondí.

—¿Tom?

—El gato. Su nombre es Tom —le expliqué.

Otra risita baja de Liam hizo que apretara mi mandíbula aguantándome no gritarle. Yo estaba acalorada y la molestia que sentía me obligó a prácticamente seguir discutiendo sobre la sensibilidad de usar una excavadora para sacar a un gato de un árbol.

—¿Necesitas algo más de mí? —Me puse nerviosa.

—No. Buena charla, Abi —contestó.

La línea se cortó en mi oído. Podía jurar que me llamó sólo para hacerme enojar. Me sacudí mis pensamientos de él, ajusté mi auricular y rápidamente ingresé todo desde la llamada en nuestro sistema de datos. Tenía curiosidad por ver cómo estaba Lili. La actitud imperturbable de ella me

afectó y me hizo querer saber con seguridad si estaría bien.

Recibí algunas llamadas más mientras la tripulación estaba fuera. Pero aún no regresaban cuando llegó la hora pico, y el centro de llamadas en Anchorage tomó el relevo para que yo me tomara el descanso del almuerzo. Todavía no había tenido noticias de la tripulación y esperaba que Lili estuviera bien. Había aprendido que no era de mucha ayuda que los equipos fueran interrumpidos con mis llamadas para algún reporte, así que sólo tenía que esperar. Apagué mi computadora y me dirigí a la parte de atrás.

Dos de nuestros equipos estaban en el medio de la nada lidiando con dos incendios diferentes en Alaska. Con el resto de la tripulación fuera, la parte trasera de la estación estaba desierta. Me sentía sucia después de una mañana cambiando el aceite de la vieja camioneta que me había dejado la abuela. Un beneficio adicional de trabajar en el Cuerpo de Bomberos y Rescate era el acceso a las enormes bahías del garaje y a las herramientas en abundancia. Las tripulaciones se encargaban de todo su propio mantenimiento. Entre las tres tripulaciones, había una sola bombera, Jimena Gilmore. También era una de las pocas amigas que tenía. En las últimas semanas, había dedicado parte de su tiempo a explicarme como cambiar el aceite de mi camioneta, así que había probado esta mañana lo aprendido cuando no había nadie. Me hubiera gustado que no estuviera en el campo porque no me sentía lo suficientemente cómoda para preguntarle a ninguno de los chicos si lo había hecho bien.

Ya sea que haya cambiado el aceite correctamente o no, sentía que una ducha era necesaria.

Había estado tratando de averiguar qué hacer con mi calentador de agua. Se había descompuesto por más de una semana. Las duchas frías apestaban, así que había estado aprovechando las duchas aquí siempre que podía. Prefería no hacerlo cuando había alguien alrededor, obviamente, así que planeaba hacerlo rápido. La tripulación no había avisado por radio que estaban de regreso, así que pensé que tenía un poco de tiempo.

En unos minutos, estaba saboreando el agua caliente y humeante que me caía encima. La presión del agua caliente industrial aquí era fenomenal. Me preguntaba si podría encontrar una forma de conseguir este tipo de presión en la casa de la abuela. Mi corazón se apretó un poco.

Técnicamente era mi casa porque la abuela me la había dejado cuando ella falleció, pero todavía no podía pensar en ella como mía. Tenía demasiado de su toque personal y los recuerdos de su último tiempo. Agité la cabeza y agarré el jabón para comenzar enjabonándome rápidamente por todas partes.

Estaba enjuagando el champú de mi pelo cuando oí una voz.

—¿Qué diablos...?

Abrí los ojos para ver a Liam de pie en la entrada de las duchas. Puede que el hombre sea el tipo más irritante que conozca, pero Liam era el hombre más sexy y guapo que había conocido en persona. Un macho en todo su esplendor. Y allí estaba en toda su gloria, parado frente a las duchas.

Todavía tenía su equipo puesto a medias, pero se había quitado la camisa. Sus rizos negros eran un desastre salvaje, y tenía suciedad en sus mejillas y brazos. Su pecho era una obra de arte, todo músculo brillante, cada centímetro de él prácticamente tallado en piedra. Su overol de trabajo pesado colgaba de su cintura, tentando a mis ojos a mirar más abajo.

Cielos, estaba tan estúpidamente mirándolo que olvidé por un momento que estaba completamente desnuda. Los ojos de Liam estaban muy abiertos, y su boca también caía abierta. La cerró, y sus ojos, esos ojos hermosos, pecaminosamente verdes, hicieron una barrida de arriba abajo sobre mí. Si no supiera que soy del tipo normal de chica, hubiera creído que su mirada se oscurecía de deseo. Pero eso era una locura, Liam ha visto cuerpos desnudos mejores que el mío, eso estaba claro, sin embargo, puedo entender la impresión de toparse con una compañera desnuda en las duchas, eso sí tenía lógica.

# Capítulo Dos

## LIAM

Abigail Collins estaba parada en las duchas, su delicioso cuerpo desnudo estaba disponible para que yo lo viera. Justo frente a mis ojos estaba libre y simple, pero hermosa como es ella. Digo libre y simple, porque no hay belleza mas sensual que una mujer sexy sin esforzarse por serlo. No podría haber evitado que mis ojos se desviarán por todas sus curvas, aunque lo hubiera querido. Burbujas de jabón recorrían toda su piel. Y pese a estar inmóvil, algo en mi se movió y quise acercarme para seguir el rastro de esa espuma, solo para tener la dicha de acariciar su suavidad. Pero la verdad es que estaba atascado contemplándola y haciendo una copia fiel de esta imagen en mi mente.

Sus rizos de color marrón oscuro estaban mojados y caían sobre sus hombros, el agua casi los alisaba, pero eran tan salvajes que no se podían domar. Sus grandes ojos marrones eran como platillos. Oh, alguna vez imaginé que el cuerpo de Abigail podría ser grandioso, pero lo tenía escondido detrás de sus camisetas y vaqueros, jamás ostentó de su figura, así que verla era un golpe de realidad. Mi vista se devolvió a sus senos... Dios mío, sus pechos. Eran redondos y llenos de vida, con pezones rosados oscuros. Yo estaba tal vez a tres metros de ella, así que no podía estar seguro, pero estaba bastante convencido de que sus pezones se apretaron mientras yo estaba ahí parado y la miraba fijamente.

Su cintura se curvó hacia adentro y luego sus caderas se ensancharon. Mi pene estaba duro en un segundo. Podía imaginarme instantáneamente agarrando esas caderas, la suave carne cediendo, y hundiéndome dentro de ella. De repente, ella di un grito pequeño y se dio la vuelta. Si ella pensó que eso ayudaría, no. Su trasero era tan delicioso como el resto de ella. Nunca me han gustado las mujeres delgadas. Son cuerpos lindos, pero demasiado, bueno, delgados. Me gustaba algo a lo que aferrarme. Abigail tenía curvas en los lugares correctos, muchas a las que aferrarme.

—¿Te importa? —dijo ella, queriendo generar distancia entre nosotros. Su voz estaba amortiguada por el agua, pero su actitud molesta se hizo notar fuerte y clara.

Cada vez que se ponía así conmigo, era imposible resistir la tentación de jugar con ella. —No me importa en absoluto. Ni un poquito —respondí, dejando que mis palabras se alargaran.

Estaba diciendo la pura verdad. Podría quedarme ahí todo el día y mirarla fijamente. Si mi pene tuviera algo que decir al respecto, estaría haciendo mucho más que mirar.

—Dios mío —murmuró. —Liam, por favor

Pero esa expresión no parecía enojada. Parecía angustiada, y ya no era gracioso. Siempre quise jugarle bromas a Abigail para divertirme con su poca paciencia, pero no podría llevarla a un punto en que ella se sienta mal. Yo no sería así de idiota con una mujer y mucho menos con ella. De repente se me vino a la mente que el resto de la tripulación estaría aquí en cualquier momento. No quería que nadie más la viera así. Aunque siempre me había sentido protector con Abigail, ahora me sentía territorial. No quería que nadie más viera lo hermosa que ella era.

—Cuando salga de aquí, mantendré a la tripulación a raya —dije mientras forzaba mis pies para que se movieran y salieran.

Un poco más tarde, después de haberme duchado con el resto de la tripulación, salí al frente de la estación donde estaba el puesto de Abigail. Pensé que sería mejor si ella y yo superábamos el impase y nos quitábamos el momento incómodo del camino. Empujé a través de la puerta giratoria de la entrada para encontrarla con los ojos bien enfocados en su computadora.

Cuando empezó a trabajar aquí, había sido bastante lenta con los equipos, pero era constante y profesional en las llamadas. Así que la mantuvimos, en parte por eso y en parte por lealtad a su abuela. Sara Collins, ella había sido nuestro único personal administrativo durante décadas, hubo incluso un tiempo en que era la única mujer en la estación, era alguien que sabía su trabajo como nadie y llevaba todo de forma correcta y ordenada. Cuando ella le pidió al jefe de policía que contratara a Abigail, él aceptó inmediatamente. Abigail era una trabajadora increíblemente responsable y la respetaba por como realizaba su trabajo. Sin embargo, desde que llegó, sentí una atracción por ella, era tímida, pero tenía carácter, me intrigaba y me gustaba su dulce rostro, pero me las había arreglado para mantener a raya cualquier sentimiento hacia ella, durante los dos años que ella ha estado en la ciudad. Verla como acabo de verla no ayudaría en nada a mantenerme a un costado esa afinidad por ella

Incliné mis codos sobre el mostrador que rodeaba su escritorio. —Así

que a Lili Hall le va mejor ahora —dije, pensando qué si empezaba con algo neutral y normal tal vez nos dejaría pasar por alto cualquier incomodidad.

Abigail levantó la vista. —¡Oh, ¡qué bien! Estuvieron allí un con ella. ¿Qué ha pasado?

Me reí. —La mayor parte del trabajo consistía en colocar la excavadora en una posición segura para que pudiéramos sacar a Lili. Se rompió la clavícula y el codo, así que la llevaron al hospital.

Todavía no estoy seguro de cómo lo logró, pero esa maldita excavadora estaba de su lado. Si no hubiera estado adentro, no habría sido gran cosa, pero estaba atrapada en la esquina del vehículo, así que tuvimos que tener cuidado. Nos costó un poco de trabajo, pero todo salió bien.

Abigail sonrió. —Deberías haberla oído cuando llamó. Ni siquiera mencionó que estaba en la excavadora hasta que pasaron unos minutos.

—No me sorprende en absoluto. Lili está acostumbrada a cuidar de sí misma. Estaba más enojada porque necesitaba ayuda que cualquier otra cosa.

—Bueno, me alegro de que esté bien.

Después de eso, Abigail miró a su computadora y puso los dedos en una pulsera en su muñeca. Sus dientes atraparon su labio inferior, preocupándose. Oh, Mierda, ahora si estaba perdido. Mi gran plan para pasar esto se esfumó. Dos años de tratar de ignorar el atractivo que creía que escondía Abigail y ahora sabía exactamente cómo se veía, cada centímetro glorioso de ella.

—No quise sorprenderte allá atrás. ¿Por qué diablos necesitas ducharte aquí? —Ahí estaba mi boca, tropezando con el único tema que prefería evitar.

Sus mejillas se pusieron rosadas, y mantuvo sus ojos enterrados en la pantalla de su computadora. —Mi calentador de agua se estropeó —murmuró.

Perfecto. Algo más en lo que concentrarse aparte de Abigail desnuda y mi pene palpitando en mi pantalón. —Bueno, ¿por qué no lo arreglas? —Hice la pregunta bastante obvia.

Sus grandes ojos marrones se abalanzaron sobre los míos otra vez. Maldita sea. Era hermosa, y parecía no tener ni idea. Tenía esos rizos marrones salvajes que apenas podía mantener escondidos en una cola de caballo que combinaban a la perfección con sus ojos marrones anchos y pestañas gruesas que le rozaban las mejillas, además su hermosa piel clara estaba salpicada de pecas. Ella tiene una belleza natural que no necesita maquillaje, ni adornos.

—No estaba segura de a quién preguntar —dijo finalmente.

—Vamos, Abigail. Cada uno de nosotros aquí estaría encantado de ayudar. ¿Qué tal si me paso mañana? Echaré un vistazo y veré si puedo averiguar qué es lo que está mal. Si no, te ayudaré a instalar uno nuevo.

Le preocupaba algo más, lo podía notar en como sostuvo el labio inferior con sus dientes ligeramente torcidos, sólo lo suficientemente torcidos como para hacerla sonreír cuando decidió soltar lo que realmente le pasaba.

—Me preocupa que cueste demasiado —dijo finalmente.

Ah. Ahora lo podía entender, no era algo importante para mí. Abigail se mantenía por debajo de lo que yo ganaba, y yo dudaba que ella tuviera ahorros para hablar de gastos extras. Por lo que yo sabía, ella estaba sola desde que su abuela falleció. Mi corazón dio un golpe raro. Lo ignoré.

—Empecemos por ver si puedo arreglarlo, ¿de acuerdo?

Me miró a los ojos, sus mejillas aún rosadas, y finalmente asintió. —De acuerdo.

Empujé el mostrador y empecé a caminar afuera, su voz me atrapó justo antes de que pasara por la puerta.

—¿Liam?

Miré hacia atrás. —Gracias —dijo ella.

Eso es todo lo que dijo, pero añadió una sonrisa. Me quedé como un idiota, parado, le devolví la sonrisa y salí. Era todo lo que podía hacer para no dar la vuelta, caminar directamente hacia ella y besarla.

# Capítulo Tres

## ABIGAIL

Limpié el mostrador de la cocina y colgué la toalla sobre el mango del horno antes de mirar a mi alrededor. La cocina de Nana era luminosa y aireada y fluía hacia una sala de estar con una vista impresionante del Lago de los Cisnes y de Denali a lo lejos. Denali era la pieza central de Alaska y el pico de montaña más alto de Norteamérica. Nana hizo construir esta casa para aprovechar al máximo la belleza natural que la rodea. La cocina y la sala de estar dan a la vista del lago y las montañas se distinguen a través de las ventanas de piso a techo que se extienden hasta el segundo piso. Un balcón se sentaba contra la pared trasera con un pasillo corto que contenía puertas a dos dormitorios y un baño. Incluso en los cortos días de invierno, las ventanas dejan entrar todo el sol disponible.

La cocina tenía una isla curva que la separaba de la sala de estar con una encimera de granito verde salvia y electrodomésticos de acero inoxidable actualizados. El suelo de abedul claro aportaba luminosidad adicional al espacio con salpicaduras de color en las alfombras multicolores dispersas por el salón. Todo aquí era de la abuela. Ella había actualizado esta casa sólo unos pocos años antes de su fallecimiento, así que se sentía moderna y nueva, con un estilo juvenil pero aun muy propio de ella, fuerte y elegante. El exterior era de cedro con una cubierta que envolvía tres lados de la casa. Podía sentarme afuera y mirar el lago al frente, mirar el campo a un lado de la casa con sus flores, o mirar el bosque siempre verde al otro lado.

Este era el lugar más bonito en el que había vivido. No tenía más que buenos recuerdos de haber venido aquí de visita cuando era niña. Mi mamá había fallecido después de un ataque al corazón cuando yo tenía sólo tres años. Había tenido un defecto congénito sin diagnosticar en una de sus válvulas cardíacas. Mi padre era un tipo de padre casual. Casualmente se convirtió en padre, pero eso era todo. Siempre llevando una vida desordenada y viviendo para sacar el mayor provecho del mundo y del sistema, sin tomarle el peso a ninguna situación en la vida, sorpresivamente siempre las cosas funcionaban a su favor. Desfavorablemente siempre me vi teniendo que cuidarme la espalda de cualquier situación en la que me pudiera exponer.

No sé por qué no me había entregado a la abuela, pero nunca lo hizo. Me arrastró de un lado a otro como si fuera una idea de último minuto. Nunca vivimos en ningún lugar más de un año. Cuando llegué a la escuela secundaria, dejé de esforzarme demasiado por hacer amigos porque no valía la pena.

Volviendo al ahora. La abuela murió y me dejó todo lo que tenía hace dos años. Como mi madre había sido su única hija, yo era su único pariente vivo. Aunque sólo veía a la abuela cada pocos años, ella había sido la piedra de toque de mi vida, un lugar seguro y una persona en quien confiar. Cuando me enteré de que ella estaba enferma, junté cada centavo que tenía para tomar un vuelo de California a Alaska. Había pasado unas semanas con ella mientras recibía cuidados paliativos antes de que falleciera. Vine aquí sólo para ver a la abuela, estar con ella en su último tiempo y cuidarla lo que más pudiera. No tenía ningún plan ni dinero cuando murió. Me sorprendió saber que me había dejado todo. Todo consistía en esta casa y las diez hectáreas que la rodean, un camión, un coche, todo el equipo en el garaje y todo lo que hay en la casa.

También heredé otros cincuenta acres que estaban en una reserva protegida y que permanecerían sin desarrollar para siempre por lo que yo entendía. El abogado de la herencia de la abuela me había informado que ella también había establecido un fondo de fideicomiso para mí, pero no podía acceder a nada en él hasta que cumpliera los treinta y cinco años. No podría haberme importado menos ese misterioso fondo fiduciario. La verdad es que nunca esperé recibir nada de esto, nunca lo consideré realmente mío, sin embargo, siempre consideré a mi abuela como la única familia que conocía. La quería.

La tarde en que me enteré de que todo esto era mío, fue extraño. Había entrado en la oficina de ese abogado, arrastrada por el jefe de policía, Lucas Morris, y Anette Cox, ambos amigos de la abuela. Yo en ese momento estaba en la quiebra y no tenía dónde ir porque no tenía suficiente dinero para volar de regreso a California, sin embargo no me importaba mucho, sabía que debía encontrar un trabajo y empezar de cero, siempre me había tenido que esforzar por las cosas que lograba, esta no sería la excepción, yo estaba segura que con honestidad y trabajo podía seguir mi camino, aun que no tenía muy claro *cual era el camino* que quería, además, había valido la pena estar con ella en sus últimos días, tenía un sentimiento extraño, aceptaba la realidad, sabía que no podía cambiar como habían sido las cosas en mi vida,

sin embargo el tiempo con ella me hizo desear que todo fuera distinto y haberla disfrutado mas, haber sido criada por ella, pero fue un sentimiento que debía mantener al lado, las cosas eran así y ya nada se podía hacer, por eso mismo intente estar en cada momento que pude.

Luego de una hora de haber entrado a esa oficina, salí del lugar con más de lo que había imaginado. Para sellar con broche de oro mi día, el jefe Morris me había ofrecido el antiguo trabajo de Nana en la estación de bomberos y rescate. Hasta el día de hoy, estaba bastante segura de que la abuela se lo había pedido, pero no me importaba. Necesitaba un trabajo.

Por algún milagro, durante mi periodo escolar mantuve mis calificaciones y con ello obtuve una beca para una universidad local. Antes de venir aquí, me las había arreglado para graduarme con un título en biología y había estado trabajando duro en una cafetería de la ciudad donde vivía mientras tomaba las clases por semestre para estudiar y convertirme en paramédico, hasta cuando me dieron el aviso y volé hasta acá.

Ahora no era que ganaría una tonelada como operador de llamadas, pero era un horario estable y tenía beneficios. Este trabajo resultaba ser perfecto para mí. Era como si Dios y la abuela hubieran decidido hacer un plan y despejar el camino para llevar una vida tranquila, segura y estable, por todos los años en los que no tuve esa serenidad.

Mi vida ahora era más sólida que nunca.

Miré la casa de la abuela y me pregunté qué pensaría de esta casa ahora Liam. El sólo hecho de pensar en Liam hizo que una corriente pasara por mi cuerpo. Pensé que me moriría de vergüenza cuando me preguntó por qué me estaba duchando en la estación. Esperaba que pudiéramos fingir que nunca me había visto desnuda. Luego se ofreció a ayudar con el calentador del agua. Dios, eso era aun mas intenso.

No sabía cómo encajar aquí en Willow Brook. Estaba acostumbrada a ser la extraña, la nueva, y a estar mas preocupada de cuidar de mi misma que de hacer amigo o acostumbrarme a algún sitio en particular. No formé lazos con personas ni relaciones duraderas no me involucraba lo suficiente para que a alguien le importara demasiado. En cambio, aquí, todos conocían a la abuela y aunque apenas me conocían, actuaron como si yo fuera su pariente perdido. Era un poco raro para mí. Sabía que querían ser amables, pero no estaba acostumbrada y no sentía que me lo había ganado.

Mis ojos se posaron en el reloj, un reloj caprichoso con un cuervo negro y audaz como telón de fondo y el llamado del ave sonaba cuando el reloj

marcaba la hora. Oh mierda. Liam llegaría en cualquier momento.

*Cálmate, chica. Sólo está aquí para arreglar tu calentador de agua. Sí, pero me vio desnuda. Totalmente desnuda.* Era la discusión en mi mente, mientras intentaba componerme.

Y por Dios, no era solo que un chico fuera a arreglar algo a la casa, o que me hubiera visto desnuda cualquiera; Él era un hombre guapo y experimentado, sabía como hacerme enloquecer y como seducir con su sonrisa cautivante. Manejar eso no era poco, mucho menos con la casa sola, no era como en el cuartel donde frecuentemente estaba rodeada de mas compañeros. Esto me estaba poniendo nerviosa.

No había olvidado la visión de su torso desnudo. Diablos, he estado fantaseando sobre sus pectorales desde que lo vi ayer. En ese momento, mis ojos solo lo veían a él y mi mente también, olvidé incluso el agua correr. La fantasía sexual de toda mujer, estaba frente a mi. El calor se acumuló en mi barriga sólo de volver a recordarlo. Oh mierda. Necesitaba despejarme y enfriar mis sueños.

Además, Liam nunca se interesaría por mí. Estaba fuera de mi alcance. Dios mío, el hombre era material de calendario de chicos sensuales. Un hombre firme, simpático, social, seductor y guapo, si, le gustaba jugarme bromas, pero era parte de su personalidad, si yo no hubiera estado tan interesada en mantener mi puesto de trabajo, seguro hubiera estado derretida con cada exasperante burla. Y yo, bueno, yo sólo era yo, una chica de aspecto normal, bastante simple, tímida y muy poco social, no estaba interesada en las cosas banales, ya tenía suerte con la vida que me había regalado mi abuela y no quería hacer nada por estropear este momento de paz y sosiego.

No podía estar pendiente de él, esa clase de chicos son así con todas, no podía enganchar con ese viejo truco. Era un buen hombre, no tenia dudas, era lindo y todo eso, pero era un coqueto. Conocía su reputación. Le encantaba el verano porque podía salir con una mujer nueva cada semana, gracias a los turistas que acudían en masa. Esa era su gracia y quizás su único *problema*, efectivamente no era un hombre serio, y yo no estaba para esas tonterías. No me veía encariñándome de un tipo que solo me vería como una del montón.

Me estremecí mentalmente. Pensar en Liam de cualquier otra manera que no sea como un tipo con el que trabajaba era una mala idea. Técnicamente, era uno de mis jefes. Lucas Morris y los tres superintendentes de tripulación eran los que dirigían el espectáculo en Willow Brook Fire & Rescue. La única razón por la que estaba aquí era para ayudarme con el

calentador de agua. Eso era todo. Realmente quería que me devolvieran el agua caliente. Aunque tenía todo lo que necesitaba, no tenía mucho dinero ahorrado, así que me preocupaba por lo que tenía que gastar para este arreglo.

Un fuerte golpe me sacó de mis pensamientos. Me di la vuelta y corrí hacia la puerta de la cocina. Al abrirla, mi respiración se aceleró. Liam estaba parado en la puerta, con sus rizos negros que brillaban bajo el sol de la tarde. Sus verdes ojos se arrugaron en las esquinas con su siempre coqueta sonrisa. Sonreía con mucha libertad, así que nunca supuse que era para mí. Liam probablemente coquetearía con una roca si se le diera la oportunidad.

—Hey Abi —dijo al pasar junto a mí.

Él era la única persona que usaba ese apodo conmigo. Lo odiaba y lo amaba al mismo tiempo.

Mis ojos aterrizaron en su motocicleta, el sol se reflejaba en el manillar. Su moto se adaptaba a su personalidad, imponente y negra, había visto claramente mucha acción. No hay como una motocicleta para aumentar su vanidad.

Liam llevaba una camiseta azul marino descolorida, junto con unos vaqueros negros y unas botas de cuero maltratadas. Sus músculos endurecidos eran fácilmente visibles. Era el tipo de hombre que tenía un cuerpo por el que derretirse, pero no era el resultado de querer ser un tipo engreído. Era porque eso es lo que era y cómo vivía. Los bomberos de alto rango eran los más duros de los duros. El trabajo exigía que se mantuvieran en óptimas condiciones físicas en todo momento. Era una cuestión de vida o muerte cuando estaban en el campo, dependiendo de sí mismos y de su tripulación para manejar condiciones agotadoras y trabajo físicamente brutal durante días y días.

Apoyó la cadera contra el mostrador con una bolsa de herramientas de lona que tenía suelta en la mano. Miró a su alrededor y su sonrisa comenzó a desaparecer. —Maldición, no he estado aquí desde que Sara estaba viva. Se ve exactamente igual —murmuró, sus ojos giraron hacia mí.

Tragué y traté de no soltar a llorar en este momento. Dios, era ridículo lo fácil que me afectó. Mi vientre hizo un giro lento cuando sus ojos captaron los míos. De alguna manera, el hecho de que me hubiera visto completamente desnuda hizo que todo se sintiera demasiado íntimo para que me sintiera cómoda. No era una mojigata, pero me complicó que haya sido Liam quien me atrapó en las duchas. Cualquiera de los otros tipos, podría haberme avergonzado, pero lo habría superado rápidamente. Sólo era Liam quien se

podía meter bajo mi piel de esta manera.

Me las arreglé para asentir con la cabeza cuando me miraba. —Sí, no he cambiado nada. No hay razón para hacerlo

Se quedó callado durante un rato y luego se encogió de hombros. — Suponga que no. ¿La echas de menos?

Su pregunta me tomó desprevenida, pero asentí con la cabeza antes de pensarlo. —Sí, sí. La extraño todo el tiempo

Se quedó callado, su mirada se volvió sombría. Intenté pensar que si alguna vez había visto a Liam tan serio como ahora. No creí recordar haberlo visto así nunca.

—Lo siento —dijo finalmente. —Apesta perder a alguien que significa mucho. Sara era más o menos una abuela para todos nosotros en la estación. Yo también la extraño

Había escuchado muchas variaciones de este comentario de muchos de los chicos de la estación. Me sentí orgullosa y triste a la vez: orgullosa de saber que ella había causado tanto impacto en tantas vidas y triste porque no había podido pasar más tiempo con ella. Era un hecho evidente que todos los que habían estado en su círculo en Willow Brook habían visto mucho más de ella de lo que yo nunca había visto.

Los caprichos del azar habían puesto a mi madre, una linda chica libre y elegante en el camino de mi padre, un apostador petulante. Aun no podía imaginar cómo se había sentido atraída por él. Sólo tenía dieciocho años, era joven y quería extender sus alas más allá del pequeño mundo de Willow Brook. Nunca lo había visto más que como un hombre irresponsable, más bien infantil. Sin embargo, había visto a tantas mujeres girar a través de su vida, todas ellas fácilmente seducidas por su encanto y forma de lanzar este hechizo como si su vida fuera de alguna manera glamorosa. En pocas palabras, mi madre cayó en las redes del amor y luego murió lejos de Willow Brook. Eso me dejó con mi padre. Habría vendido mi alma por más tiempo con la abuela, pero al menos pasé unas semanas con ella antes de que muriera que fueron, al menos para mí, muy hermosas, mas allá de saber que no la tendría, pude aprovecharla al máximo e intenté que supiera cuanto la amaba. Dudaba de que ella pudiera haber adivinado el regalo que había sido dejarme su casa. Ella siempre había sido la persona que yo consideraba mi ancla y ahora su lugar era mi lugar.

No me di cuenta de que estaba ahí parada, pensando en la abuela. Liam aclaró su garganta. Volví a poner mis ojos en los suyos, momentáneamente

sorprendida por la comprensión que contenía su mirada. Tuve que empujarme para recordar lo que había dicho por última vez.

—Sí, apuesto a que sí. Muchos de los chicos de la estación dicen eso. Pero tengo un parecido a la abuela —dije para alivianar la charla.

Mostró una sonrisa irónica. —No, pero sería un poco raro si lo tuvieras. Nos gustas tal como eres. Nos mantienes alerta, y ella hacía unos brownies malos. Si Sara estuviera aquí, tendría que decirle que los tuyos son mejores.

No pude evitar reírme. De alguna manera, se las arregló para aligerar perfectamente el momento. No podía saber que perder a la abuela no era tan simple como perderla, sin recordarme todo lo demás. No podía pensar en ella sin que todo el resto de mi equipaje fuera arrojado al frente de mi mente.

—Está bien, déjame ver ese calentador de agua que tantos problemas te trae —dijo Liam, empujando la cadera del mostrador y caminando hacia el centro de la cocina.

—Vale, está aquí atrás —le dije, pasando junto a él hasta la puerta de la parte de atrás de la cocina.

Un medio baño y la lavandería estaban allí, junto con el actualmente inútil calentador. Pasó a mi lado y rápidamente empezó a jugar con las cosas en el calentador. El baño se sentía realmente pequeño, aunque sólo era porque la lavadora y la secadora, junto con el calentador, ocupaban el poco espacio extra que había. Aunque se sentía lleno de gente, yo estaba muy consciente de que era solo por la presencia de Liam, con mi pulso tarareando y revoloteando en mi vientre, quería ver lo que hacía. Si lograra arreglarlo, yo sabría cómo hacerlo por mi misma la próxima vez, si esto volviera a pasar.

Después de unos minutos, miró por encima de su hombro, mostrándome una sonrisa. Querido Dios. No necesitaba sonreír. Hizo que mi cuerpo se volviera loco. En un milisegundo, tenía calor en todas partes y sabía que mis mejillas estaban rosadas. Por milésima vez desde que conocí a Liam, deseé no sonrojarme tan fácilmente.

—Solución fácil —anunció antes de reclinarsse sobre sus talones y alcanzar la bolsa de herramientas.

A pesar de que mi cuerpo estaba haciendo el mismo baile loco que hacía cuando estaba cerca de Liam, estaba decidida a saber lo que estaba mal. —¿Qué tiene? —pregunté, arrodillándome a su lado y observando lo que estaba haciendo.

—El Dispositivo Calefactor está quemado. Traje uno conmigo, no te preocupes —dijo mientras agarraba algo de su bolso.

Se movió rápidamente. Si quería ver, tendría que mirar por encima de su hombro, lo que significaba acercarme demasiado para sentirme cómoda. Me enderecé y me apoyé contra la pared, enojada conmigo misma por ser tan ridícula cuando estaba cerca de él.

—Pareces preocupada, Abigail —comentó Liam conversando mientras hacía lo que sea que estuviera haciendo. —¿De qué te preocupas? Tendrás agua caliente en una hora.

—Intentaba ver lo que estabas haciendo, para poder arreglarlo yo misma si volvía a ocurrir —dije, sorprendiéndome al decir la simple verdad. No me gustaba aceptar lo duro que trabajaba para depender únicamente de mí.

Terminó lo que estaba haciendo y cerró el panel lateral del calentador. Mientras estaba de pie, metió sus herramientas en su bolsa y tiró el embalaje de cualquier *'dispositivo'* que había mencionado a la basura junto al fregadero. Me miró directo a los ojos. El baño pasó de ser pequeño a ser diminuto. Su presencia era tan, bueno, grande. Era todo un hombre, emanándolo por sus poros prácticamente.

Sus ojos verdes y profundos escudriñaron mi cara. —Si tu calentador de agua se arruina de nuevo, lo arreglaré de nuevo —dijo simplemente.

*Por qué, oh Dios.* Mi pulso galopó cada vez más rápido después de ese comentario. Me esforcé tanto por no necesitar a nadie porque, bueno, la vida me había enseñado que ese no era generalmente un buen plan. Había una parte de mí, una que nunca había sabido que existía hasta ahora, que le entusiasmaba la idea de que Liam estuviera ahí para mí si lo necesitaba. Aunque fuera sólo para un calentador de agua. Lo único que esto significaba era que por muy pequeño que fuera lo que digiera este hombre a mí me excitaba. A lo grande.

# Capítulo Cuatro

## LIAM

Abigail estaba inquieta, quizás preocupada, lo notaba por su gesto con el labio inferior. El infierno mismo para mi. Se veía muy nerviosa y maldición, requería mucho dominio para no hacer algo ridículo como abrazarla. Bueno, yo también quería cogérmela y apenas había sido capaz de dejar de pensar en su cuerpo desnudo y caliente con jabón por todas partes.

Estaba apoyada contra la pared en el baño, sus tempestuosos rizos estaban amarrados en un moño. Sus mejillas estaban enrojecidas y esos anchos ojos marrones eran más anchos de lo normal. No estaba acostumbrado a que me perturbara tanto una mujer, me sentía fuera de mis dominios. Por ejemplo, justo ahora, gracias al cielo que tenía una bolsa de herramientas en la mano para recurrir a proteger mi pene que había cobrado vida y estaba por su cuenta. Podía sentirlo presionando contra la cremallera de mis vaqueros.

*Sólo vine por una razón, para arreglar su calentador de agua.* Me repetí. Ya lo había hecho y ahora debería estar avanzando a la salida. En vez de eso, estaba muy consciente de que esta era la primera vez que estaba verdaderamente solo con Abigail. Claro, tuve momentos en la estación en los que otros no estaban allí con nosotros, pero siempre había alguien cerca. Incluso cuando la vi gloriosa, deliciosa y caliente con el cuerpo de una ninfa, desnuda en las duchas ayer, el resto de mi tripulación estaba en la otra habitación.

Pero ahora mismo, sólo estábamos Abigail y yo. Llevaba una camiseta gris con una flor púrpura brillante y esos pantalones negros de algodón. Nada especial en realidad. Pero esta era Abigail y tenía debajo sus curvas, curvas que conocía con precisión en el ojo de mi mente ahora. Sus pechos estiraban la camiseta, y sus caderas exuberantes llenaban su pantalón.

Quería agarrar el cordón de algodón que colgaba de su cintura y atraerla hacia mí.

Mi cuerpo estaba ganándole la batalla a mi cerebro porque lo siguiente que supe, es que lo había hecho. Mi bolsa de herramientas cayó al suelo cuando agarré ese fino cordón que colgaba y la acerqué. No tuve que tirar muy fuerte ya que no había mucho espacio entre nosotros como para

esforzarnos demasiado.

Su aliento salió en una pequeña bocanada, sus ojos se abrieron sorprendidos, y sus mejillas enrojecieron a rojo cereza. *Oh, esto era perfecto.* En un segundo, sus curvas estaban presionadas contra mí. Creo que no me había dado cuenta de cuánto tiempo había querido sentirla porque casi me quejaba soltando un gemido cuando chocó contra mí. Era un bulto suave y esas curvas, ¿he mencionado cuánto tiempo había fantaseado con sus curvas? Ella era muy blanda a mi tacto. No había nada suave en mí, y ciertamente no en mi pene en este momento. La sensación de ella envió otro chorro de sangre directo a mi ingle.

—Ah, ahí —murmuré. —Justo donde te quiero.

Mi tono sonaba a burla, y lo era, pero en el fondo, lo decía en serio. Dos años de ser torturado viéndola casi todos los días. La visión de su desnudez ayer me había hecho perder los estribos.

—Liam, ¿qué estás haciendo? —preguntó en un susurro feroz.

Si quería alejarme, ni siquiera lo intentó. Su pulso revoloteaba en su cuello. No estaba pensando demasiado, no con mi cerebro inteligente. En vez de eso, dejé que mis ojos flotaran sobre su cara. Tenía estas pequeñas pecas esparcidas al azar por sus mejillas y nariz.

—Mmm, algo que he querido hacer desde hace mucho tiempo —murmuré, desenrollando mi mano desde el cordón hasta su cintura y deslizando mi palma en un lento paso por su columna vertebral.

Otra pequeña bocanada de su aliento se le escapó, y sus ojos se entrecerraron. Oh bien. No me preguntes por qué, pero Abigail se enfadó y aceleró mi motor. Me encantó, carajo.

—Liam, esto es...

Sus palabras terminaron con un grito ahogado cuando sumergí mi cabeza y finalmente cedí a la necesidad de probarla.

La piel de su cuello estaba enrojecida y era tan tentadora que tuve que darle unos besos. Entonces, tuve que encontrar el camino hasta su boca en el milisegundo que gimió.

Su boca era tan deliciosa como me la había imaginado: unos labios rellenos que cedieron en el momento en que encajé mi boca sobre la de ella. Perdí el sentido de cualquier cosa más allá de la sensación de ella en mis brazos y todas sus curvas exuberantes contra mí.

Se puso tensa por un instante antes de ablandarse contra mi cuerpo y gemir en mi boca. La apoyé contra la pared cuando la necesidad rugió a

través de mí. Maldita sea, se sentía bien. No se contuvo, pero no esperaba que lo hiciera. Abigail era una mujer audaz y testaruda. Me volvía loco con su tendencia a discutir sobre pequeños puntos en el trabajo, pero ahora mismo, podía ser tan descarada como quisiera, estábamos solos y excitados. Nuestro beso pasó de un punto de contacto instantáneo a caliente, húmedo y salvaje. Su lengua se peleaba con la mía y maldita sea, sí, sus manos empezaban a hacerme un balance. Apenas lo noté porque estaba muy ocupado por mi cuenta. Hice lo que quería hacer desde hace demasiado tiempo y le puse la palma de la mano en el trasero, tirando de ella con fuerza contra mí. Su trasero, tan redondo y grosero, se sentía increíblemente bien en mi mano. Me quejé en su boca cuando puso sus caderas en mi contra. Esto era demasiado perfecto y mejor de lo que podría haber imaginado.

No pude resistirme a deslizar mi mano libre sobre la suave curva de su vientre para tomar una de sus mamas, llena y suave, era pesada en mi mano. Sus pezones eran pequeños y apretados puntos. Giré uno entre mis dedos y sonreí contra sus labios cuando se quejó. Empujé su camisa porque necesitaba, hasta el punto de enloquecer, sentir su piel. Cuando le bajé los labios por el cuello, se le puso la piel de gallina tras mi toque, y ella tembló contra mí, su aliento saliendo con un escalofrío áspero.

Puse mi pene en la altura de sus muslos porque estaba cerca del punto de ruptura. Esta mujer me había vuelto completamente loco, en más de un sentido, durante dos largos años. Viendo su trasero desnudo ayer había roto la correa que sostenía mi control. Levanté mis labios de su cuello porque necesitaba verla. Con la camisa levantada, me sorprendió ver que llevaba un sostén de encaje negro. Sus pezones estaban tensos contra el encaje. Tomé el resplandor de sus caderas, la suave curva de su vientre y sus redondos y perfectos senos, mi boca prácticamente goteaba al verlos.

Mientras tanto, mi pene estaba tan duro que me dolía. Levanté los ojos para encontrar los de ella en mí, anchos, oscuros y llenos de deseo. El aire a nuestro alrededor se sentía pesado. Sus mejillas estaban sonrojadas y su aliento era fuerte.

Agitó la cabeza y cerró los ojos brevemente. Se abrieron y ella me miró fijamente. —¿Qué estás haciendo? —preguntó ella, con voz ronca.

Sentí que estaba tratando de encontrar su lado de perra. Créeme cuando te digo que cuando Abigail quería ser una perra, lo hacía muy bien.

—Besándote. Ni siquiera intentes decirme que no lo estás disfrutando —respondí rápidamente.

No iba a darle una pista de lo fuera de onda que estaba, pero siempre podía recurrir a las bromas. Lo he reducido a una ciencia.

Sus ojos se entrecerraron. Empezó a decir algo y luego se cerró la boca, sus labios apretados en una línea amotinada.

Respiró profundamente. Jodidamente perfecta. Con eso empujó sus pechos contra mi pecho. Sus pezones aún estaban apretados, y le di un pequeño apretón al que tenía entre los dedos.

Se movió rápidamente, dándome un empujoncito y saliendo de entre la pared y yo. Volando a través de la puerta, se bajó la camisa, pero aun así pude disfrutar de la vista de su trasero balanceándose a cada paso. Sin importarme un bledo si ella notó que mi pene estaba duro como una roca dentro de mis jeans, me enganché a mi bolsa de herramientas y la seguí.

Estaba en el centro de la cocina con los brazos cruzados y los ojos entrecerrados. —Esto no debería haber sucedido —anunció, con un tono agudo.

Cuanto más molesta estaba, más quería contestar con algo que la irritara. Abigail me hizo disfrutar de la mejor manera posible jugar con ella y ser provocador con mis respuestas, adoraba la forma en que perdía el control y me excitaba la forma en que se enojaba.

Apoyé la mano en el mostrador de la isla y arqueé la frente. —¿Por qué no? No te atrevas a decirme que no te gustó —dije con un guiño.

Ella apretó los brazos y golpeó con el dedo del pie su zapato de tenis en el suelo.

—Bien. Sólo fue un beso. No seas tan arrogante sobre lo bien que besas —replicó con su tono a la defensiva.

La miré fijamente, mi rápido regreso estaba en la punta de la lengua. Quería decirle que sabía lo bien que besaba. Demonios, había convertido besar en una forma de arte. Me encantaban las mujeres y me encantaba divertirme un poco. Sabía que una cosa que les gustaba a las mujeres era un beso muy bueno, delicado, apasionado y feroz, todo tenía un porcentaje para hacer el beso perfecto, dependía de la mujer la cuota de cada ingrediente. No era un tipo rápido. No. Hice todo lo posible para asegurarme de que todas las mujeres con las que estaba se fueran completamente satisfechas.

Pero mi rápido regreso no sucedió porque mi corazón bombeo de una manera especial cuando vi la mirada en los ojos de Abigail. Parecía avergonzada, pero intentaba ocultarlo con todas sus fuerzas. Mi corazón se me apretó y maldición, nuevamente yo quería abrazarla. ¿Qué era lo que

pasaba conmigo y querer abrazar a Abigail? Definitivamente no estaba acostumbrado a esta protección, a esta necesidad de confort que sólo Abigail sacaba en mí.

—Oye, sólo estoy bromeando. Lo sabes, ¿verdad? —pregunté, mi voz saliendo ronca mientras tragaba para bajar la sensación de opresión en mi pecho.

Sus ojos eran brillantes y luminosos, y por un instante me pregunté si veía lágrimas allí. Eso no puede ser, así que ignoré la idea.

Ella asintió rápidamente. —Lo sé. Siempre estás bromeando. Todo es una broma para ti. Por eso no debería haber pasado. Eres mi jefe, y necesito mi trabajo. No soy como esas chicas con las que sales todo el tiempo. No estaré de paso por la ciudad. Así que no seré ridícula y fingiré que no disfruté ese beso, pero no juegues conmigo. ¿De acuerdo?

Estaba completamente seria, sus ojos casi suplicándome. De repente me sentí fatal, pero estaba muy confundido. Debería haber sido fácil para mí asentir con la cabeza y prometerle que no volvería a pasar. El problema era que en lo único que podía pensar era en como era que ella se sentiría desnuda contra mí.

La miré fijamente y quise que mi mente se comportara. Quería burlarme porque así es como manejaba todo lo incómodo. Pero sabía que sería una mala idea en este momento.

—Correcto. Lo entiendo. No intentaba jugar contigo. Para que conste, no soy un idiota, ¿sabes?. —Sé que no lo eres. Sólo... —Se detuvo y se mordió el labio. —No me beses, ¿de acuerdo?

No tenía sentido, pero su actitud me afectó. Tuve que encadenar el impulso de besarla de nuevo, aunque sólo fuera para hacer lo opuesto. Tuve la sensatez suficiente para saber que era una mala idea.

—Dime por qué es un problema —respondí, sintiéndome obstinado. Esto era una locura, y no me importaba.

Puso los ojos en blanco y suspiró, bastante dramáticamente, si me lo preguntas. —Porque eres... eres tú —me ofreció.

Su molestia y su tonta explicación me devolvieron a mi mente, justo donde podía burlarme de ella.

—Correcto. Es exactamente por eso que deberías besarme —dije con una lenta sonrisa, sabiendo que la pincharía.

Puede que no conozca a Abigail tan íntimamente como me gustaría, pero sabía cómo meterme bajo su piel.

Sus brazos se abrieron, y ella puso sus manos en sus caderas. —Oh. Dios. Dios. Eres tan arrogante. Creo que es hora de que te vayas.

—Vaya, ¿así me agradeces por arreglar tu calentador de agua? —respondí. Sus hombros se hundieron un poco. —No quise decir...

Empujé mi cadera fuera del mostrador. —Está bien, Abigail. Sólo bromeaba. Me lo pones muy fácil.

Puso los ojos en blanco y volvió a suspirar, pero había perdido el fuego solo por ese momento. —Bueno, gracias por arreglar mi agua caliente. No me di cuenta de lo mucho que me gustaba hasta que no la tuve. Oye, ¿no sabes ningún truco para que la presión del agua sea tan increíble como la de la estación?.

Mi cerebro fue directo al recuerdo de ella parada allí con el agua corriendo sobre ella y las burbujas de jabón como la única cosa que la cubría. Nunca lo admitiría en voz alta, pero ese mismo recuerdo era con lo que me masturbé anoche en la ducha.

Estaba preguntando sobre la presión del agua, y mi mente solo se preguntaba la manera más rápida de desnudarla de nuevo.

# Capítulo Cinco

## ABIGAIL

Lista de los: No pienses

No pienses en Liam

No pienses en lo bien que se siente besar a Liam

No pienses en lo increíble que su cuerpo se sintió contra el tuyo.

No pienses en cómo parecía que él realmente te quería.

No pienses en su pene duro

No pienses en la forma en que te ahuecó el pecho y te apretó tanto los pezones que te dolieron.

Oh, demonios. Hacer una lista de todas las cosas en las que se suponía que no debía pensar no me ayudaba. Para nada. Podía sentir el calor resbaladizo entre mis muslos, y mis pezones estaban apretados y me dolían de nuevo. Estaba arriba en mi habitación, la única habitación que había tenido que me encantaba. Los muebles dejados por Nana tenían líneas simples y limpias. La cama matrimonial fue construida para que saliera desde la pared. Construida con estantes de libros que corrían a lo largo de ambos lados. Todos los muebles eran modernos y de madera, acabados en colores claros. Un tragaluz estaba justo encima de la cama. Incluso ahora, a las once de la noche, la luz plateada del atardecer caía a través de ella. Podía ver las estrellas guiñando los ojos en el cielo.

Mi dormitorio tenía su propio cuarto de baño con ducha y bañera de hidromasaje, que había llegado a adorar. Recuerdo haber visitado esta casa antes de que la abuela la actualizara. Había sido cálida y hogareña antes, pero el mobiliario había sido más oscuro. Ahora todo era ligero y luminoso. Me recosté en la cabecera y miré al cielo, sacando de mi mente pensamientos voluntariosos de Liam.

Me encantaba escribir listas. El hábito comenzó cuando era pequeña. Yo fui quien escribió las listas de la compra para mí y para mi padre. Era la única forma en que sabía que se acordaría de conseguir lo que necesitábamos. Había pasado de escribir listas de compras de niña a escribir listas para casi

todo. Las listas me habían llevado a la universidad y a arrendar mi propio apartamento con apenas el dinero para ello. Eran una herramienta de organización para mí y una especie de mantra.

Si siguiera las listas, llegaría adonde quisiera ir. Ahora mismo, quería desesperadamente olvidarme de Liam y de ese beso loco y ardiente. El mejor beso que he tenido en realidad.

Estaba inquieta y necesitada. No pude evitar hacer rodar uno de mis pezones entre el pulgar y el índice. Mi cabeza cayó contra la pared con un golpe. Dios, ni siquiera estaba cerca de cómo me sentí cuando Liam me tocó, pero yo estaba muy caliente y lo había estado desde que se fue esta tarde. Mi delgada camiseta de tirantes no era una gran barrera. Moví las piernas sin descanso, el movimiento frotando mi vagina mojada de un lado a otro. Cuando de repente mi teléfono sonó en el estante al lado de la cama. Giré la cabeza para ver la pantalla iluminada con un texto.

Todavía rodando mi pezón ligeramente entre mis dedos, enganché mi teléfono con mi mano libre. *'Hey Abi'*.

Era Liam. No era como si me enviara mensajes a menudo. De hecho, cualquier texto de él era generalmente algo que tenía que ver con el trabajo. Oh, demonios. El solo hecho de ver su nombre en la pantalla hizo que mi vagina se apretara. No estaba usando nada más que una camiseta sin mangas y un par de boxers de hombre. Eso es lo que prefería para dormir. Podía sentir la humedad empapando el fino algodón entre mis muslos.

*'Este es el asunto. Te besaré de nuevo'*.

Mi dedo flotaba sobre la pantalla táctil. Tenía ganas de responder, pero nada de esto tenía sentido. ¿Por qué me quería ahora? No había duda de lo que yo quería. Él. Sin embargo, sabía que no era el tipo de mujer que él buscaba. También sabía exactamente lo que pasaría si lo dejaba continuar avanzando con esto. Liam prácticamente hizo del coqueteo y las citas casuales una profesión. Willow Brook era un pueblo pequeño, lo suficientemente pequeño como para que los rumores viajaran incluso si no se conocía a la persona. Cuando comencé a trabajar en el Cuerpo de Bomberos y Rescate durante las primeras semanas, ya conocía bien los apodosos sobre Liam. Su apodo era Bombero de Fun Time en vez de Full Time. De verdad. Era el chico divertido todo el tiempo, un furor entre las mujeres que venían de vacaciones.

No dudé que lo pasaría bien con él, pero estaba bastante segura de que sería una mala idea a largo plazo. No diría que estaba buscando más porque

no era cierto. Aunque a veces me sentía un poco sola, estaba muy contenta de ocuparme de mis propios asuntos y de estar así, tranquila y en paz. Había pasado toda mi vida saltando de un lugar a otro. Vivir aquí en la vieja casa de la abuela en Willow Brook durante dos años era un récord para mí. Me sentí tan aliviada de tener un lugar al que llamar mío, que no esperaba más. Eso sería tentar al destino y buscar problemas, o eso pensé.

Así que Liam y los besos y cualquier otra cosa se dirigían definitivamente a la zona de peligro. No quería enfrentarme a lo que podría ser tratar de trabajar con él si dejábamos que las cosas siguieran adelante. Sería incómodo, y me mortificaría si alguno de los chicos se enterara. Miré la pantalla de mi teléfono, pensando si debía responder o no.

Mala idea.

Dejé el teléfono en el suelo e incliné la cabeza hacia atrás con otro suspiro. Dios, eso fue difícil. Se sentiría tan bien ceder a la locura de otro beso y mucho más con Liam. Pero era una idea que superaba los límites de la cordura, y lo sabía.

Mi teléfono sonó. Incapaz de resistirme, lo saqué de la estantería otra vez.

*‘¿Quién iba a decir que te pondrías tan tensa? Sólo fue un beso. Sabes qué quieres más. Definitivamente yo sí.’*

Prácticamente me salía humo de los oídos. Él no tenía idea de que mi vida no había sido nada aburrida antes de que aterrizara en Willow Brook. Entre ser testigo de la puerta giratoria de mi padre en su dormitorio, yo era cualquier cosa menos tensa. No era exactamente liberal cuando estaba en la secundaria, pero había tenido unos cuantos novios, incluyendo a mi propia estrella de rock. Traté de ser salvaje en aquella época, pero en realidad me pareció un poco sin sentido, probablemente un efecto secundario de ser testigo de la constante búsqueda de excitación de mi padre que sólo lo dejó como un idiota irresponsable ante mis ojos.

Miré a mi teléfono, mis dedos deseosos de disparar rápidamente una respuesta inteligente. Liam tenía esta forma de llegar a mí, que me tenía medio enrollada cada vez que me encontraba con él. Respiré profundamente unas cuantas veces, deseando no enfadarme demasiado. Peor aún, estar molesta con Liam alimentaba mi deseo por él.

Hice otro respiro profundo.

*‘No estoy tensa. Sé que intentas molestarme, así que para. No va a funcionar’.* Su respuesta fue rápida.

*‘No intento molestarte. Tratando de excitarte’.*

Mi barriga se volcó y su comentario burlón tuvo precisamente el efecto que él quería. Gracias a Dios que no estaba aquí para verlo.

Apagué mi teléfono y prácticamente lo tiré a la estantería. No me atrevía a seguir respondiendo. Eso es lo que buscaba.

Miré a través del tragaluz, tratando de cantar mentalmente mi lista de cosas en las que no pensar, todas ellas centradas en Liam. En cambio, recordé la sensación de sus labios contra los míos, su cuerpo duro, cada centímetro de él presionado contra mí, y la electricidad chisporroteando en mis venas cuando me tocó.

Ni siquiera me di cuenta de que iba a soltar un suave gemido hasta que lo oí. Mis pezones todavía estaban apretados, y el dolor entre mis muslos no iba a ninguna parte. Oh, demonios. Sólo había una manera de dormir a este ritmo. Con una mano ahuecando mi pecho y jugando con mi pezón, deslicé la otra entre mis muslos. Estaba empapada, mis pliegues resbaladizos. Puede que nunca sea tan estúpida como para dejarme llevar por Liam, pero el sólo hecho de pensar en él me calentó tanto, que no me costó mucho ponerme al borde del abismo. Mi canal se apretaba entre mis dedos, el zumbido de necesidad con el que había estado peleando todo el día finalmente cedió un poco.

# Capítulo Seis

## LIAM

Había humo a mi alrededor, el aire estaba realmente espeso. Levanté la vista en el momento justo. Una viga de arriba cedió, y yo la esquivé saltando a un lado. Moviéndome solo por instinto con el humo oscureciendo todo, atravesé una puerta al final del pasillo. El humo era más fino aquí, y podía ver a la anciana en la cama.

—¡Cade! ¡Está aquí dentro! —Llamé a través de la ventana a mi lado.

Revisé brevemente el pulso de la mujer y boté un suspiro de alivio al encontrar uno. Sin esperar, abracé su delgado cuerpo en mis brazos y me dirigí hacia el pasillo a ciegas. A pesar de que no podía ver nada, tenía un calor infernal dentro de mi equipo de rescate, y había entrado en esta casa más bien cuando ya era demasiado tarde para poder hacer algo, estaba tranquilo. Mientras hacía mi trabajo, podía mantener la calma en medio del caos. El pasillo se sentía largo y todavía tenía que bajar las escaleras. Acorralé el rellano de la escalera y me moví rápidamente hacia abajo en los últimos minutos, apurando mi paso una vez que llegué al primer piso. Podía sentir como el fuego se aceleraba y el edificio estaba a punto de convertirse en nada más que combustible.

Había sido bombero durante más de una década, así que estaba bien familiarizado con la sensación que tenía un incendio cuando se estaba apoderando de una estructura. Podría darte un desglose científico sobre el punto de inflexión de un incendio, pero cuando yo estaba en él, todo se trataba de cómo se sentía. Salí corriendo por la puerta hacia el lado de la casa segundos antes de que el techo por encima de ella se derrumbara. Me mantuve en movimiento, apuntando directamente a la ambulancia que esperaba a un lado.

Una vez que llegué allí, me detuve y miré hacia abajo. La mujer a la que había cargado tenía los ojos muy abiertos. Ella me miraba con una sonrisa. *¿Qué demonios...?*

Por reflejo, le devolví la sonrisa. —¿Cómo estás? —Le pregunté—. Creo que estoy bien —dijo lentamente, aun sonriendo.

—¿Por qué es esa sonrisa? —pregunté, empujando mi respirador fuera

del camino.

—Oh, nunca he sido salvada. Fue muy emocionante —dijo con una pequeña carcajada. Su voz era áspera.

Le devolví la expresión lo que hizo que el alivio pasara a través de mí. Ya estábamos fuera y ella parecía estar bien y eso era todo lo que necesitaba saber.

—Parecías dormida cuando te encontré —respondí.

—Oh, lo estaba. Ni siquiera tuve tiempo de asustarme. Me desperté y tú corrías por el pasillo conmigo. Ahora tengo una historia que contar —dijo antes de empezar a toser con fuerza. La preocupación llegó después de mi alivio. Ella estaba bien en el sentido básico, pero probablemente necesitaba oxígeno tan pronto como fuera posible.

—Hola, ¿cómo estamos? —preguntó Mara Gray mientras se materializaba mágicamente a mi lado.

Mara era una de las paramédicas. Me sentí muy aliviado porque la mujer en mis brazos estaba muy alegre, era anciana y por lo que yo me podía imaginar, probablemente habría estado durmiendo la siesta e inhaló el humo.

—Mara, nuestra amiga aquí presente piensa que fue divertido ser salvada, pero estoy un poco preocupado por su respiración —le expliqué, mientras Mara revisaba a la mujer muy por encima.

—No tuve la oportunidad de saber tu nombre —Me dijo.

Cuando la mujer me miró de nuevo después de otro ataque de tos, le contesté. —Soy Liam Turner.

Maldita sea esta mujer no perdía el ritmo. Volvió a sonreír. —Oh Dios. Liam Turner suena como el nombre del protagonista de una película de acción.

Una fuerte risa vino de detrás de mí. Miré hacia atrás para ver a Santiago caminando hacia nosotros. Santiago era otro superintendente que trabajaba conmigo en Willow Brook Fire & Rescue. Acababa de regresar a la ciudad después de casi tres semanas en el campo manejando uno de los masivos incendios forestales que asolaban las vastas extensiones de tierra de Alaska.

Me mostró una sonrisa amplia. —Liam Turner, héroe de acción —Puse los ojos en blanco. —Lo mismo podría decirse de ti

—Sí, pero tu nombre suena mas como un héroe de película —respondió con un guiño.

Mara se rio y se dirigió a la mujer. —Soy Mara, y me gustaría que te situaras allí —dijo, señalando una cama con ruedas junto a la ambulancia. —

Creo que unos minutos con oxígeno podrían ayudarte.

La mujer empezó a toser de nuevo. Podía sentir su frágil cuerpo vibrando con cada tos. No esperé a ver lo que podía pensar y me acerqué a la cama, dejándola tranquila. Mara se movió rápidamente y estaba rodando un tanque de oxígeno en pocos segundos. La ayudé a apoyarse en las almohadas y tiré de mi casco, enganchando la correa sobre mi codo.

Mara me miró mientras ajustaba la máscara de oxígeno en la cara de la mujer. —Llegaste justo a tiempo —murmuró.

Asentí con la cabeza. Ahora que ya no había nadie, me di la vuelta para ver la casa. Santiago había caminado y se había dado la vuelta conmigo. La casa estaba cayendo en sí misma justo frente a nuestros ojos. Recibimos una llamada demasiado tarde para hacer otra cosa que rescatar a las personas que estaban dentro. Era temporada alta para los incendios en Alaska, y habíamos tenido un verano largo y seco hasta ahora. La casa a la que habíamos sido llamados estaba en las afueras de la ciudad y adyacente a una gran franja de bosque de abetos. Por razones que aún no habíamos resuelto, un incendio había estallado en los árboles al lado de la casa. Una rama baja colgante estaba demasiado cerca y el fuego se extendió. Aparte de dos adolescentes y esta abuela, nadie más había estado en casa. El fuego había estado en pleno apogeo en el momento en que llegó la llamada de un vecino que vio las llamas a más de una milla de distancia.

Alaska era un gran lugar para vivir si querías privacidad. La desventaja de la privacidad eran las áreas donde las casas estaban tan separadas, que nadie estaba cerca de ellas para notar un incendio desde el principio. Observé mientras el equipo colocaba las mangueras y trabajaba en el control del incendio mismo.

Miré a Santiago y luego a Mara. —Estuvo cerca, pero lo logramos — Miré a la mujer que parecía estar respirando más consistente ahora.

Ella tiró de su máscara de oxígeno.

Mara la alivió. —¿Necesitas algo? —Le preguntó

—Ahora estoy bien. Esa cosa es molesta —declaró la mujer. No pude evitar reírme. —¿Le importaría decirnos su nombre?

—Eva. Eva Ross, el nombre más aburrido de todos los tiempos — anunció. —Y antes de que te preguntes cómo empezó el fuego, te lo diré.

Mara arqueó la frente y miró hacia mí. Me encogí de hombros. —El jefe de policía querrá hablar con usted, pero infórmenos

—Es ese idiota que vive al final de la calle y conduce su camión todo el

tiempo. Lo juro, confunde su camioneta con su pene —anunció con un movimiento de los ojos y otro ataque de tos. Mara volvió a ponerle la máscara de oxígeno a Eva. Le aseguré que enviaría al jefe de policía a hablar con ella. No había escasez de idiotas que conducían camiones alrededor de Willow Brook, sin embargo, era un dato muy incierto, así que dejaría que las investigaciones dieran los resultados.

Mara y otro paramédico se ocuparon de llevar la cama de Eva a la ambulancia. Volví a mirar a Santiago. —Bueno, llamaré a esto una victoria. Todos salieron sanos y salvos.

Santiago se encogió de hombros. —Contigo ahí era obvio que si mi amigo. Llamé a la estación. Están reuniendo a los nuevos chicos en entrenamiento para traerlos aquí. Esto tendrá que ser monitoreado hasta que se extinga completamente. Es una pena, esta casa no era tan vieja.

—¿Alguna idea de cómo empezó? —Le interrogué.

—Aún no. La mejor suposición es que las chispas salieron de un incendio en el camino. Voy a adivinar que el fuego en cuestión fue iniciado por el tipo que confunde su camión con su pene —contestó Santiago con un movimiento de los ojos. Golpeó su casco de bomberos contra el neumático del camión que estaba junto a él. —¿Volverás conmigo? —preguntó.

Cuando asentí, nos giramos al unísono. Me detuve para hablar con Héctor Foster, uno de los capataces de mi tripulación. Dejándole a él a cargo y me fui con Santiago.

Con Santiago habíamos nacido y crecido aquí juntos. Lo conocía de toda la vida, pero se había mudado por un tiempo y sólo había regresado esta temporada. Volvía con la misma razón que la que se fue, su mujer, ahora él estaba en el lado tranquilo, aun divertido y, pero ya consolidado. Por fin su relación había visto la luz y se había casado con su novia de la secundaria, Amelia, no hace mucho tiempo. Ellos habían terminado por un mal entendido años atrás y él se mantuvo alejado de Willow Brook debido a ello. Pero pasado el tiempo, lograron superarlo y ahora estaban unidos en matrimonio y más enamorados que nunca.

Era muy bueno tenerlo de vuelta y finalmente feliz de nuevo. Santiago era un hombre de una sola mujer. Nunca había visto el gusto en ello porque no era mi personalidad, pero cuando se trataba de Amelia, Santiago no podía ver más allá de esa mujer. Pensé que era algo bueno que ella lo tuviera porque sin duda ellos estaban hechos el uno para el otro.

Incliné mi cabeza hacia atrás mientras él conducía el camión por el

sinuoso camino de tierra que se alejaba de la casa en llamas y regresaba a la carretera. Giré la cabeza de lado y pude ver a mi amigo con su cara sudada y hecho un desastre. Sabía que me veía igual de mal y podía sentir el hollín en mi cara. Era parte del trabajo, ya estaba acostumbrado.

—¿Quieres tomar unas cervezas en Wildlands después de registrarnos en la estación? —Le pregunté—. Claro. Amelia probablemente querrá ir también. ¿Está bien?

Me reí. —Siempre está bien, hombre.

Santiago me miró y mostró una sonrisa. —Supongo que sí. No me verías mucho si no lo estuviera.

—No. Seguro que no lo haría. Me he dado por vencido, estoy seguro de que nunca dejaras de ser azotado por ella

Santiago se encogió de hombros. —Yo también estoy seguro. Pero todo está bien. Créeme, encontrarás a la mujer adecuada y no sabrás qué te golpeó.

Me reí con él y dirigí la conversación hacia otros asuntos. Nunca lo admitiría, pero la única mujer que se me ocurrió cuando Santiago se burló fue Abigail.

Diablos, no podía dejar de pensar en ella desde el otro día. Hacía una semana de que la vi desnuda en las duchas de la estación. Seis días desde que la besé en su casa. Eso sumó un total de ciento sesenta y ocho horas que apenas había podido dejar de pensar en ella. Si le restaba siete horas de sueño por noche, eso me dejó con poco menos de ciento veinte horas de sueño para que ella se divirtiera en mis pensamientos. La mujer se había instalado en mi cerebro.

Me había masturbado una vez más, anoche cuando no podía dormir, con el recuerdo de la forma en que se sintió presionada contra mí. Dios, no solo no podía olvidar su cuerpo, sino la conexión de nuestras miradas, el calor y la chispa que había entre nosotros, era algo nuevo para mi. Desde que la conozco he intentado mantenerme distante para no arruinar las cosas, pero ahora me sentía atado a ella, de alguna manera, sentía que esto era mas que solo algo casual.

Ella no ha sido más que apropiada en la estación desde entonces. Tampoco había respondido a mi último mensaje. No pude resistirme a provocarla de vez en cuando, pero eso no era nada nuevo. Excepto que ahora estaba más cargado, al menos una parte de mi. Supongo que era justo decir que mi pene estaba colmado.

Gracias a Dios que había sido una semana muy ocupada en la estación.

Estábamos manejando un incendio forestal de bajo nivel en las afueras de Willow Brook y habíamos respondido a varias y diversas emergencias casi a diario. Eso era lo único que me hizo olvidar a Abigail.

# Capítulo Siete

## ABIGAIL

—Oh vamos, Abigail. La única manera de hacer más amigos aquí es ir a algún lugar a conocer gente —dijo Jimena Gilmore.

—Veo mucha gente aquí —respondí.

Jimena descansó su barbilla en su mano y me miró fijamente. —Pensé que era testaruda. Entonces te conocí. —Una risa burbujeó mientras la miraba desde el otro lado del mostrador. —Vamos, no podría competir contigo

Jimena puso los ojos en blanco y suspiró. —Ven a cenar conmigo. No te matará, y puede que hasta te diviertas —dijo.

—Bien. Iré.

Realmente no tenía una razón para no ir, aparte de que tendía a ser una person. —introvertida —por defecto. Jimena era la única otra mujer que trabajaba conmigo. Ella era una bombera muy buena y podía defenderse de todos los muchachos. Eso era algo que admiraba de ella. Al principio me había intimidado su presencia, pero poco a poco fui conociéndola. Era divertida, inteligente y agradable. También era muy linda. Era de estatura media, cabello rubio y ojos verdes brillantes. Ser bombera significaba que estaba en forma, aunque también tenía lo suyo. Acababa de regresar con su tripulación de una estancia de tres semanas en un incendio en el centro de Alaska y había decidido que mi compañía estaba obligada a celebrar su regreso. Pensé que no estaría de más tratar de ser sociable.

No mucho más tarde, caminé junto a Jimena hacia Wildlands Lodge & Bar. Wildlands era uno de los muchos hospedajes de naturaleza dispersos por Alaska. El terreno de hospedaje consistía en un amplio hotel de madera, que había sido extendido y modernizado. El lugar siempre estaba lleno, más durante toda la temporada de verano.

Estaba situado al lado del Lago de los Cisnes, la pieza central de Willow Brook. Entre la ubicación de Willow Brook, a poca distancia en coche de Anchorage, la vista de Denali en la distancia, y el Lago de los Cisnes, hordas de turistas pasaban por la ciudad cada verano.

Cuando entramos, miré a mi alrededor, el restaurante estaba lleno de gente. No había estado aquí en mucho tiempo. Había empezado a sentir que

Willow Brook era realmente mi hogar, pero eso no significaba que fuera una mariposa social. Willow Brook era un destino popular en el centro-sur de Alaska debido a su ubicación, pero también servía como centro de operaciones para los aviones que se alineaban a lo largo de la geografía de Alaska, llevando a los turistas por todo el estado en viajes a la naturaleza. Mientras escudriñaba los rostros en la habitación, vi algunos familiares, pero no muchos.

Jimena enganchó su brazo en el mío y me arrastró a través de las mesas. Había insistido últimamente en que necesitaba empezar a hacer más amigos. Aunque Jimena me había obligado prácticamente a venir aquí esta noche, no le había informado de mi preocupación de que me podría encontrar con Liam. Definitivamente, este era mi momento para poder relajarme y lo tenía que aprovechar. Lo empujé fuera de mi mente, sabiendo que cualquier esfuerzo por sacarlo de mis pensamientos sólo sería temporal. Grupos de mesas estaban dispersos por todo el gran restaurante con un bar a un lado. Mientras caminábamos, una voz femenina llamó el nombre de Jimena. Inmediatamente redirigió nuestro camino, llevándome a una mesa donde Amelia Morris y Vania Woods estaban sentadas.

—Hola —dijo Jimena—. Por favor, dime que estaban guardando esta mesa para nosotras —Amelia sonrió y se tomó un largo trago de cerveza. — Por supuesto.

Jimena se sentó frente a Amelia y yo me senté en la silla a su lado. Estaban sentadas en una gran mesa redonda en la esquina. Pensé que esperaban más compañía, de lo contrario no tendría sentido escoger una mesa tan grande. Nunca he sido del tipo fiestera o alma de la fiesta, por el contrario, muy pocas veces salía y me costaba mucho llevar una conversación en una situación donde la mayoría estaban en su ambiente, si todos querían intervenir y hablar, por mi estaba bien, yo no necesitaba hacerme notar.

—¿Cómo te va, Abigail? —preguntó Amelia—. Me alegro de verte por aquí.

Me ocupé las manos, cogiendo un menú del centro de la mesa y empezando a hojearlo. —Oh, estoy bien, gracias ¿y tu como estas? No te he visto en la estación últimamente.

Vania le dio un codazo a Amelia en el costado y contestó por ella. —Eso es porque está trabajando muy duro. Es una adicta al trabajo y hasta yo creo que es demasiado.

Una camarera se detuvo junto a nuestra mesa y tomó los pedidos de

bebidas. Las conversaciones continuaron a mi alrededor mientras Jimena se compadecía de los agotadores horarios de trabajo de verano en Alaska.

Conocía a Amelia de pasada. Estaba casada con Santiago Morris, otro superintendente importante de Willow Brook Fire & Rescue. Aparentemente, habían sido novios en la secundaria hace años, y las cosas habían terminado mal por un malentendido. No estaba al tanto de todos los chismes en los alrededores de Willow Brook, pero la mitad de la ciudad se había desmayado al saber que ahora Santiago había vuelto y ellos se iban a casar, así que no era muy fácil obviar eso, había sido la historia soñada, que terminó y cuando todos creían que había quedado atrás, el amor triunfó y habían decidido darse una segunda oportunidad que terminó recomponiendo las cosas y regalándoles un final feliz.

Me pareció que Santiago era un gran tipo. Era mucho más fácil para mí tratar con él que con Liam, sobre todo porque no me ponía nerviosa a su alrededor. Amelia a menudo pasaba por la estación para verlo. Para ser honesta, ella era un poco intimidante, era una mujer empoderada, segura de ella misma y hermosa. Ella dirigía su propia empresa de construcción, llamada, Kick A\* Construction. Pensé que probablemente podría patearme el trasero, pero me gustaba que fuera una mujer tan autónoma, además de divertida y simpática, era alta como una modelo, facciones delicadas y finas, con el pelo y los ojos de color ámbar. Conocía a Vania, pero no tan bien. Vi a Vania de vez en cuando en la estación si es que acompañaba a Amelia. Vania trabajaba con ella. Era un contraste sorprendente entre ambas. De un simple vistazo era evidente que era una hermosa chica. Con su pelo rubio, ojos azules, y su complexión pequeña y curvilínea, era una preciosidad. Pero por lo que se podía dar a entender, lo último en lo que pensaba era en su aspecto. Por lo general, parecía como si acabara de salir de una obra en construcción, desaliñada y descuidada, pero igualmente agradable, extrovertida y graciosa.

Una vez que la camarera regresó con nuestras bebidas, mis oídos se animaron con el comentario de Amelia. —Santiago estará aquí en un momento. Oye ¿Tu viniste directamente de la estación? —Jimena asintió con la cabeza mientras cogía un menú del centro de la mesa. —Sí, pero los chicos no habían vuelto de su última carrera. Le dije a Abigail que era hora de divertirnos un poco y la invite a hacer algo diferente después del trabajo.

Vania llamó mi atención colocando su mano en mi brazo. —¿No es divertido ser mandoneada por los amigos? —preguntó con una sonrisa irónica. La cálida empatía en su mirada me ayudó a relajarme un poco. —

Supongo que ser mi superior le da algunas ventajas —le ofrecí con una pequeña carcajada. —La verdad es que no salgo mucho. Estoy feliz de trabajar e irme a casa, pero Jimena parece pensar que necesito más amigos.

—Oh, ya entiendo. Me gusta ser reservada, pero algunas personas de por aquí piensan que eso es un sacrilegio —dijo Vania, enviando una mirada directa al camino de Amelia.

Amelia puso los ojos en blanco. —Oh, ya basta. Tienes amigos, y tú eres la que me obligo a salir mas cuando estaba muy ocupada por Santiago.

Vania puso los ojos en blanco exagerando su expresió. —Sí, bueno, eso es porque estabas tan gaga por él, que nadie te veía ni la punta de la nariz

Jimena se rio. —Mis amigas me mantienen cuerda. Paso demasiado tiempo con hombres, así que necesito noches como ésta.

Amelia y Vania hablaron sobre un trabajo que estaban desarrollando. Jimena dio la información actualizada sobre el incendio forestal del que acababa de regresar después de una temporada de tres semanas con su tripulación. Jimena estaba en un equipo diferente al de Santiago y Liam sin embargo siempre estaban al tanto de todo lo que sucedía, porque muchos relevos hacían que se cruzaran.

Amelia estaba asintiendo muy interesada en todo lo que ella contab. — ¿Alguna posibilidad de que me digas que tienen el fuego bajo control?

Jimena agitó la cabeza. —Aún no. Hemos hecho un buen progreso conteniendo el fuego, pero hay mucho más que hacer. ¿Te preocupa que el equipo de Santiago rote por ahí?

Amelia se encogió de hombros. —Define *preocupación*. Es su trabajo, así que tengo que vivir con ello. Dijo que su tripulación saldrá dentro de una semana o dos si no está completamente contenido todo por allá.

A veces me preguntaba cómo era estar cerca de un bombero. Me hice amiga de todos ellos. Me preocupé por ellos cuando estaban en el campo, pero me imaginé que era una preocupación diferente para Amelia.

—Apuesto a que es difícil cuando está fuera apagando incendios — comenté.

Amelia torció un poco la boca. —Siempre —dijo en voz baja. —Aunque no puedo hacer mucho al respecto. Es lo que hace y le encanta.

Vania comenzó a desarrollas la idea. —Siempre le digo, estadísticamente hablando, que es más probable que tenga un accidente automovilístico a que se lastime al apagar un incendio. Sé que es un frío consuelo, pero tengo que decir algo

Amelia sonrió. —Y te quiero por ello

—Apuesto a que es difícil. Me he dado por vencida en la búsqueda de alguien. La mayoría de los hombres no querrán lidiar con el riesgo que implica mi trabajo. A menos que termine casada con un bombero —dijo Jimena con una sonrisa arrepentida.

—¿Quién dice que no te casarás con un bombero? Tienes unos cincuenta para elegir solo entre las tripulaciones de aquí —dijo Vania con una sonrisa astuta.

Jimena puso los ojos en blanco. —Claro, como si fuera a ir a por uno de los tipos con los que trabajo. Ni siquiera puedo imaginarlo

—Puedo bromear, pero lo entiendo. Diablos, soy electricista y obrera de la construcción. Probablemente voy a intimidar al chico, aunque eso no me molesta para nada hasta ahora. Brindemos por nuestra independencia —dijo Vania, alzando su bebida en un falso brindis.

Amelia se rio y me miró. —¿No me digas que vas a decir lo mismo también?

—Probablemente. Mi vida está muy bien como está. Tengo un buen trabajo, una buena casa y una vida tranquila. No me importa mantenerlo así

Amelia parecía un poco consternada mientras miraba entre nosotras. —Sabes, las relaciones no son horribles.

Vania nos miró a Jimena y a mí. —Esta es su nueva teoría. Ella cree que me pierdo de algo —dijo Vania con voz ronca. —Le tengo que recordar que no todo el mundo tiene una segunda oportunidad con el amor de su vida

—¿Le has dado siquiera a alguien una oportunidad? —preguntó Amelia con los ojos cerrados. Empezó a decir algo más, pero fue interrumpida cuando alguien la llamó por su nombre.

Eché un vistazo para ver a Santiago acercándose. Liam estaba a unos pasos detrás de él, haciendo una pausa para hablar con alguien en el bar. Santiago era un bombero clásico y tenaz de Alaska. Tenía rizos marrones arrugados, ojos verdes y un cuerpo sorprendente. Me había acostumbrado al hecho de que cualquier hombre que fuera un bombero de alto nivel tenía un cuerpo prácticamente tallado en piedra. Su trabajo era agotador y tan exigente físicamente que me enorgullecía y era digno de admiración, como el de todo bombero. Pero, en resumen, estaba rodeada de hombres que podían llenar un calendario hot. No sentí nada por ninguno de ellos. Excepto por Liam.

Santiago llegó a nuestra mesa, enganchó su mano sobre una silla cercana y la deslizó justo al lado de Amelia. Le dejó caer un beso en el costado del

cuello como si deseara comérsela. La intimidad entre ellos era tan obvia que era casi una manifestación física. Me preguntaba cómo era tener algo así. No era algo en lo que realmente pensara mucho. Pero últimamente había solo una persona a la que consideraría para experimentar algo así de especial, y la única razón era porque junto a Liam había logrado percibir una chispa, algo diferente, no sé si era por que estaba mas grande y madura, pero con él sentí un costiquelleo en la boca de mi estomago, quemaba un fuego dentro de mi con solo pensarlo, deseaba volver a verlo, me ponía nerviosa cerca de él y estar en sus brazos había ofrecido una sensación de protección que jamás sentí antes.

Liam empezó a acercarse a nosotros de nuevo después de que terminó de hablar con alguien en el bar. Quise que mis ojos no se movieran en su dirección, pero verlo era más fuerte que mi voluntad. Caminaba con un fanfarroneo inconsciente, sus musculosos brazos balanceándose con facilidad. Santo Dios. Sus brazos. Incluso sus brazos me excitaban. Mi vientre bajo se apretó, y mi pulso subió una muesca.

Genial. Justo lo que necesito. Una noche en el bar con Liam donde me siento un desastre por dentro.

*¿Por qué dejé que Jimena me convenciera? Tal vez porque esperabas verlo. Cállate,* le tuve que decir a la voz en mi mente.

Mientras Liam se abría paso entre las mesas y la muchedumbre de manera ligera, una mujer lo tocó en el hombro y lanzó una mirada coqueta a su paso. Se rio de todo lo que ella decía, mostrando una de sus devastadoras sonrisas. Yo me había encantado de su sonrisa de la manera mas tonta que existía. Cada vez que me regalaba una, me sentía como en la cima girando e iluminándome por dentro. Ese sentimiento invariablemente seguía con un duro recordatorio de que Liam era prácticamente un coqueto profesional.

# Capítulo Ocho

## LIAM

Me dirigí directamente a la mesa donde pude ver a Abigail sentada con algunos amigos. Convenientemente, la única silla vacía estaba a su lado. Me senté en ella rápidamente. Miré alrededor de la mesa, saludando a cada uno individualmente antes de permitirme finalmente mirar a Abigail. La lujuria me sacudió al ver sus labios carnosos y esos ojos marrones.

—Hey Abigail, no esperaba verte aquí. Ahora que lo pienso, no sé si alguna vez te he visto aquí —dije.

Su giro de ojos fue rápido. Normalmente ella me evitaba o se molestaba. Me encantó porque significaba que estaba llegando a ella, que de alguna manera algo de mi le incomodaba, la estremecía. Yo estaba seguro de que podía llegar a gustarle.

—Normalmente no es mi estilo —dijo ella, con su tono áspero. —Pero, ¿Qué tiene de malo cenar con amigos?

Podía sentir su molestia elevarse solo un poco. Honestamente, ella era como un cactus a mi alrededor. Por mucho que me gustaba devolverle la hostilidad con pequeñas bromas, eso alimentaba el deseo que apenas podía controlar al tenerla cerca. Con mi pulso corriendo en mis venas y mi pene cobrando fuerza tuve que moverme en mi asiento, volví a morder el impulso de seguir burlándome de ella.

La mirada de Jimena rebotó de mí hacia Abigail. —Exactamente lo que le dije. Cenar con amigos no es algo malo. Abigail está más en el centro de la estación que todos los que trabajamos ahí, y casi nunca sale con nosotros —dijo con una sonrisa.

Abigail puso los ojos en blanco ante Jimena. —Bueno, ahora estoy aquí, disfrutémoslo —y sonrió.

La camarera se detuvo en nuestra mesa. Hicimos una orden con bebidas y comida, y la conversación continuó. Por mucho que quisiera relajarme, me resultaba un poco distractor y desafiante tener a la tentación misma sentada a mi lado.

Santiago estaba en medio de una divertida historia sobre un encuentro con un alce de la última vez que su tripulación estuvo en el campo. Miré a

Abigail, cediendo a la necesidad de tocarla con un pequeño empujón de mi codo. Inmediatamente, levantó la vista, sus mejillas comenzaron a tomar color. Y sentí una pequeña vibración recorrerme al contacto.

—¿Cómo has estado? —pregunté abriendo una conversación independiente, y para hacerlo mas liviano cogí una papa frita y la metí en mi boca.

Como mis ojos eran voluntariosos, no podía evitar bajar a su escote y disfrutar la vista de sus senos. Su camiseta azul marino los formaba con fuerza. Mi mente se iluminó con el recuerdo de sentir su tenso pezón y el delicioso peso de su pecho en la palma de mi mano.

Tomé un trago de mi cerveza.

—Bien —dijo ella encogiéndose de hombros.

Tomé otro trago de cerveza y pensé en mi situación. No debería ser difícil tener una conversación casual con ella, pero yo estaba atado a la necesidad. Me sentí aliviado cuando ella continuó.

—¿Todo bien en la llamada? Vi el informe de que todos estaban a salvo. ¿Sabes qué causó el incendio? —preguntó.

—La mejor suposición es que algunas brasas se desplazaron por un incendio en el camino, pero aún no lo sabemos con seguridad. Es una pena que la llamada llegara tarde. Para cuando llegamos allí, no había mucho que hacer aparte de asegurarnos de que todos estuvieran a salvo. Había dos adolescentes y su abuela en la casa.

—Oh, ¿están todos bien?

—Sí. Un poco de inhalación de humo para la abuela. La llevaron al hospital para que la revisaran, pero debería estar bien. La casa es una pérdida total, pero yo lo llamo una victoria siempre y cuando nadie salga herido.

Ella asintió con la cabeza y tomó un trago de su bebida. Mis ojos se detuvieron en su garganta mientras ella se inclinaba hacia atrás. Estaba tan tentado de inclinarme y arrastrar mi lengua a lo largo de la piel sensible de su cuello. No estaba acostumbrado a que la necesidad me gobernara como lo hacia con Abigail. Me era imposible olvidar cómo se veía desnuda y mojada en la ducha y cómo se sentía cuando la besé.

—Gracias de nuevo por arreglar mi calentador de agua. Es genial tener agua caliente ahora en casa.

—Por supuesto. Cada vez que necesites ayuda con algo así, avísame —dije, logrando dibujar mis palabras y guiñar el ojo. No pude evitar mi respuesta reflexiva. Encantadoramente perfecta.

Sus mejillas enrojecieron más profundamente, y miró su hamburguesa y dio un mordisco gigante. Muy poco sexy, pero supongo que así intentaba parecer ella, para poder rechazarme.

Todavía estaba desconcertado de que no hubiera pedido ayuda en primer lugar, no quería que ella se aislara, éramos a fin de cuenta un equipo. — Hazme un favor y no te hagas esperar la próxima vez —agregué, jugando con la idea entre líneas.

—Probablemente debería haber dicho algo antes, pero no estoy acostumbrada a tener un montón de chicos alrededor que me ayuden con cosas como esa

—Bueno, definitivamente me tienes a mí —le dije.

No quería coquetear, pero era un hábito para mí. Ahora mismo, no me importaba. No cuando vi su pulso revolotear en su cuello y sus ojos entrecerrados mientras miraba hacia arriba.

—No hace falta que hagas todo esto. Tienes un montón de chicas con las que coquetear. ¿Por qué no vas a buscar una?

Dudaba que lo dijera en serio, pero sus palabras me dolían un poco. — Ey, estoy aquí sólo para pasar el rato con unos amigos, nada mas

Me miró durante un rato y tomó otro trago de su bebida. —Puede que no viva hace mucho tiempo aquí, pero sé cuáles son los rumores. Esto es lo tuyo. Hay muchas chicas que recoger, la mayoría de ellas de vacaciones y se irán en uno o dos días, así que puedes quererlas y olvidarte. No me mires como si fuera una de ellas —dijo seriamente.

Me gustaba divertirme y no me daba miedo, pero no me gustaba cómo me catalogaba en la categoría de idiota. Vacile en la respuesta, la miré fijamente por un momento. Finalmente me encogí de hombros y tomé un trago de mi cerveza. —Lo que sea, Abigail. No fingiré ser algo que no soy, pero no soy un imbécil. Me gusta divertirme, y me gusta bromear. Es lo que hago. Esta noche, sólo estoy aquí para comer con mis amigos.

—No pierdas mucho tiempo con Liam. Todo lo que hace es coquetear. Es bastante inofensivo —interrumpió Vania con un giro de ojos y lanzándome una suave sonrisa.

Como si fuera posible, Vania que era más tímida que Abigail cuando se trataba de hombres me estaba defendiendo. No la conocía íntimamente, solo desde la secundaria. Pero era una buena amiga. Le sonreí al otro lado de la mesa, agradecido, al menos ella no pensaba que yo era un maldito.

—Mira, hasta Vania dice que no soy tan malo”. Vania empezó a reírse y

Amelia se unió.

—Vania también fue al instituto con nosotros, así que sabemos que es inofensivo. Siempre está ahí si lo necesitas, es confiable. Es un coqueto profesional, pero eso es todo —agregó Amelia. Agité la cabeza ligeramente y miré a Santiago. —¿Qué tengo que hacer para quitarme a estas chicas de encima? ¿Vivir en una choza en otra ciudad como tú?

Santiago simplemente se rio y colgó su brazo sobre el hombro de Amelia. —Eso ciertamente te ayudaría

—Bueno, puede que seas inofensivo, pero no puedo imaginarte asentándote —dijo Vania con una risa baja.

Abigail se quedó callada, y yo me quede pensando internamente. No estaba buscando amor y nunca lo había hecho. No sabía muy bien qué hacer con la química ardiente entre nosotros, pero estaba bastante seguro de que sería mejor para los dos si dejábamos que terminara todo con ese beso salvaje y loco. Ya había sido un error bastante grande llevar las cosas a ese punto. Sin embargo, de alguna manera no quería dejarlo todo así, algo en ella me llamaba, la deseaba mas que solo físicamente, yo quería cuidarla, conocerla. Quería más. Si tan solo supiera qué hacer con eso.

## Capítulo Nueve

### ABIGAIL

Eventualmente la fiesta empezó a disolverse. Me despedí de todos y antes de salir fui al baño. Me lavé las manos y me salpiqué las mejillas con agua. Estaba un poco acalorada. Me hizo sentir un poco ridícula la forma en que reaccionaba al estar con Liam. Me miré en el espejo y me pregunté qué veía en mi. Lo único que pude ver fueron mis oscuros y locos rizos sobresaliendo a pesar de que los había jalado en una cola de caballo, haciéndome ver desordenada. Un rizo errante colgaba suelto de mi mejilla, nada despampanante. Mis ojos eran bastante grandes y oscuros para mi tipo de rostro, o al menos eso pensaba. Me miré a mí misma con ojos críticos. Y si bien no era una mujer fea, era bastante normal. No había pensado mucho en cómo me veía antes de este momento, era loco hacerlo en el baño de un restorán. Nunca había destinado mucho tiempo para contemplarme. Además, el maquillaje tampoco era lo mío, así que sentía que no tenía ese punto a favor. En general, vi ojos marrones anchos, pestañas oscuras y mejillas redondas. Y, aunque estaban en los lugares correctos, mis curvas eran, por decirlo de alguna manera, entusiastas. No sé si hacer este análisis me ayudaba con el autoestima, pero sinceramente no podía comprender que había visto este guapo hombre en mi, para coquetearme en la mesa, quizás simplemente era un juego. Me sequé la cara y salí por la puerta trasera de Wildlands hacia el estacionamiento, diciéndome a mí misma que debía superar la respuesta involuntaria de mi cuerpo cuando estaba cerca de Liam.

\*\*\*\*\*

Unos días después, quedé con Jimena y Vania para tomar un café por la tarde en el Firehouse Café. Demostrándome aun mas sociable de lo común. Después de mi salida del trabajo fui a casa y cuando salí para subirme a mi camioneta dispuesta a ir a mi encuentro me di cuenta que no tenía mi bolso. Hice un rápido viaje de vuelta al interior de la casa para echar un vistazo, y no había nada por ningún lugar. Saqué mi teléfono del bolsillo y rápidamente le envié un mensaje a Jimena para preguntarle si lo había visto antes de irse.

Contestó en al instante.

*‘No. No vi ningún bolso. ¿Quizás lo dejaste en la estación?’*

*‘Probablemente. Gracias’*, le respondí inmediatamente, sabiendo en ese momento que era la única alternativa.

*‘Es la segunda vez que aceptas venir a un evento social. Ahora no te saldrás con la tuya diciéndome que no podrás venir, no busques excusas’*.

*‘No enloquezcas, estaré allí en un rato’*, le respondí.

En ese momento, me apresuré a volver a salir, subí a mi camioneta y me dirigí a la estación.

A los pocos minutos, estaba entrando por la puerta principal. Durante todo el año, el Departamento de Bomberos de Anchorage nos brindó apoyo en llamadas de emergencia. A menos que estuviera de servicio, las llamadas se dirigían hacia ellos. Nuestros equipos también estaban preparados para recibir llamadas a casa. A diferencia de las estaciones de bomberos de la vieja escuela, donde en realidad había gente durmiendo en el lugar, nuestra estación no lo hacía. Estaba oscuro y tranquilo. Me dirigí hacia atrás y encontré mi bolso justo donde lo había dejado, en mi casillero. Volví al frente, haciendo una pausa en el mostrador. Puede que parezca extraño, pero la estación me pareció reconfortante. Había estado en este trabajo más tiempo que en cualquier otro que haya tenido antes. A mí eso me encantaba. No me pagaban una tonelada, pero tenía suficiente para cubrir todas mis cuentas y empezar a ahorrar un poco. Había sido obstinada con mi calentador de agua porque no quería hacer mella en mis ahorros. Por primera vez en mi vida, tenía más de quinientos dólares ahorrados. La única vez que tuve ahorros antes, lo usé todo para volar hasta aquí antes de que la abuela muriera.

Este lugar se sentía como un hogar para mí. Todo el mostrador era mío. Nadie más realmente ocupaba ese lugar. Teníamos algunos suplentes para cubrirnos en caso de emergencia, pero eso era todo. Me hizo sentir responsable e importante, y me encantó ese sentimiento. Por costumbre, rápidamente encendí mi computadora y escaneé la lista de llamadas que habían llegado recientemente. Esta noche había sido bastante tranquila hasta el momento. Se registraron unas cuantas llamadas cortas, incluyendo un incendio en un camión en las afueras de la ciudad. Volví a apagar mi ordenador y me dirigí a la parte de atrás otra vez. Justo cuando entré en el pasillo, oí pasos.

No habría razón para que alguien estuviera aquí a menos que hubiera llegado una llamada y yo acababa de comprobar que no había ninguna. Las luces estaban apagadas ya que no me había molestado en encenderlas cuando entré. La única luz disponible era la de una pequeña ampolla que

permanecía encendida sobre el fregadero del área de la cocina. Arrojó un suave y plateado resplandor en la habitación. Los pasos doblaron la esquina desde la puerta trasera, y Liam salió a la vista.

Mi pulso se disparó al galope y me quedé sin aliento.

Caminó hacia mí, candente como el infierno en sus vaqueros y camiseta descoloridos. Eso era más o menos un uniforme para él. Sus ropas abrazaban su cuerpo como un amante, cada centímetro musculoso y delineado. Ni siquiera tenía que intentarlo, y era tan sexy que era obsceno. Sus brazos se balanceaban con facilidad con su ligera fanfarronería. Dudo que siquiera haya intentado pavonearse. Acababa de hacerlo, ese es el tipo de hombre que era. Todo un hombre. Se detuvo a unos metros de mí y me habló.

—Me preguntaba de quién era esa camioneta —dijo. —¿Qué haces aquí tan tarde, Abigail?

El calor se enrolló en mi vientre bajo, y mi pulso se desbordó. Genial, simplemente genial. Había evitado estar a solas con él durante una semana entera, y de alguna manera me las arreglé para encontrarme con él en medio de la noche, sola y a sólo unos metros de las duchas, donde me había visto completamente desnuda. Tragué y quise que mi pulso disminuyera. Todo lo que tenía que hacer era actuar con normalidad y luego salir de esto tan rápido como fuera humanamente posible.

—Oh, olvidé mi bolso —dije, sosteniéndolo como si necesitara verificación. —Me voy con descanso los próximos dos días y pensé que lo necesitaría

Por supuesto que necesitaba mi bolso. ¿Muy obvio?

Me sentí tan tonta al decir eso, pero fue mi mayor esfuerzo por sonar casual frente a él. Estaba nerviosa y excitada.

Él estaba callado, su mirada verde oscura cambiando de comprensión a burla mientras sus ojos sostenían los míos. —Ah, olvidaste tu bolso

Asintió lentamente, su simple respuesta instantáneamente me molestó. —Sí. Eso es. Olvidé mi bolso

Lo levanté de nuevo, dándole otra sacudida como si necesitara probarlo de verdad. Su risa baja me hizo estremecer desde la columna vertebral.

—Ya veo eso. No creí que estuvieras mintiendo, Abigail, ese no es tu estilo.

Traté de respirar profundamente, pero el aire era difícil de conseguir, especialmente cuando mi corazón latía como loco y yo estaba caliente en todas partes.

Estar a solas con él no era cómodo. Me recordó precisamente la última vez en que estuvimos así. Me había besado sin sentido. No importaba cuánto me dijera a mí misma que no estaba bien todo esto, yo lo deseaba, de una manera desgarradora. Sin poder contenerlo.

Tuve que morder el interior de mi mejilla para permanecer callada y me pregunté qué decir para salir con gracia de esta situación. Se afirmó a unos metros de los mostradores y avanzó a lo largo de la pared trasera. Sus ojos estaban fijos en mí. Una mano estaba enganchada en su bolsillo, y giró distraídamente su hombro. Lo hacía con suficiente frecuencia —lo sabía por que le prestaba atención, maldita sea— y a veces me preguntaba si alguna vez se había lesionado el hombro.

—Nunca contestaste el fin de semana pasado —dijo abruptamente, su voz baja, tensa y ronca. El sonido de sus palabras solo envió otro escalofrío por mi espina dorsal. Maldición, la reacción de mi cuerpo a él era realmente ridícula. No quería reaccionar así y en este momento no quería desearlo, pero lo hacía como una loca. Estaba absolutamente callada, sólo porque estaba paralizada por la necesidad. Cuando Liam levantó sus cejas para instarme a responder pude percibir que me estaba tomando el pelo, Solo quería provocarme. Enderecé los hombros y tomé un trago de aire antes armarme de valor.

—Mi última respuesta fue la única que tendrás sobre ese tema.

Se sacó la mano del bolsillo y el teléfono venía con ella. En un segundo, estaba escaneando su pantalla. —Ah, dijiste que era una mala idea.

Hizo girar su teléfono sin hacer nada, mirándome, con el aire cargado a nuestro alrededor. Sentí como si me estuviera tocando, mi piel pinchando por todas partes donde sus ojos aterrizaban. Tal vez tres metros nos separaban. Estaba parada justo enfrente de las duchas. En un instante, cerró la distancia entre nosotros, su paso largo y seguro. Se detuvo delante de mí, demasiado cerca para que pudiera hacer algo al respecto.

—¿Por qué eres tan testaruda? —preguntó con voz ronca. —¿Sobre qué? —Me cubrí.

Estaba decidida a no morder su cebo. En cuanto lo dije, me di cuenta de que lo haría. No era de las que evitan los temas, y él me empujaba, pero yo me resistiría, quería evitarlo, sentía vergüenza y no quería admitir nada. Su frente se levantó en un corte, su boca se acurrucó en una esquina, y ese destello de conocimiento y burla en sus ojos estaba con toda su fuerza.

—Ni siquiera puedes hablar de ello —observó.

*¿Por qué, oh por qué me atrapó tan fácilmente?*

—No hablo de ello porque no hay nada de qué hablar. Nos besamos. Una vez. No volverá a pasar. Si buscas a alguien con quien pasar el rato, te sugiero que vuelvas al bar.

Esto sólo le llevó a que su sonrisa se ensanchara. Oh, demonios. Su sonrisa era peligrosa para mí. El calor giraba en círculos en mi vientre, mis pezones se tensaron, y deseé muchísimo haberme molestado en ponerme la chaqueta porque sabía que podía verlos presionando contra mi camiseta. Lo único de mi lado era la luz tenue. Probablemente no podía ver el rubor en mi cara y cuello. Me tuve que tragar la vergüenza que sentía.

—No quiero a nadie más. Te deseo, Abigail —soltó, dejándome con el corazón a un ritmo incontrolable.

Oh. Mi. Dios. Era un milagro que no me hubiera fundido en un charco a sus pies. Sólo había fantaseado – contra todo pronóstico, claro está– con Liam durante dos años. La lista que había escrito de todas las formas en que se suponía que no debía pensar en él resultó ser totalmente inútil. Puedes creerme, tenerlo así de honesto por quererme me volvió un poco loca por dentro.

Él continuó. —Yo te quiero, tú me quieres a mí. En serio, no necesito volver al bar por nadie más”. Dibujó la última palabra. ¿Cómo diablos podría la palab. —*Mas* —sonar sexy saliendo solo de su boca? Lo fue, créeme, lo fue. Oh Dios, estaba tan jodida. Y todo lo que quería en este momento era que me cogiera Liam. Justo aquí, justo ahora.

Se acercó, levantando una mano y bajando el dedo por el cuello de mi camiseta. Mi pulso pasó de salvaje a sin límites, corriendo tan fuerte y rápido que me dejó sin aliento. Mi canal se apretó en respuesta a su toque. Todo lo que tenía que hacer era tocarme con un dedo, y yo estaría hecha polvo por dentro y por fuera. Me sentí ridícula, casi derritiéndome frente a él mientras su dedo seguía mi cuello, haciendo una pausa en la punta de la V donde se sumergía entre mis senos.

Esperaba que no pudiera sentir el latido de mi corazón con la punta de su dedo descansando a sólo unos centímetros de donde me golpeaba debajo de las costillas. Permanecía en silencio, sus ojos miraban mi rostro, se sumergieron en mi y luego volvieron a recorrerme. El camino de su mirada se sentía como una caricia, enviando escalofríos calientes en su recorrido.

—No soy el tipo que crees que soy, Abigail. No tienes idea de lo que pienso

Estaba descubriendo que tenía una gran debilidad por su voz cuando me hablaba así. Estaba bastante segura de que podría persuadirme de que hiciera algo ahora mismo. Cualquiera cosa que dijera en ese bajo, rudo y casi susurrante tono de voz era una muestra directa del deseo que mi cuerpo tenía por él. Me obligué a concentrarme.

Gracias a Dios que no esperaba que le contestara porque no estaba segura de poder hacerlo.

—No me malinterpretes —continuó. —Me encanta coquetear, pero cuando tengo una mujer en mi mente, es la única mujer a quien le presto atención y por quien juego todas mis cartas. Ahora mismo, esa, eres tú. Veamos adónde van las cosas porque este sentimiento no va a ninguna parte. Tú lo sabes, y yo lo sé

Lo miré fijamente, dispuesta a ser sensata cuando sentía cualquier cosa menos eso. Quería hacer mucho más que fantasear con él. En lo que a mí respecta, el sexo era divertido, así que no creo que me estuviera perdiendo de algo que no haya conocido antes, ¿o sí? Consideré que tal vez si hiciera algo al respecto, me daría cuenta de que la fantasía era mejor que la realidad. No se si me explico, pero creo que si dejaba que esto ocurriera terminaría por darme cuenta que no había nada nuevo en el sexo con él, y finalmente podría sacarlo de mi mente, no habría fantasía que cumplir. Los acalorados pensamientos que tenía por él se desvanecerían después de eso. Podría dejar de pensar como una loca en él. No me atreví a compartir mi línea de pensamiento. Me quedé callada, mirándolo. Hasta que lo solté sin meditarlo mucho mas.

—Este es el trato. Lo sacamos de nuestros sistemas y luego mantienes la boca cerrada. Para siempre —dije rotundamente.

Mi voz sonaba normal, pero se contradecía con el tornado de emoción que se arremolinaba dentro de mí. El deseo, la necesidad, y el salvaje trueno de ceder en él golpearon a través de mi cuerpo.

—Por supuesto —dijo, ladeando la cabeza y mirando sorprendido.

No estaba segura de si estaba sorprendido de que yo estuviera dispuesta a seguir adelante con esto, o de si le pedí que lo mantuviera en secreto. Sentí la necesidad de aclarar porque era muy importante para mí que nadie me viera como una de las aventuras de Liam.

—Trabajamos juntos, Liam. Tal vez no sea nada para ti. Pero la forma en que los chicos me miraran si creen que soy otra de tus aventuras, bueno...

Mis palabras se callaron porque su mirada se había despejado. No estaba

segura de lo que veía en sus ojos, pero me preguntaba si estaba herido. Me sentí mal por eso, no mucho, sólo un poco. Me adelanté a tientas. —Quiero decir, tu reputación te precede. Eres *el* bombero divertido, o lo que sea.

Se le escapó una risita. —Vale, es justo. Yo no soy el que se jacta de las chicas con las que estoy, pero bromeo mucho. Ya veo por qué se te ocurre esta idea.

—No pienses que estoy diciendo que quiero algo serio. Es que trabajo aquí y no quiero que los demás piensen... —Me ruboricé porque no sabía de qué otra manera explicar lo que quería decir. —Es sólo que, bueno, tu sabes que esto no llegara muy lejos... —dije finalmente.

Liam me miró fijamente, el aire que nos rodeaba se hacía pesado, y luego asintió bruscamente. Su mirada burlona se había desvanecido. El aire pasó de pesado a eléctrico en un segundo.

# Capítulo Diez

## LIAM

Abigail se paró frente a mí, estaba hermosa, de una manera especial, creo que era por lo mucho que la deseaba en este momento. Creo que nunca la había visto con el pelo suelto, sólo sus rizos podían ser pecaminosos, salvajes y rebeldes y hacerla parecer tan dulce. Sus amplios ojos se mantuvieron en los míos. Estaba lo suficientemente cerca para sentir la energía que emanaba de ella, el deseo que brotaba de su cuerpo. Fue un alivio saber que sentía algo, aunque dudaba que estuviera tan atrapada en el deseo como yo.

Prácticamente me había aturcido en silencio desde hace un momento. Estaba dispuesto a discutir con ella, pero dijo que podíamos hacerlo. No estoy seguro que era lo que implicaba su frase, pero si era lo que yo creía, este era un buen momento. Estábamos solos, la estación estaba desierta y oscura, solo una tenue luz nos acompañaba, haciendo este momento casi romántico. Y demonios, ella estaba completamente excitante. Guapa al punto de tenerme loco por ella, aunque ella no se diera cuenta del efecto que realmente causaba en mi.

Mi dedo descansaba, aun, en la V de su camisa. Podría fácilmente, tan fácilmente, deslizar mi mano hacia abajo para tomar una de sus tetas. Pero si ella no iba a desarrollar el punto mas, yo aprovecharía este momento, no sería follar y ya, haría lo que dijo ella, *me sacaría esto del sistema*, y lo que sentía por ella era mucho mas que una noche. Esto se trataba de dos años haciendo caso omiso de mi gusto por ella, de mi deseo por ella y de saciar mi hambre mas primitiva por ella. He iba a tomarme esto con calma y sacarnos cada gramo de necesidad.

Cogí el extremo de uno de sus rizos y lo enrollé alrededor de mi dedo. Su aliento se enganchó, y mi pene palpitó. En un rincón lejano de mi mente, me preguntaba si esto era una buena idea. Dejé de lado esa preocupación. Dos largos años de lujuria corriendo en vacío en mi cuerpo cada vez que estaba cerca de Abigail, y mi motor se había vuelto loco desde ese beso.

Le di un tirón lento a su rizo y lo dejé ir. Rebotó contra su mejilla. Su respiración era aguda, y sus ojos se entrecerraron cuando me reí. Poco sabía

ella que el hecho de que se enfadara conmigo sólo servía para aumentar la excitación que ardía a través de mí. Diablos, si supiera por qué, pero Abigail era la única mujer que tenía ese efecto en mí.

—¿En serio, Liam? ¿Me estás tirando del pelo? ¿No es eso un poco infantil?

La pasión me sacudió cuando apoyó una mano en su cadera y puso los ojos en blanco. No tenía ni idea de lo que acababa de hacer.

Mantuve la correa puesta en mi ímpetu, y arqueé una ceja. —Supongo que eso depende. Se me ocurren razones para tirar de tu cabello que no tienen nada que ver con ser infantil.

Me tomó la mayor parte de mi fuerza de voluntad para no retorcer su cabello alrededor de mi mano y tirar de ella hacia mí. La única razón por la que me contuve fue para ver cómo respondía.

Su respiración se hizo más aguda, y sus ojos se oscurecieron. El dorso de mis dedos descansaba justo debajo de su clavícula. Podía sentir el latido de su corazón acelerando su ritmo.

—Así que, dejemos las cosas claras —dije, mi voz saliendo áspera. Me puse a unos centímetros de ella.

—¿Qué quieres decir? —preguntó ella, con voz ronca.

—Bueno, dijiste que sacaríamos esto de nuestros sistemas. ¿Qué quieres decir tú con eso?

No podía ver muy bien con la luz tenue, pero estaba lo suficientemente cerca para saber que estaba acalorada, nerviosa y conteniéndose quizás tanto como yo. Podía sentir mi pene forzando contra mi cremallera, pero quería hacer las cosas bien y mostrarle que no se trataba de una chica mas, quería ser cauteloso y también quería llevarla a sus extremos, que jadeara por mí.

Se mordió el labio. Intentaba ser un caballero, y ella tuvo que hacer eso. Sus dientes de color blanco nacarado abollaban su labio inferior carnoso. Giró la esquina y retorció un poco la boca antes de suspirar.

—Esto —dijo ella, bajando la mano de su cadera y haciendo un gesto entre nosotros.

La miré, pensando que podía decir. —a la mierda —ahora mismo y cogérmela. Si fuera otra mujer, eso es lo que estaría haciendo. Pero esta era Abigail, y me hizo sentir todo tipo de cosas. Puede que la deseara como un loco, pero no iba a llevar las cosas más allá de lo que ella pretendía.

No pude evitar deslizar mi mano hacia arriba para trazar a lo largo de su clavícula. Estaba tan cerca, y necesitaba tocarla. —Correcto. Para mí, esto

sería terminar lo que empezamos la semana pasada. *Esto* no se detendrá hasta que me entierren dentro de ti y pidas más a gritos. ¿Es eso lo que quieres decir con *esto*?

Sus labios se abrieron, y sus ojos se llenaron de una sombra pecaminosa. No pude evitar sentir como se mojaba mi glande y mientras solo deseé arrastrar mi lengua sobre ella, probarla y lo hice. Ella era salada y dulce, casi me quejaba con mi boca aun en su cuello con nada más que el sutil sabor de su cuerpo.

Me obligué a levantar la cabeza. Su aliento venía en pequeños suspiros. —¿Y bien? —Le pregunté.

—Sí... —susurró con un suspiro.

*Gracias, era todo lo que quería oír*, pensé. Estaba al límite de mi capacidad. Enhebré mi mano en su pelo y finalmente, encajé mi boca sobre la de ella otra vez. Besarla fue como una droga. No me contuve, ni siquiera un poco. La tiré hacia mí, una mano enredada en su pelo y la otra deslizándose hacia abajo por su espalda en un pase caluroso para ahuecar su trasero. ¿Mencioné lo perfecto que era su cuerpo? Deseaba tocar cada curva exuberante y suave. Mis dedos se hundieron en su culo, y yo gruñí en su boca. Dios, he estado pensando en cómo se siente ella durante demasiado tiempo. Tenerlo real fue una sacudida caliente de alivio y locura a la vez.

Nos habíamos reunido frente a una larga serie de mostradores contra la pared trasera y las duchas que estaban a un lado. Tenía muchas ideas sobre esas duchas, pero ahora mismo, nos estaba girado hacia el mostrador. En unos pocos pasos a tientas, sus caderas chocaron contra el. Deslicé ambas manos hacia abajo para tomarla desde sus caderas y levantarla sobre el mostrador, tirando de ella con fuerza contra mí. Oh, sí. Podía sentir el calor húmedo entre sus muslos contra mi pene.

No reflexionaba mucho cuando se trataba de sexo. Yo era un hombre de acción. Al igual que en la lucha contra incendios, trabajaba por instinto, pero tenía el control. Siempre. Pero ahora mismo con Abigail, estaba aprendiendo que había cosas que nunca había experimentado. Es decir, estar fuera de control. Normalmente me medía y orquestaba con lo que hacía. No con ella, ella no era igual, y yo no podía ser igual con ella.

Nuestro beso era un desastre caliente, salvaje y húmedo. No podía tener suficiente. Devoré su boca. Nuestras lenguas se enredaban, mientras mis manos vagaban por su cuerpo. Tal como lo recordé con vívida claridad en nuestro beso, ella era todo curvas suaves. Fue un subidón tenerla presionada

contra mí. Necesitaba probar más de ella y arrastré mis labios de los suyos, siguiendo un camino húmedo por su cuello. Su piel se erizaba por todas partes donde mis labios aterrizaban.

Mientras ella hacía esos sonidos ardientes y respiratorios -algo entre un aliento y un gemido- que me volvían loco.

Entre eso y sus caderas meciéndose contra mí, yo apenas, apenas, estaba colgado de un hilo de control. Le lamí el cuello y bajé justo entre los pechos. Impaciente, le subí la camiseta, inclinándome hacia atrás lo suficiente como para jalársela por encima de la cabeza. No fue de mucha ayuda cuando se le enganchó en el pelo salvaje. —Maldita sea —murmuró y hábilmente extendió la mano, desenredando unos cuantos rizos atrapados en el cuello antes de tirar la camisa al suelo.

Estaba experimentado un frenesí del que jamás había tenido oportunidad de conocer. Abigail estaba llevándome aun nivel desconocido de mi mismo. Durante un tiempo, estuve congelado, casi aturdido. Me sacó de quicio cuando deslizó sus palmas bajo mi camisa, las yemas de sus dedos delicadamente acariciaron mis abdominales y mis oblicuos, como escaneándolos.

Oh, demonios, sí. Necesitaba sentirla contra mí. Alcancé detrás de mi cuello y levanté mi camiseta sobre mi cabeza en un movimiento brusco. Cayó al suelo junto a la suya. La miré fijamente. Había estado fantaseando con sus pechos durante demasiado tiempo. Se tensaron contra la seda beige de su sostén, sus pezones estaban tensos y se veían deliciosos. Bajé un dedo entre ellos antes de rodear un pezón. Ella se apretó bajo mi toque. Podría haberme perdido en sus pechos, así qué cedí al impulso, ahuecándolos en mis manos, burlándome de sus pezones con mis pulgares, y saboreando cada gemido de su aliento.

No podía decir que quería ir despacio porque todos los pensamientos habían huido, pero ella lo hizo casi imposible cuando puso sus caderas contra mi pene.

—Maldita sea, Liam. No....

Lo que sea que ella quiso decir se perdió en un gemido bajo cuando sumergí mi cabeza y lavé mi lengua sobre la seda, mojándola y marcando ligeramente sus pezones con mis dientes. Alterné entre sus pechos, saboreando la sensación de presión cuando se arqueaba hacia mí, el peso de sus pechos en las palmas de mis manos, y casi acabé en mis vaqueros cuando murmuró mi nombre.

Así de fuera de control estaba.

Moví mi pulgar en el boche que sujetaba su brasier, y se soltó, la seda cedió, dejando libre al par de voluminosas mamas. Mi recuerdo del breve momento en las duchas no les hizo justicia. Eran redondos senos con pezones rosados oscuros, húmedos y tensos por mi atención. El latido de mi corazón subió otro nivel, y mi pene se endureció aún más. Estaba tan duro que era un milagro que no explotara.

Con una medida de control me tuve que forzar a la acción, retrocedí justo cuando ella agarró los botones de mis jeans. Porque Dios me ayude, si ella me pusiera las manos encima en cualquier momento, perdería el poco control que tenía.

—Eres tan jodidamente hermosa —murmuré, con los ojos fijos en ella.

Se sentó sobre el mostrador, sus muslos enjaulados, sus exuberantes pechos rogándome que los tocara de nuevo, y la suave curva de su vientre, otro recordatorio de que era toda una mujer y más. Su pelo estaba hecho un desastre, sus rizos cayendo alrededor de sus hombros. Su piel estaba enrojecida y tal como lo había adivinado, las pecas estaban esparcidas al azar por todas partes. Podría pasar horas asegurándome de lamer y besar a cada una de ellas, y tal vez, sólo tal vez eso podría satisfacer mi deseo de probarla.

Cuando mis ojos aterrizaron en los de ella, vi el deseo, la sorpresa y la impaciencia reflejados allí. Mi corazón se apretó, una sensación tan extraña que no sabía qué hacer con ella.

Se movió repentinamente, dándome un golpe con su rodilla y deslizándose por el mostrador. —¿Qué estás...?

Mi pregunta se calló cuando se sacó los vaqueros en pocos segundos. Oh. Bueno. Me pareció muy bien.

Perdió brevemente el equilibrio al patear con los pies libres. La estabilicé, mi mano cayó justo sobre su cadera. Excelente. Enrollé ambas manos en sus caderas y la levanté de nuevo sobre el mostrador. Me sorprendió ver que llevaba bragas de seda beige, a juego con su sostén, y que rápidamente se estaba liberando también de ellas.

Quería decir algo, algo burlón y juguetón, pero antes de que pudiera formar una palabra, me pasó la palma de la mano por encima de mi miembro. Dentro de una respiración, abrió los botones y deslizó su mano dentro de mis calzoncillos, la cremallera se deslizó hacia abajo por sí sola.

Gemí, mi pene palpitaba en su tacto. —Abigail...

Maldita sea. Me ha vuelto a robar las palabras. Se perdieron en una

sacudida caliente de lujuria.

# Capítulo Once

## ABIGAIL

Miré a Liam mientras enroscaba mi mano alrededor de su pene y sentía en mi palma la piel caliente y aterciopelada de su miembro. No me sorprendió en lo más mínimo descubrir que era muy contundente, literalmente. Su mirada era feroz, la necesidad contenida en mi interior me hacía difícil poder controlar el aliento. Debería haber pensado más claramente -algo, algo sensato- pero esto ya se me había escapado de las manos. Los únicos pensamientos que pasaban por mi mente eran impulsados por la abrumadora necesidad de sentir a este hombre en mí.

En el momento en que dejé que las puertas que retenían mi deseo se abrieran, corrió a través de mí con tanta fuerza que todo lo que sabía era lo que mi cuerpo quería. Liam. Ahora. No me importaba que esto fuera una locura. Ni las consecuencias, yo solo *tenía* que tenerlo en mí una y otra vez.

Probablemente lo lamentaría después. Incluso había olvidado que había lanzado esta red, pensando que probablemente la realidad no estaría a la altura de la fantasía. Lo contrario resultó ser el caso. No podría haber fantaseado con la forma en que su mirada encendía fuegos en mí, ni con el calor que se extendía como un manantial entre mis piernas, ni con el placer dulce y apretado que se enrollaba en mi vientre, ni con la forma en que mi canal palpitaba con nada más que una mirada, ni con la forma en que mis pezones se apretaron a un dolor tan agudo y placentero cuando sus dientes los marcaban. No, no podría haber imaginado nada de esto porque la imaginación sólo llega hasta cierto punto cuando las experiencias anteriores ni siquiera se acercan.

Siendo introvertida como era, había intentado salir con chicos de vez en cuando, pero era inquietante y molesto después de un tiempo mantener una relación y el sexo se describiría mejor como una frustración.

Esto. Aquí. Ahora. Era mucho más de lo que había tenido antes y había imaginado tener. Todo lo que sabía era lo que quería: estar más cerca de Liam, tener cada centímetro de él descubierto para mí y su pene, cada centímetro generoso de su miembro enterrado hasta la empuñadura dentro de mí.

No oculté nada y ni siquiera lo consideré. —Mierda, Abigail — murmuró, su voz ronca.

Dios, me encantaba su voz así. Siempre fue tan liviano, burlón y calculador. Ahora mismo, no se sentía así. Se sentía tan salvaje y rudo como yo.

Bese su pecho queriendo recorrer toda su extensión. Qué glorioso pectoral era, en general mirarlo era un deleite a la vista, no era marcado como esos tipos de gimnasio. Él era delgado, pero fibroso, musculoso y rudo. Sabías que tenía este cuerpo porque se lo había ganado con el trabajo duro y brutal que hacía. Una dentada cicatriz recorría la parte inferior de sus costillas, por un lado. Me preguntaba cómo la había conseguido. Lo dibujé con mi lengua, todo el tiempo acariciando su pene. Sentí como una gota de pre semen se escurría al salir de la cabeza. Giré mi dedo pulgar en su glande recogiendo el néctar y lo lleve a mi boca, saboreándolo mientras lo miraba tentativamente, disfrute su sabor viéndolo excitarse.

Sus facciones estaban tensas, pegadas a mí. Me saqué el pulgar y quise tomar su miembro porque quería algo más que ese sabor sutil. Me puso una mano en el pelo y me tiró de él.

—Hey...

Mi protesta se ahogó en su beso. No estaba protestando porque me estuviera tomando del pelo. No, en absoluto. Mi necesidad era tan grande, que todo era parte del dominó que caía como cascada de placer que se extendía dentro de mí. Sólo protestaba porque no había conseguido meterme su magnífico miembro en la boca.

Eso tendría que esperar hasta más tarde. Todos los pensamientos se perdieron en el torrente de sensaciones que me bañaba. Nuestro beso era descontrolado, desordenado y apasionado. Cuando finalmente retrocedió, aspiré un poco, casi mareada. Necesitaba más que aire ahora mismo, o eso parecía.

Sus labios abrieron un sendero húmedo por mi cuello mientras se metía entre nosotros, arrastrando sus dedos sobre la humedad entre mis muslos. Gimoteé y mis caderas giraron hacia su tacto.

Estaba empapada, casi temblando a la espera. Cerró sus dientes sobre un pezón, la aguda sensación enviando una flecha de placer a través de mí. Grité, arqueándome sobre él.

—Dios mío, Abigail —murmuró y la sensación de su aliento en mi piel hizo que los escalofríos me persiguieran a su paso.

Levantó la cabeza, arrastrando sus dedos de un lado a otro sobre mis labios vaginales.

—Estás tan mojada —dijo, su voz casi reverente.

Me incliné hacia él cuando me apartó las carnes y hundió un dedo en mi canal. Casi me vine en ese momento. Todo se apretó por dentro.

Mis caderas se doblaron contra él. —Liam, por favor...

Mi súplica desapareció en el largo gemido que vino cuando añadió otro dedo y empezó acariciándome, cogiéndome lentamente con sus dedos. Pero no fue suficiente. Necesitaba más. Alcancé su pene nuevamente, deslizando mi palma alrededor de él. En un instante, se echó hacia atrás, a tientas en su bolsillo. Tiró su billetera a un lado mientras enganchaba un condón.

No era propensa a orar, pero le agradecí a Dios en ese momento. Tenía el condón puesto en un segundo. Le enrollé las piernas alrededor de las caderas, mi aliento se desgarraba. Se quedó quieto, la punta de su pene descansó en mi entrada. Mi vagina se apretó. Estaba casi frenética por tenerlo dentro de mí. Necesitaba el estiramiento, sentirme llena, y lo necesitaba ya.

—Abigail.

Mi nombre cayó en la quietud. Miré hacia arriba y encontré su mirada de intención esperándome. Tragué saliva, mi pecho de repente me apretó. No podía decir lo que esperaba porque estaba segura de que nunca esperé que esto pasara, pero ciertamente no creí ver el sentimiento entre nosotros como ahora. Oh, la mayor parte de esto fue impulsado por el deseo desbocado entre nosotros, pero por debajo había un sentido de conexión, de intimidad. Quería apartar la mirada porque me asustaba, pero no podía.

—¿Sí?

—Supongo que será demasiado tarde, pero tengo que preguntarte si estás segura de esto. —Oh, demonios. Me sentí aún más ligada a él en el momento en que sus palabras salieron.

Sólo esto faltaba: ser respetuoso. Bueno, tan respetuoso como un hombre puede ser cuando un beso te lleva a este punto. Estaba allí, con el pene duro y besando el calor de mi corazón, pero sabía que pararía si se lo pedía. Lo que me hizo desearlo aún más.

—Sí, Dios, sí —me las arreglé con un guiño brusco atrayéndolo a mí con mis manos en su caderas, no podía contenerme, lo quería ya.

Estaba a punto de empujarlo hacia mí mientras su mirada verde oscura buscaba la mía. Nunca rompió el contacto visual, en una rápida oleada me llenó con un par de golpes, maravillosos. El alivio fue tan grande, que grité.

Era un ajuste apretado, el delicioso estiramiento de su pene tan intenso, que casi me vengo con tan solo tenerlo dentro.

Se quedó quieto durante un rato antes de soltar su mano de mi pelo y deslizar ambas manos hacia abajo para agarrar mis caderas. Comenzó a moverse, un ritmo lento y constante de golpes. Estaba inquieta y frenética, persiguiendo la dulce liberación que había estado tan cerca del momento en que me tocó. Sus golpes fueron medidos y controlados, mientras que yo quería algo salvaje e imprudente. Enrollé mis piernas alrededor de sus caderas, me aferré a su cuello con un beso lamiendo el sabor salado de su piel, y me mecí en él.

Estaba ardiendo por dentro, el placer se enrollaba cada vez más fuerte. Nuestra piel estaba húmeda y erizada, era delicioso subir en éxtasis con cada empuje de sus caderas. Me encantaba la forma en que sus dedos se clavaban en mi piel, anhelaba el tacto áspero, cualquier cosa que me empujara más y más alto. El crescendo del placer se elevó cada vez más hasta que escuché distantemente mi voz murmurando su nombre entre gemidos y gritos entrecortados. Se metió entre nosotros, presionando su pulgar contra mi clítoris, tan resbaladizo y mojado como jamás estuvo antes.

Sólo esa sutil presión y el clímax alcanzaba su punto álgido, el placer que rugía a través de mí tan fuerte y rápido, fue vertiginoso.

Mi canal palpitaba a su alrededor mientras intentaba recuperar el aliento. Lo sentí rígido y hundirse profundamente, su pene palpitando dentro de mí. Su cabeza cayó contra mi hombro, su aliento soplando contra mi piel, un momento increíble. Algo que no podría superar.

Permanecemos así: él de pie en la cuna de mis caderas, con la cabeza inclinada contra mí, durante largos momentos, con nada más que el sonido de nuestra respiración disminuyendo gradualmente en la habitación. Eventualmente arrastré mis ojos abiertos, la conciencia comenzó a filtrarse. Una mano estaba atada a su pelo, la otra aferrada alrededor de su cintura. Estaba aguantando como si nunca quisiera dejarlo ir. No estaba segura de que lo hiciera. Demasiado para que la fantasía sea mejor que la realidad.

Fantasía - 0.

Realidad - 1.

# Capítulo Doce

## LIAM

Sostuve la manguera y la apunté al fuego de los arbustos gigantes dispuestos para la tarea en el campo detrás de la estación. El agua salió en un fuerte chorro, golpeando las llamas que parpadeaban. De alguna manera, terminé siendo voluntario para hacer el Día de Entrenamiento Anual que llevamos a cabo para los estudiantes de secundaria. Normalmente, ayudaba, pero no estaba acostumbrado a hacerlo todo.

Estábamos en medio de nuestra reunión semanal de la estación cuando surgió el tema. Abigail había estado sentada al lado del jefe Morris y terminó mirando hacia mí cuando me preguntó quién querría dirigirlo este año, ya que él estaría fuera de la ciudad.

Con sus ojos marrones y esperanzados sobre mí que terminaron por distraerme, levanté la mano de forma inanimada. La verdad es que no tenía ni puta idea de lo que el jefe había dicho en ese momento. Todo lo que tenía que hacer era mirarme ahora, y mi cerebro se convertía en papilla. Y aquí estaba yo, ayudando a un grupo de chicos de secundaria a apagar un incendio gigante. Teníamos un campo detrás de la estación donde permitíamos quemar controladas siempre que los lugareños no se vieran afectados con los matorrales y las condiciones fueran seguras. Hicimos un llamado para que todos, lo que quisieran, dejaran artículos de madero u otro material inflamable del que se quisieran deshacer, y los quemamos. Revisamos todos los puntos principales de la seguridad contra incendios y cómo determinar cuándo las condiciones eran seguras para quemar y también abordamos todo lo que incluía extinguir un fuego, todo lo teórico que ello implica. Luego, dejamos que los niños prendieran fuego a la pila de cepillos.

En realidad, lo disfruté la mayor parte del tiempo, pero desde la semana pasada, no he hecho más que estar distraído. Abigail me había dejado boquiabierto. Realmente no esperaba que lo hiciera, pero todo lo que ocurrió había sido fabuloso, no inventamos una nueva postura para el kamasutra ni nada por el estilo, pero la forma perversa, exquisita y voraz con la que habíamos intimado había sido increíble, desató mis pasiones y fuegos mas internos y la sentí fuerte, deliciosa y candente mientras la tenía en mis brazo

esa noche, todo en ella era lujuria y placer. No hubo delicadeza, pero siento que si mucho enardecimiento, un calor desde las entrañas, desde lo mas profundo del corazón, algo cambió para mi, y esa llama que se encendió estaba lejos de extinguirse.

Pensé que suavizaría las cosas con un poco de bromas y esperaría poder convencerla de que conversamos los términos de esto, yo no podía sacarla de mi mente, pero también estaba sintiendo nuevas sensaciones, quería tocarla, tenerla cerca con mayor libertad, y aun que sabia que debía ir despacio, era algo por lo que iba a trabajar.

Había pasado una semana entera, y ella había hecho un trabajo extraordinario para asegurarse de no estar nunca sola conmigo en la estación. Intenté enviando mensajes de texto y recibí solo respuestas educadas, nada más.

Mientras tanto, estaba a punto de perder la cabeza por el deseo. Estaba tan mal que pasé por Wildlands la otra noche. Pensé que, si Abigail no iba a dejar que nada pasara de nuevo, sería mejor que siguiera adelante y volviera a entrar en mi antiguo ritmo de las cosas. Estaba seguro de que vería a una mujer, tal vez dos o tres, al menos una hermosa y deprimida, por nada más que para pasar un buen rato. Sin embargo, por mi vida, no pude hacerlo. No tenía el más mínimo interés. Quería a Abigail. No, necesitaba a Abigail. Casi me arruina para cualquier otra persona, y no tenía ni puta idea de qué hacer al respecto.

Concentré mi atención de nuevo en el fuego. Cuatro adolescentes se habían ofrecido como voluntarios para ayudar con esto: tres niños y una niña. Escaneé el cortafuegos alrededor de la pila de maleza en llamas. Teníamos una buena cantidad de tierra húmeda a su alrededor. El viento estaba bajo hoy, por lo que era un momento muy seguro para quemar. Vi a la niña luchando un poco para manejar su agarre de la manguera de incendios. Apagué el mío y me acerqué a ella.

—¿Necesitas un poco de ayuda? —La chica se ajustó su gorra de béisbol con una mano y miró hacia mí, enviando rápidamente un chorro de agua al tipo que estaba cerca.

—¡Oye! ¡Cuidado, Carmen! —dijo el chico.

Carmen movió los ojos de mí hacia él, su mirada entrecerrada. —Oh, cállate. Fue un accidente. Ya me empapaste tu también, Andrés —dijo, señalando a sus vaqueros salpicados de agua.

Andrés puso los ojos en blanco y se encogió de hombros. Andrés era

delgado, con los brazos y las piernas por delante del resto de él. —Sólo estaba bromeando —respondió.

Las mejillas de Carmen se sonrojaron. Por un instante, me recordó a Abigail. Tenía el mismo exterior espinoso, y también era bonita, pero con su cabello rubio meloso y sus ojos castaños anchos. Apuesto a que a Andrés le gustaba y, siendo tan idiota como la mayoría de los adolescentes, pensó que rociarla con agua sería divertido para ella. Definitivamente no.

Carmen dejó caer su mano y luchó con la manguera hacia el fuego mismo. —Bien, bueno, no quise mojar te —se enojó con Andrés.

Capté los ojos de Andrés y le ofrecí un leve encogimiento de hombros antes de volver a Carmen. —Sosténgalo así —le dije, señalando hacia donde debería poner sus manos y para que usara las caderas para ayudarse a estabilizarse.

Carmen me miró y rápidamente hizo lo que le dije. Se quedó sorprendida después de un momento. —Oh, eso está mucho mejor.

—Sí, cuando se trata de apagar incendios, necesitamos toda la presión del agua que podamos conseguir. Te acostumbras a ello. Además, apagar incendios a mano como éste no ocurre muy a menudo. Por lo general, colocamos las mangueras y dejamos que los puestos hagan el trabajo por nosotros.

Carmen se masticó el labio inferior. Miré el camino de Andrés y noté que todavía la estaba observando. No imaginé que Carmen fuera una chica fácil de ganar en el instituto. En esta breve interacción, estaba claro que tenía una fuerte voluntad y que no le importaba demasiado la atención no deseada.

—Vine hoy porque esto es lo que quiero hacer —dijo cuando la miré. —¿Quieres ser bombero?

Asintió con firmeza, su mirada decidida. —Uh huh. Y no sólo una bombero, sino una bombero de primera.

—Ah, bueno, viendo que eso es lo que hago, diría que es una buena meta

—Carmen, ¿estás loca?

La pregunta de Andrés me pasó por encima del hombro. Antes de que pudiera decir una palabra, los ojos de Carmen se entrecerraron, casi disparándole a Andrés.

—¡No! No estoy loca. Al menos tengo una meta —respondió ella. Andrés la miró fijamente y agitó la cabeza. —Es muy difícil y no hay muchas mujeres que lo logren solo con entrenamiento

Y luego dirigiéndose a mi continu. —Es lo que yo también quiero hacer, pero sigo diciéndole que es más difícil para las mujeres.

Wow. Este chico estaba dando una lección de manual sobre cómo hacer enojar a una chica. —¡Oh, cállate, Andrés! ¿Y qué si es difícil?

En ese momento, Jimena Gilmore se acercó. Jimena era la única bombero de alto rango entre las tripulaciones. Ella no estaba en mi equipo, pero la conocía lo suficiente como para saber que pateó traseros en el campo.

—Jimena, justo a tiempo —dije a modo de saludo.

Se detuvo a mi lado, su cabello rubio metido bajo una gorra y sus ojos azules parpadeando. Jimena era muy bonita, pero no había chispa entre nosotros. Éramos amigos y nada más.

—¿Por qué? —preguntó ella.

—Carmen y Andrés quieren ser bomberos de primera. Andrés no parece pensar que sea un plan sabio para Carmen —le expliqué, lanzando a Andrés a los lobos.

Pensé que, si alguna vez él iba a descubrir cómo no hacer enojar a Carmen, sería mejor que fuera ahora. El brillo de Jimena se desvaneció cuando miró a Andrés. La dejé para que defendiera a Carmen y serpenteó. Se me pasó por la cabeza que probablemente no me gustaría tanto que Abigail se pusiera en el tipo de peligro que yo corría regularmente.

\*\*\*\*

Horas más tarde, me envolví una toalla alrededor de la cintura y tomé una taza de café al pasar por la cafetera hasta mi casillero. Willow Brook Fire & Rescue había obtenido una generosa subvención federal hace unos años, en gran parte debido al hecho de que albergábamos a tres equipos de primera que prestaban servicio dondequiera que los llamaran en los Estados Unidos. Como tal, ese subsidio nos había dado una buena remodelación y una estación equipada. Nuestras duchas eran de gama alta, y nuestro vestuario era espacioso, con mucho lugar para nuestro equipo y algunas mudas de ropa. Tiré mi toalla en el cesto junto a la puerta al pasar. Era la última persona aquí esta noche. El equipo de Santiago había recibido una llamada de un incendio en las afueras de la ciudad. Cualquiera otra persona que se quedara atrás me habría ayudado a guardar todo después de que nuestro día de voluntariado terminó.

Abrí la puerta de mi casillero y tenía los calzoncillos a la mitad de la cadera cuando oí un chillido. Me di la vuelta para ver la parte de atrás de Abigail. Sus caderas se balanceaban y su cola de caballo rizada rebotaba

cuando casi se escapaba. Oh perfecto. No tenía ni idea de que seguía por aquí.

Mi pene se activó inmediatamente. Levanté mis calzoncillos y la seguí.

—No hay necesidad de correr, Abigail —la llamé cuando entré por la puerta abierta hacia el amplio pasillo que llevaba al frente. Se detuvo bruscamente, pero no se giró para mirarme. Oh bien. Creo que hasta acá había llegado su intento por alejarse de mi.

Caminé hacia ella, sin ofenderme que no se diera vuelta, era más que obvio que yo era demasiado para manejar. Me detuve cuando estaba lo suficientemente cerca para alcanzarla y tocarla. Fue un acto de pura voluntad para no tocarla, pero no lo hice. Tenía unas cuantas cartas para jugar, y tenía la intención de jugarlas bien.

—Me has estado evitando —dije, mi voz salió más ronca de lo que quise sonar.

Diablos, Abigail me arrebatava el control cuando estaba cerca. Había estado mal antes, pero ahora que sabía lo que era estar piel a piel con ella... Bueno, era seguro decir que mi control estaba desgastado hasta el punto de romperse.

Se giró, y pude ver sus oscuros ojos brillando.

—¡No lo he hecho!

Maldición, era gloriosa. Su pelo amarrado dejaba limpio su rostro para admirarla. Vestía como de costumbre, una camiseta suelta que le llegaba hasta las caderas. Incluso con la camiseta haciendo todo lo posible por ocultar sus cualidades, era una batalla perdida. Sus generosos pechos presionaban contra el fino algodón.

—Yo digo que sí —respondí.

Se cruzó de brazos y resopló. —¿Por qué dices eso?

Levanté una mano, alzando mi dedo índice. —Hasta ahora, nunca has podido estar a solas conmigo durante una semana entera. —sumé otro dedo. —Tus respuestas a mis mensajes ni siquiera están relacionadas con lo que digo en ellos —Levanté un tercer dedo. —No me miras a los ojos. —Otro dedo. —Y yo digo que estás tratando de fingir que no pasó nada.

Sus ojos se entrecerraron, y se enganchó el labio inferior entre los dientes, preocupándose. Oh, demonios. Necesitaba parar de hacer eso. Por fin había conseguido la ventaja por un segundo. Tanto como era posible para mí tener la ventaja mientras estaba allí con mis calzoncillos y nada más con una erección enfurecida para que todo el mundo la viera. Gracias a Dios que sólo

Abigail estaba aquí para verlo.

—Prometiste no decir nada —dijo finalmente.

—No le he dicho nada a nadie, y no lo haré. Pero te aseguro que no te prometí que no te hablaría de ello.

Tenía el labio inferior atrapado entre los dientes mientras me miraba fijamente. Descruzando sus brazos, apoyó una mano en su cadera. —No hay necesidad de que hablemos de ello.

Oh, demonios, no. No la dejaría fingir que no había nada entre nosotros. No con la lujuria tocando tambores dentro de mí, y el aire a nuestro alrededor casi vibrando con la fuerza del deseo. —Bueno, no tenemos que hablar. Hay otras maneras de comunicarse —dije lentamente, arrastrando mis palabras.

Pude ver los pequeños puntos apretados de sus pezones a través de su camisa.

—Liam... —Se detuvo y respiró hondo. —Mira, no creo que sea una buena idea que pase algo más. Trabajamos juntos, y tú eres mi jefe. Fue genial y todo...

Se detuvo y agitó la cabeza, frustrada. —Esto es todo diversión y juegos para ti. Como todo siempre. Necesito este trabajo, y no quiero que se ponga raro.

La miré fijamente. Racionalmente, sabía que lo que ella decía tenía sentido. Lo archivé para pensarlo más tarde. Pero no me gustó. Yo la quería a ella. Diablos, la quería ahora más de lo que la había querido antes.

—No se pondrá raro. No es raro ahora, ¿verdad? —Yo respondí.

Intentaba ser un caballero y no sólo enfrentarme a ella.

—Tienes que dejar de hacer esto —le dije, con mi tono ronco y casi exigente.

Sus ojos se entrecerraron de nuevo. —¿Detener qué? —preguntó ella, su tono claramente estaba subiendo. —Morderte el labio.

Se detuvo, aunque sólo fue porque se le abrió la boca. —¿Qué te pasa? —preguntó ella y su tono se volvió exasperado.

Decidí ser totalmente directo. No tenía sentido bailar alrededor de mi punto.

—Quiero besarte. Haces eso, y me hace querer besarte más. Tienes que darme algo de crédito por contenerme aquí. No es que no puedas hacer lo que quieras, pero estas aquí, hermosa y solo quiero estar contigo y sé que también lo quieres.

Su respiración se hizo más aguda. Lentamente cerró la boca, mirándome

fijamente. No dudé que ella también lo quería, tanto como yo, pero lo estaba pensando. Demasiado tiempo. Necesitaba ponerle fin a esto. Comencé a buscarla, pero ella retrocedió.

—Liam, no voy a ser una tonta y actuar como si no fuera divertido dejar que las cosas sigan adelante contigo. Pero no es una buena idea, y lo sabes. No quiero ser otra más de tus aventuras de paso. Sólo quiero decirte que no es lo que soy —Se detuvo, su mirada era incierta pero decidida.

No sé qué quería decir a continuación, pero salté para llenar el hueco entre nosotros y también porque me asusté muchísimo.

—Abigail, sabes muy bien que no pienso así de ti. Eres lo más alejado a una simple aventura. Si eso es lo que está apartándote de mi, deja de pensar así”. Abigail me miró fijamente. Me esforcé por no titubear, pero no podía creer lo que acababa de decir. Mientras estábamos allí parados en el silencio cargado, consideré qué decir a continuación. Mi corazón golpeó contra mis costillas, y una ligera sensación de pánico apretó mi pecho y se levantó en mi garganta.

—Si no soy una aventura, ¿qué soy? —preguntó. *Excelente pregunta.* Si tan sólo tuviera la respuesta.

Parecía que estaba en una buena racha de honestidad, así que mi siguiente comentario se centró en esa pista. —No lo sé —comencé diciendo.

Sus ojos de color marrón chocolate no paraban de mirarme, cuestionándome, valorando todo lo que hacía con mi cuerpo y lo que salía de mi boca mientras ella solo interrogaba con un toque de confusión en las profundidades de sus pupilas.

No había planeado nada de esto. Todo lo que sabía era que quería a Abigail. Esa necesidad había anulado cualquier pensamiento racional, desde el momento en que la vi desnuda, no hubo un plan o una estrategia, no me decidí por querer acostarme con ella, yo fui puro instinto, mis pasos fueron guiados por el momento, por la oportunidad de tenerla en mis brazos, y cada segundo que pasaba quería más de ella. Hasta este momento en que temía perderla, no había pensado en lo mucho que quería de ella, y cuanto deseaba que nuestra distancia no existiera, a esta altura yo precisaba su calor, su olor, su respiración para darle sentido a todo. No había pensado más allá de lo que podría significar, las preguntas que ella podría tener, y las preguntas que yo tenía ahora. El único punto de claridad era que yo no podía dejar de necesitarla para saciar todos los ángulos de mi vida. De una forma feroz. Metí mis propios pensamientos en la parte de atrás de mi mente porque,

honestamente, no sabía qué hacer con ellos en este momento. Realmente esperaba que con una sola vez fuera suficiente. Sacaría a Abigail de mi sistema, y seguiríamos adelante como amigos. Diablos, nunca había tenido problemas para seguir siendo amigo de mujeres con las que salía antes. Sin embargo, nadie con quien había salido era como Abigail. Nadie me atrapó de la forma en que ella lo hizo. Y eso fue antes de que probara lo que era estar con ella.

En un terreno incierto, me caí de espaldas a lo mundano. —¿Qué haces aquí de todos modos? Pensé que te habías ido hace horas

Me sentí un poco tonto todavía de pie en mis calzoncillos. Aunque gracias a Dios que mi pene estaba en sintonía y no estaba descontrolado como antes. Intentar tener una conversación racional sobre el estado de nuestros asuntos había enfriado la lujuria que tarareaba a través de mí.

A mi pregunta, Abigail se torció un rizo suelto en la punta del dedo. Era un hábito nervioso de ella. Incluso cuando su cabello estaba recogido. Sus cabellos eran salvajes como ella, indomables. Luego se mordió el labio otra vez. Oh, demonios. Justo cuando pensaba que estaba teniendo las cosas bajo control.

—Volví para tratar de cambiar el aceite de mi camioneta —explicó. Mi confusión debe haber aparecido en mi cara.

Girando ese rizo oscuro alrededor de su dedo, me miró. —Jimena me enseñó cómo cambiarlo. Pensé que lo había entendido bien, pero noté que hay una mancha de aceite donde estaciono en la casa de la abuela.

—Oh, bueno, mételo dentro y déjame echar un vistazo

Parecía tan aliviada que me dio ganas de abrazarla. Sólo Abigail era capaz de provocar ese sentimiento de querer contenerla. No me gustaba mucho el afecto empalagoso, era algo nuevo para mí. También me hizo sentir que podía cuidarla, que podía protegerla y hacer por ella las cosas de hombre, me hizo sentir importante y protector para ella. Todo porque me ofrecí a ayudarla a cambiar el aceite. Cosas de hombres.

—¿Me ayudarías? —preguntó ella.

Fue entonces cuando me di cuenta de que podía negociar. —Hagamos un trato”. El alivio en sus ojos se transformó en sospecha. —¿Qué?

—Revisaré tu camioneta y arreglaré lo que sea que esté mal si dejas de fingir que no hay nada entre nosotros

El silencio fue rotundo. Maldita sea. Me miró fijamente. Por un momento pensé que rechazaría mi oferta y me arrepentiría. Porque la verdad

es que me ocuparía de su camioneta pase lo que pase. Pensé que me conocía lo suficiente como para saberlo.

Justo cuando pensé que había ido demasiado lejos, ella habló. —Bien”. Eso es todo lo que dijo. —¿Bien? —Le pregunté.

Su aliento se disipó en un pequeño resoplido. Maldición, me encantaba cuando reaccionaba así, como una mujer a quien no podía dominar.

—Sólo eso. Bien. Aprecio tu ayuda, y trataré de... —Se detuvo y movió la mano agitándola un poc. —... supongo, no actuar como si no hubiera nada. No sé qué significa eso, pero dejaré de preocuparme de eso por ahora.

Envié un aleluya silencioso. No iba a revelar lo aliviado que estaba. —Trato hecho entonces. Me vestiré, y tú puedes llevar tu camioneta a la bahía lateral.

Por un momento, consideré tratar el tema con ella en ese mismo momento. Estábamos solos, y yo ya estaba medio desnudo. Pero sentí que necesitaba jugar bien mis cartas, y eso probablemente significaba darle un poco de espacio, enseñarle que podía confiar en mi. No pensé en el hecho de que estaba completamente perdido por esta chica. Yo no fui el que propuso nada más que una aventura. Sin embargo, ni siquiera podía tolerar la idea de no tener más de Abigail.

# Capítulo Trece

## ABIGAIL

Miré las botas de Liam. Estaban saliendo por debajo de mi camioneta mientras él verificaba la situación con mi filtro de aceite. Botas de cuero negro maltratadas y desgastadas, simplemente. Sin embargo, de alguna manera eran parte de todo lo que él era. Era tan casualmente masculino, que dudé que pensara en ello. Viniendo de California, había visto un montón de botas nuevas de cuero de marca hechas para que parecieran como si fueran usadas. Dudaba que ese tipo de botas se vendieran aquí en Alaska. La vanidad no era una gran cosa por aquí. Supongo que Liam probablemente pasaba por varios pares de botas como esta cada año. Era áspero, robusto y, por excelencia, un hombre alfa, era casi de película. No debería haber llegado a mí como lo hizo. Quiero decir, tipos como él me rodeaban día tras día en la estación. Todos duros como clavos, bomberos de renombre. Sólo Liam envió mi barriga a dar volteretas. Sólo fue Liam que me hizo derretirme por dentro y ponerme caliente como estaba, sin duda era un tipo fuera de mi alcance y se había empeñado en ser parte de mis días, y al menos en lo que respecta a mis pensamientos y sueños, lo había logrado fácilmente.

La primera vez que vi a Liam, mi pulso se había desbocado, pequeñas alas de mariposa revoloteaban en mi vientre, y me había hecho querer cosas que no eran lo más sensatas.

Mi sexo se apretó justo ahora al recordar ese primer encuentro. Todo esto estaba sucediendo en mi cuerpo mientras Liam cambiaba mi filtro de aceite. Parecía hablar consigo mismo un poco cuando trabajaba porque ocasionalmente le oía decir algo, pero no entendía lo que quería decir.

Mi cuerpo continuó recordando, pero ahora el momento en que las fantasías cobraron vida. La sensación de que me llenaba, el empuje y el tirón mientras entraba en mi canal fue algo que no quería olvidar. Me tragué el recuerdo contra la marea de necesidad que pasaba a través de mí. Esto era una locura. Me había esforzado tanto toda la semana por olvidar lo que había pasado. Había evitado escrupulosamente estar a solas con Liam, lo que fue un logro conseguir que siempre hubiera alguien o tuviera algo que hacer. Lo que más me costó fue lograr todo cuando salía al frente para charlar conmigo.

Nunca había considerado la frecuencia con la que lo hacía y cuánto me gustaba. Invariablemente decía algo que me pinchaba, y discutíamos sobre el tema. Todo este tiempo, pensé que me molestaba. Lo hacía, pero era divertido y alegre. Durante toda la semana desde que me dejó sin aliento y me mostró la locura de estar con un hombre como él, fingí que había estado al teléfono varias veces al día cuando él se paseaba por el frente.

Me preguntaba cuánto tiempo podría seguir así. También me preguntaba cuánto tiempo podría resistirme a él. Esperaba que tuviéramos una aventura de una noche. Esperaba irme un poco decepcionada y así poder olvidarlo fácilmente. Yo creí que dejaría de fantasear con él. En vez de eso, me había volado la cabeza, me había hecho volar hacia un clímax explosivo y me había dejado queriendo más, más y más.

Salté cuando se deslizó rápidamente de debajo de mi camioneta. Estaba de espaldas en uno de esos tableros rodantes. Aplastó una bota contra el suelo, logrando de alguna manera que pareciera como si estuviera tumbado en la maldita cosa. Una delgada franja de su piel bronceada mostraba donde su camiseta cabalgaba ligeramente por encima de sus jeans. Ese pequeño vistazo hizo que otro rayo de calor pasara a través de mi entre pierna. Sabía lo duro y musculoso que era y cómo se sentía contra mí.

—Todo listo —anunció con una rápida sonrisa. —Oh, ¿eso es todo? ¿Qué estaba mal?

Giró ligeramente el tablero y se puso en pie, cogiendo el extremo de la misma con una sola bota. —No mucho. Lo has entendido bien. Sólo necesitaba un ajuste. Como estaba goteando, me adelanté y cambié el filtro porque el sello estaba hecho un desastre.

Rápidamente recogió algunas herramientas y limpió. Lo observé mientras se lavaba las manos en el

fregadero gigante de la esquina. Estábamos parados entre mi camioneta y la pared del garaje. La bahía lateral en la que nos encontrábamos estaba vacía a menos que necesitaran traer uno de los vehículos para su mantenimiento.

Más allá de nosotros y más cerca de la parte principal de la estación estaban las bahías principales, que contenían dos camiones de bomberos. Aparte de donde estábamos, el garaje estaba en las sombras.

Apenas había luz afuera, con el largo y lento descenso del sol casi terminado. A través de la ventana, pude ver la parte más delgada de su periferia cayendo detrás de las montañas. La luz era gris plateado afuera.

Miré hacia Liam. Tiró una toalla de papel a la basura junto al fregadero y se giró para mirarme, enganchando sus manos en el borde del fregadero. Ya era bastante malo cómo se comportaba mi cuerpo cuando uno de nosotros estaba ocupado, pero era francamente embarazoso cuando no había nada que me distrajera. En el momento en que su mirada verde oscura cayó sobre mí, mi vientre hizo un giro lento y mi pulso se aceleró. Estaba callado, teniendo en cuenta su mirada. En el estrecho espacio entre mi camioneta y el fregadero, tal vez estábamos a un pie de distancia. El espacio se sintió repentinamente abarrotado y caluroso. Estaba ardiendo, por dentro y por fuera.

Liam extendió la mano y la enganchó en el dobladillo de mi camiseta. Había regresado a la estación, esperando no ver a nadie alrededor. Como tal, llevaba una camiseta que colgaba de mis caderas y un par de leggings, mi habitual y cómodo atuendo casero. No me sentía sexy, pero cuando Liam me miró, mi cuerpo se iluminó. Me tiró suavemente hacia él.

Habría hecho falta un esfuerzo monumental para resistir cuando cada fibra de mí quería aferrarse a él. Ya había olvidado la larga lista de razones por las que no debería dejar que volviera a pasar nada. Me acercó un poco más y emitió un zumbido de satisfacción.

Me sentí suave contra su tacto, aunque sólo fuera por el contraste con su dureza. Aparte del hecho de que podía sentir su pene caliente y duro contra mí, era duro en todas partes. Mi cuerpo casi se hundió en alivio en su pecho. El esfuerzo que había hecho para tratar de no notarlo la semana pasada había sido más de lo que me había imaginado. Dejarlo seguir con lo que quería -en resumen, atarme esencialmente a su cuerpo y olvidar el resto del mundo- fue una liberación en este momento.

Estaba cargada de lujuria, pero por el momento, no la estaba combatiendo. Cerré los ojos y traté de recuperar el aliento. Mientras que yo estaba aliviada de detener finalmente mi lucha interna con mi propio deseo, tocarle sólo me hizo sentir más y más ganas de continuar.

—Abigail.

La voz de Liam era baja y tensa. El sonido por sí solo me hizo sentir un hormigueo en la columna vertebral. Abrí los ojos. Mi mirada contra la suya, hizo que mi aliento y mis latidos se agitaran. Su mirada era feroz y tan atenta que apenas podía soportarlo.

Aspiré un poco. —¿Sí? —pregunté

—¿Es ahora cuando me dices que no podemos hacer esto? —No lo

puedo creer. Mi cabeza temblaba antes de poder hilar una respuesta.

—Tendrás que ser más claro —dije mientras él deslizaba una mano alrededor de mi trasero y levantaba la otra para pasar la parte posterior de sus dedos por mis pezones.

Ya estaban apretados y adoloridos, rogando por su toque. El sutil roce sobre el fino algodón casi me hace gemir. Me apresuré a buscar una apariencia de control, mi mente seguía nublada por la necesidad. —¿Dejarlo? —Me asfixié.

—¿Sacudiste la cabeza? No sé si eso significa que no podemos dejar de hacerlo, o si eso significa que debemos dejarlo. ¿Qué tal si me dices lo que quieres?

Parecía tener más capacidad para hablar que yo, aunque su voz era ronca. Podía sentir el fuerte latido de su corazón contra mí. Su pene estaba anidado en el ápice de mis muslos, justo donde me había tirado fuerte contra él antes. Desearía que no estuviera exigiendo que fuera explícita con lo que yo realmente quiero.

Miré sus ojos -el calor se deslizaba por mis venas y se acumula en mi vientre, sintiendo la humedad que se escurrir entre mis muslos- y sentí una conexión que nunca antes había conocido. Me hizo querer mirar hacia otro lado, pero si había algo que no era, era ser una cobarde. Fui muy testaruda a la hora de enfrentarme a las cosas de frente. Así que sostuve su mirada con mi corazón latiendo como las alas de un colibrí y la emoción apretando mi garganta.

Me tragué el aire y atravesé el miedo que me perseguía por dentro. —Te deseo.

Mis palabras salieron roncadas, ásperas con la profundidad de mi necesidad. Por si acaso, le pasé la palma de la mano por encima de su miembro. Sus párpados cayeron mientras se arqueaba sutilmente en mi tacto.

—Joder, Abigail. Me vuelves loco.

—Bueno, al menos somos dos”. Cuando lo dije, soltó una risa baja que me hizo temblar la piel.

Gracias a Dios que Liam me tenía firmemente aferrada. Sus labios finalmente llegaron a los míos. Necesitaba besarlos tanto como necesitaba respirar y posiblemente más. Puse una mano en su camisa y me metí en nuestro beso. Hubo besos y luego estaban los besos de Liam. Tal vez yo tenía poca experiencia, pero maldita sea, él era un maestro en eso. Profundas pinceladas de su lengua intercaladas con el trazo de mis labios, atrapando mi

labio inferior en sus dientes, murmurando lo que yo no sabía y luego volviendo a mi boca. Era el equilibrio perfecto entre lo duro y lo blando, lo caliente, lo profundo, lo húmedo y lo abrumador. Para cuando se echó para atrás, yo ya casi estaba montando su rodilla, que se había deslizado entre mis muslos en algún momento del camino. Mi camisa fue empujada hasta la mitad y él tenía ambas manos ahuecando mis pechos con sus dedos burlándose de mis pezones hasta la locura.

# Capítulo Catorce

## LIAM

Estaba casi perdido en el torbellino de Abigail. Sus labios estaban húmedos e hinchados por nuestro beso, sus ojos nublados y oscuros, y su piel enrojecida por todas partes. Sus caderas rodaban contra mi muslo y yo estaba tan duro al punto de creer que podía explotar, ya.

Normalmente me medía más cuando se trataba de sexo. Me encantaba y definitivamente adoraba hacer que una mujer se volviera loca. Sin embargo, todo se trataba del final del juego. Con Abigail, era otra cosa. Oh, era necesidad, era deseo puro, pero también era mucho más que eso. No había un juego final. Me perdí en nada más que la sensación de estar con ella: sus pechos grandes me llenaban las manos, sus pezones apretados rodando bajo mis pulgares, el calor húmedo de su sexo presionando contra mi muslo. No había nada medido sobre nada de lo que hice con ella. Era pura, cruda, lujuria sin filtrar. Y algo sentimental. Algo en lo que no quería pensar ahora mismo.

La levanté contra mí y no pude evitar la sonrisa de satisfacción cuando me enrolló las piernas alrededor de las caderas. Era un manojito de curvas exuberantes y suaves. Su olor almizclado me rodeaba. Maldita sea. Sólo su olor me hacía más difícil todo. La llevé hasta la parte trasera de la camioneta, la ajusté en mis brazos y la abrí con una mano.

—¿Qué estás...?

Su pregunta terminó en un grito ahogado cuando deslicé sus caderas en la parte trasera del vehículo y busqué entre sus muslos para arrastrar mis dedos sobre el algodón húmedo.

—Estás tan mojada, deliciosa —murmuré.

Un pequeño gemido vino de ella cuando profundicé la presión y pasé sobre su clítoris.

Estaba casi loco, pero tenía una meta. A regañadientes aparté mi mano y busqué la cintura de sus polainas. Ella fue de mucha ayuda y me quitó las manos del camino para quitarse los calcetines, en un abrir y cerrar de ojos estaba ocupada conmigo después, empujando mi camisa. Empezó a desabrocharme los vaqueros, y yo le cogí las manos con las mías.

Sus ojos miraron a los míos, la impaciencia contenida en su mirada. —

No te preocupes, lo lograremos

Cogí el dobladillo de su camiseta y la levanté para soltarla donde cayó al suelo con la mía. Que me jodan. Ella era gloriosa. Sus pechos se derramaron sobre la parte superior de su sujetador de seda rosa, casi del color de su piel, los pezones tensos y pequeños abalorios. Tal vez esta era sólo la segunda vez que estábamos juntos, pero ella parecía tener una afición por la seda. No debería haberme sorprendido. Tenía un toque romántico en su aspecto general, pero su piel cremosa, sus pecas y su adorable semblante se veían maravillosos adornados con el encaje.

Golpeé el pequeño broche entre sus pechos, gimiendo cuando se soltaron. Mi boca estaba sobre ellos antes de que pasara por el pensamiento. Necesitaba probarla, sentir sus pezones apretados bajo mi lengua y en mis labios. Se arqueó sobre mí, gritando cuando mordí ligeramente. La agarré de las caderas y la arrastré hasta el final del asiento, con sus pantorrillas colgando alrededor de mis caderas. Con ella flexionando contra mí, hice un mapa de su cuerpo, sobre la suave curva de su vientre, y arrastré besos a lo largo de sus muslos.

Se puso inquieta contra mí cuando le abrí los muslos. La seda entre ellos estaba empapada con sus jugos. Quería alargar esto, pero necesitaba verla. Enganchando un dedo sobre el material, le quité las bragas y me las metí en el bolsillo. Que me parta un rayo si se va a casa con eso puesto esta noche. Miré hacia abajo para ver su vagina, rosa y brillante. A lo lejos se me ocurrió que era demasiado pura para el lugar donde follábamos. No quise decir que fuera virginal. solo que era tan jodidamente hermosa, tan real y tan honesta en la forma en que me respondía. Donde más a menudo se sentaban hombres que volvían cubiertos de hollín, este lugar era todo hombre, y ella era toda mujer.

Pasé un dedo por sus pliegues, Dios mío, estaba tan mojada. Mis rodillas casi se doblaron. Deslizaba con sus propios jugos, su olor era como una droga. Le metí un dedo dentro, viendo como sus caderas rodaban hacia mi toque.

—Liam, por favor, no me hagas esperar —murmuró entre respiraciones.

—Oh, no te haré esperar. Este es el primer asalto nena

Finalmente me entregué a lo que quería y dejé que mi lengua rastreara su hendidura. Sus caderas se doblaron, y me agarró el pelo. Añadí otro dedo a su canal y me puse a follarla con mis dedos mientras probaba cada centímetro de ella. Era dulce, y jodidamente apetitosa. Ella no se contuvo, y me encantó

eso de ella. Puede que sea cautelosa y enojona, pero su fuerte personalidad se manifestó una vez que bajó la guardia.

Con sus caderas rodando hacia mí, seguí sus pliegues y los rodeé, rozando su clítoris una y otra vez, mientras me acariciaba profundamente en su canal. Cuando ella empezó a latir a mi alrededor, giré mi lengua alrededor de su clítoris y lo metí en mi boca. Gritó bruscamente mi nombre seguido con un leve gemido mientras convulsionaba a mi alrededor.

Me eché hacia atrás lentamente, creando un espacio entre nosotros. Podría haber empezado de nuevo con lo mismo, pero ella ya estaba inquieta. Se levantó sobre un codo y agarró mis vaqueros. Mi pene estaba listo y dispuesto, tan duro que no me habría sorprendido si mi cremallera estuviera impresa en él. Ella lo liberó en un segundo, mientras que yo apenas tuve tiempo de sacar mi cartera del bolsillo trasero y enganchar un condón.

Me lo arrebató y rompió el paquete tan fuerte que pensé que rompería el condón por la mitad. Le agarré las manos. —Tranquila. Sólo tengo uno, así que si lo rompes, no tenemos suerte.

Ella resopló. —Necesito...

—Oh, yo también necesito —dije, casi gruñendo las palabras. Eso me hizo reír. —Déjame hacer el resto.

Puse ese condón en un tiempo récord. La miré y mi corazón me dio una patada rápida. Era tan increíble que me dejó sin aliento. Su pelo se había soltado y se había caído en una masa enredada de rizos alrededor de sus hombros. Estaba celoso de los pocos que descansaban contra sus pechos, jugueteando en sus pezones. No tenía suficientes manos para tocarla en todas partes donde quería tocarla. Con sus mejillas sonrojadas, sus generosas curvas y esas pequeñas pecas esparcidas por todas partes, era la mujer más hermosa que jamás había visto.

Con la necesidad de azotarme como un látigo, coloqué mi pene en su entrada y me hundí dentro de ella de una sola vez. Estaba tan mojada que me metí fácilmente. Ella jadeó un poco y sus ojos se cerraron.

No sabía por qué, pero necesitaba que me mirara. —Abigail.

Una vez que su mirada se fijó en la mía, no miró para otro lado. Estaba tan cerca del borde, que era un milagro que no hubiera llegado en el momento en que me hundí en su cremoso y apretado canal. Me quedé quieto durante un rato y luego empecé a moverme. Con sus piernas enrolladas alrededor de mis caderas, nos mecíamos juntos.

Quería que volara conmigo. Empecé a crear contacto entre nosotros,

pero ella se me adelantó. Ya estaba fuera de mis cabales y me sentía impulsado por nada más que por la necesidad más caliente y salvaje que jamás había experimentado. La visión de sus dedos dando vueltas sobre su clítoris hinchado y regordete rompió el hilo de mi control. Mi liberación me golpeó tan fuerte que mis rodillas se doblaron. Golpeé tan fuerte dentro de ella, que vi estrellas. Me caí hacia adelante, cogiéndola en mis brazos mientras lo hacía.

El metal de la cama del camión resonó con la fuerza de mi peso colapsando sobre ella. Mi cabeza aterrizó en la dulce curva de su cuello. Mientras intentaba recuperar el aliento, su olor se filtró en mí. Me quedé quieto, absorbiendo la sensación de que ella se relajaba en mis brazos y pensé que podría quedarme allí para siempre y sería perfecto.

# Capítulo Quince

## ABIGAIL

Salté por encima de un charco y entré por la puerta al Firehouse Café, el timbre de arriba sonó mientras pasaba. Me detuve y miré a mi alrededor. El lugar estaba lleno. Para los lugareños, la buena comida y el café siempre estaban en este lugar, por lo que era un punto de encuentro social central. En los veranos, el lugar prácticamente zumbaba con la adición de turistas. Si a esto le sumábamos un día lluvioso, los turistas que normalmente estarían fuera haciendo senderismo, andando en bicicleta, pescando, cazando o algo más, buscarían un lugar seco donde estar.

Justo en medio de Willow Brook en Main Street, el Firehouse Café estaba ubicado en la estación de bomberos original de la ciudad. El alto edificio cuadrado había sido renovado con el antiguo garaje convertido en asientos para comer y una panadería y cocina abierta hacia atrás. El poste de fuego en el centro de la habitación estaba pintado con flores y hojas, además de colores brillantes y obras de arte en todo el café, creando un espacio caprichoso y acogedor. El área de comedor estaba salpicada de mesas cuadradas de madera con un mostrador que encerraba la cocina y la panadería, en su mayor parte abierta, hacia la parte de atrás.

Pasé entre un grupo de turistas por la entrada y me puse en la fila. Había llegado tarde esta mañana y me había olvidado de llevar para a comer a la salida. Me moría de hambre y me vendría bien un poco de café. Había tenido dos noches de sueño intranquilo. No podía quitarme a Liam de la cabeza ni de día ni de noche, desde nuestro interludio en el garaje, él había tomado residencia permanente en mi mente y cuerpo. Casi me río en voz alta. Ahora había tenido el mejor sexo de mi vida, dos veces en una estación de bomberos, que también era donde yo trabajaba. Así de fuera de control estaba con él. Nada podía detenerme una vez que me tocaba.

—¿Qué es tan gracioso?

Miré detrás de mí para encontrar a Vania Woods. Su cabello rubio estaba en una trenza y estaba tan húmedo como el mío. Además de olvidar mi almuerzo, también había olvidado mi impermeable esta mañana.

No podía decirle exactamente en qué había estado pensando, al saber del

hecho de que había estado pensando en mis aventuras sexuales con Liam en la estación de bomberos. Que Dios me ayude. Así que me encogí de hombros. —Oh, no mucho. ¿Cómo estás? —pregunté rápidamente, saltando de un lado a otro.

—Me muero de hambre. ¿Tú? —contestó rápidamente

—Igual, no sabes cuanto.

Los brillantes ojos azules de Vania captaron los míos. —¿Te importaría si me uno a ti? Tendríamos que pelear por una mesa, así como esta de lleno

—Claro —le dije enseguida.

Era algo pequeño, pero no estaba acostumbrada. Toda mi vida antes de Willow Brook había consistido en ir de un pueblo a otro. Como tal, hacer amigos más allá de lo superficial no había sido muy fácil. Cuando me mudé de casa de mi papá, estaba tan ocupada tratando de llegar a fin de mes y terminar la universidad, que no había tenido mucho tiempo para socializar. Willow Brook era un lugar acogedor, pero aún así me estaba acostumbrando al hecho de que estaba aquí por más que una estadía temporal. Jimena me había estado regañando para salir por más de un año, con eso lo explico todo.

—Hey, Vania —dijo una voz de hombre.

Eché un vistazo para ver a Paul Mason acercándose. Paul era otro bombero. Trabajaba en el equipo de Santiago y también había muchas mujeres babeando por él. Con su cabello rubio oscuro, sus ojos azules brillantes y el cuerpo necesario para morir por el bombero, era ciertamente fácil de ver. Podía admitir que era realmente guapo, pero no me hacía sentir nada especial.

La mirada de Paul se dirigió hacia mí. —Hola Abigail. ¿Pausa para almorzar? —Asentí con la cabeza. —Me atrapaste. Olvidé traer el mío hoy

La línea se inclinó hacia delante, y Paul se detuvo a nuestro lado mientras tragaba un largo trago de su taza de café. Parecía que se estaba yendo.

Se metió una mano en el bolsillo y sus ojos le devolvieron la mirada a Vania. Cuando la miré, se veía de mal humor.

—¿Olvidaste cómo saludar? —preguntó Paul, una lenta sonrisa rizando sus labios. Vania resopló un poco. Me preguntaba cuál era su problema.

—Hola Paul. ¿Cómo estás? —preguntó ella, con un tono tranquilo. Paul me miró tomando mi atención y guiñó un ojo. —Estoy tan bien como la lluvia. ¿Tú?

Vania se cruzó de brazos. —Bien. Si no te importa, Abigail y yo

estábamos pidiendo para almorzar.

Nuestra decisión casual de comer juntas fue de repente una cita para almorzar. De acuerdo. Podía captar eso. Puede que no supiera lo que estaba pasando, pero si Vania necesitaba que la apoyara, y eso es lo que haría, así somos las mujeres, siempre compañeras con la otra que esta en apuros.

Paul arqueó la frente, su sonrisa se expandió. Lugo se encogió de hombros. —Muy bien, señoritas. Que tengas un buen almuerzo.

Vania se volvió hacia adelante. Y trate de mirar los ojos de Paul, sintiéndome un poco mal por su brusca despedida. Paul era un buen tipo, siempre se ofrecía a ayudar cuando alguien necesitaba de su apoyo con lo que sea en la estación. Había oído de la tripulación que estaba firme como una roca en el campo, sin importar lo peligrosas que se pusieran las cosas.

Paul no parecía sentirse mal. Me guiñó un ojo y se encogió de hombros. —A Vania no le gusta que le digan que es preciosa. Esa es mi ofensa —ofreció como si fuera una explicación.

El aliento de Vania siseó, y ella se volvió hacia él. Empezó a decir algo y luego cerró la boca. Después de un momento, dijo fríamente. —Que tengas una buena tarde, Leví.

Se rio y siguió caminando, empujando a través de la puerta y haciendo sonar el timbre con su partida. Finalmente llegamos al frente de la línea. Me preguntaba por qué Vania estaba tan molesta con Paul, pero era hora de pedir comida.

Anette Cox nos saludó con una amplia sonrisa. —Hola chicas, ¿qué van a pedir hoy?

Anette era la dueña de la estación de bomberos. Casi siempre estaba aquí. Ella había sido una buena amiga de la abuela. Recuerdo a verla visto por la casa de la abuela cuando la visitaba de pequeña, con sus cálidos ojos marrones, su sonrisa lista y su manera maternal, era fácil estar cerca de ella. Se había esforzado mucho para darme la bienvenida cuando llegué a ver a la abuela antes de que muriera. También fue ella la que me arrastró para que me reuniera con el abogado de la abuela. Sin ella, podría haberme ido de la ciudad si no hubiera sido por el hecho de que estaba sin dinero en ese momento.

—Necesito un café lo más oscuro posible para empezar —le dije. Anette se rio. —¿Servirá un doble disparo en la oscuridad? —preguntó

—Perfecto —reconocí.

Curiosamente, era un poco adicta del café, un efecto secundario de

trabajar en una cafetería de moda en San Francisco. Además, la estación de bomberos tenía un café muy bueno, y Anette sabía lo que me gustaba. Dos tragos de espresso añadidos al café de la casa podrían sacudir mi cerebro privado de sueño.

—¿Vania? —preguntó Anette.

—Tomaré lo mismo —contestó Vania rápidamente.

—Lo tengo —dijo Anette mientras se giraba. —Vayan a buscar una mesa. Les llevare su café en un momento y les tomaré el resto de su pedido.

Por suerte, una pareja salía de una mesa de la esquina. Vania prácticamente corrió hacia allí para asegurarla. Me deslicé en la silla frente a ella mientras se acomodaba con un suspiro. —Paul Mason me molesta muchísimo —anunció.

—Es difícil no darse cuenta. —Le respondí

No la conocía tan bien todavía, pero como ella era tan directa al respecto, pensé que era seguro para mí compartir mi observación bastante obvia.

Vania se quitó el elástico del cabello y pasó los dedos por los mechones húmedos. No lo iba a comentar, pero Paul tenía razón. Ella era hermosa. Su cabello rubio brillante cayó en olas suaves y húmedas alrededor de sus hombros. Con su piel cremosa, sus brillantes ojos azules y sus finos rasgos, era impresionante. Estaba vestida con su equipo de construcción habitual con vaqueros maltratados manchados de tierra, una camiseta suelta y botas de trabajo de cuero.

Vania rompió el elástico de su muñeca y me miró a los ojos con una sonrisa arrepentida. —Correcto. Supongo que dejé que me afectara.

—¿Qué tiene de molesto? —pregunté, realmente curiosa.

—Sigue intentando que salga a cenar con él —dijo Vania, con las mejillas ruborizadas.

Nunca hubiera esperado que Vania se pusiera nerviosa por nada. Ella y Amelia fueron intimidantes por derecho propio, ya que se mantuvieron en un campo dominado por hombres como el equipo que formó Kick A\*\* Construction. Después de escuchar sus puntos de vista sobre las relaciones la semana pasada en la cena, me sorprendió aún más. Me había recordado a mí misma un poco preocupada por que las relaciones no valían la pena.

Consideré cómo responder. Mis pensamientos eran que, si ella no sentía nada por Paul, probablemente no debería ser una molestia que la invitara a cenar. Su reacción no fue de pura molestia, como si estuviera presionando

demasiado. Era como si su atención la hiciera demasiado consciente, y como resultado, incómoda. Mi instinto me dijo que estaba incómoda porque le gustaba. No me consideraba particularmente astuta cuando se trataba de cosas como ésta, pero sabía lo que veía porque estaba muy cerca de lo que sentía por Liam.

Una gran diferencia: me había dejado sin sentido. Dos veces.

Era lo único en lo que podía pensar la mayor parte del tiempo. Me sentí un poco aliviada de que mi atención se centrara en los problemas de hombre de otra persona.

—Supongo que no quieres ir a cenar con él —le contesté. Vania puso los ojos en blanco y suspiró. —En realidad no

—¿No realmente? —Anette llegó a nuestra mesa en ese momento. Rápidamente nos dio nuestros cafés y sacó su libreta. —Bien, ¿qué les traigo para almorzar?

—Dame lo que sea que sea el especial de hoy —dijo Vania. —¿Hamburguesa de salmón y patatas fritas? —preguntó Anette.

Vania asintió con firmeza. —Me comeré todo lo que hagas, pero gracias por decírmelo”. Anette se rio y me miró.

—Tomaré lo mismo.

—Bueno, eso fue fácil —dijo Anette con una pequeña carcajada mientras deslizaba su bloc de notas en el bolsillo delantero de su delantal.

—¿Cuándo te vas a ablandar y salir con Paul? —preguntó ella, dirigiendo sus ojos a Vania con una sonrisa astuta.

Vania estaba a mitad de camino con su café y escupió un poco. Le di una servilleta y me quedé callada. No me sorprendió en lo más mínimo que Anette pudiera ser así de franca y soltar lo que pensaba sin meditación. Aparte de Jimena, era la mejor amiga que tenía por aquí, era una mujer con sabiduría, lo podía advertir, me agradaba porque creo que podía confiar en que me diría la verdad de lo que fuera. Lo atribuí a su larga amistad con la abuela, pero parecía tener una sensación de responsabilidad hacia mí y eso también me agradaba, aunque aun me costara acostumbrarme, y ya había rechazado muchas preguntas de ella sobre mi vida personal que era casi inexistente, podía sentir que sus ojos y oídos estaban en todos los lugares, era como una gran matriarca.

—¿Siempre escuchas a escondidas? —preguntó Vania. Sus mejillas eran de color rosa brillante mientras miraba a Anette.

Anette asintió. —Claro que sí. Puedo escuchar casi todo de cualquiera

que esté en la fila. Paul te ha perseguido durante meses, y no sé por qué lo estás posponiendo. Es obvio que te gusta.

Vania agitó la cabeza. —Las relaciones no son lo mío, Anette. ¿Cuántas veces tengo que decírtelo? —Anette simplemente se encogió de hombros. — Como quieras. Pero creo que te equivocas.

Su mirada perceptiva rebotó entre Vania y yo. —Ustedes dos son guisantes en una vaina. Se creen muy independientes por no tener a alguien, pero las relaciones no se tratan de eso, se tratan de complementarse no de quitarse libertad

Afortunadamente, alguien llamó el nombre de Anette desde el área del mostrador. —Volveré con sus comidas en un momento —dijo mientras se giraba.

Vania me miró a los ojos y agitó la cabeza. —Oh, Dios mío. Amo a Anette, pero es la persona más entrometida que conozco.

—No hay discusión de mi parte —dije riendo.

Tomé un trago de mi café, saboreando su rico y amargo sabor. —Bueno, no soy un experta, pero si no significa algo más, no veo nada malo con la cena —Tan pronto como dije eso, me pregunté qué demonios estaba haciendo. ¿Quién era yo para dar consejos sobre las citas?

Vania me miró fijamente, sus mejillas todavía estaban un poco rosadas. Después de un rato, suspiró y ociosamente trazó el borde de su taza de café. —Mira, no importa lo que pase, las relaciones no son lo mío. Paul es bueno y todo eso, pero cualquier cosa cercana a salir con alguien me hace volver un desastre. Me imagino que eventualmente dejará de verme como un reto que tiene que ganar y seguirá adelante.

Sus palabras hicieron que mi corazón se retorciera un poco. No conocía su pasado y no sabía quién puso el dolor y la oscuridad que vi en sus ojos, pero me entristeció. Tenía mis propias buenas razones para creer que la vida de soltera tenía más sentido para mí, pero aquí estaba dispuesta a decirle a Vania, una mujer que apenas era una amiga, que tal vez debería ampliar sus horizontes.

Era triste pensar que ella estaba cortando esa posibilidad para sí misma.

—Tal vez. O tal vez no. Conozco un poco a Paul solo que lo veo en la estación todo el tiempo. Él es un tipo muy paciente. No es que me lo estés preguntando, pero también es amable. Como otros chicos, sé que muchas chicas piensan que es sexy, pero él no es arrogante.

No podía creer lo que acababa de decir. En primer lugar, no eran tan

cercana de Vania. Por lo que sabía, se enfadaría si tuviera algo que decir al respecto. Eso demostraba lo poco desarrollada que estaban mis habilidades de amistad, para que yo me metiera en esta dualidad. Aquí estaba yo defendiendo a Paul, que en muchos aspectos era tan parecido a Liam. Sin embargo, era uno de los buenos. Puede que sea sexy y esté acostumbrado a que las mujeres se le caigan encima, pero no era un imbécil. Algo me dijo que le gustaba Vania por algo más que por su aspecto.

Ese tren de pensamiento tomó una esquina que condujo directamente a Liam. No pude evitar preguntarme si realmente le gustaba, o si yo era simplemente un reto que necesitaba desbloquear. Me sacudí la idea. No es algo en lo que quisiera pensar ahora mismo. O nunca, para el caso.

Las mejillas de Vania se volvieron aún más rosadas, y su boca se retorció. —Oh Dios. Esperaba haber encontrado un alma gemela.

—Oh, lo siento, yo...

Me hizo señas con la mano para que me olvidara de mis disculpas. —No lo sientas. Amelia es como el niño del cartel d. —felices para siempre —en estos días. Solía estar muy amargada, pero ahora ella y Santiago arreglaron las cosas tan bien, que superan las expectativas. Es casi nauseabundo estar cerca de ellos. De todos modos, tienes razón. No debería dejar que nada de esto me afecte”. Anette giró junto a nuestra mesa, entregando rápidamente nuestros platos. —¿Más café?

Terminé el mío y asentí con la cabeza. —Por favor, doble. Esta increíble. —Me robó la taza y siguió moviéndose.

Vania y yo nos instalamos para comer. La conversación se movió hacia un territorio mucho más fácil. Me fui un poco más tarde después de que Vania me prometiera que me uniría a ella y a Amelia en el juego de cartas semanal de chicas que organizaban.

Mi mente seguía girando hacia Liam. Mis pensamientos eran un bumerán cuando se trataba de

él. Unas pocas cosas podrían distraer mi atención, pero siempre volvía a él. Aunque la conversación con Vania había sido por ella, mi corazón se sintió un poco raro al respecto. La tristeza que sentí me sorprendió. No debería. ¿Por qué debería importarme que haya decidido apartarse de cualquier oportunidad de tener una relación? Supongo que lo hice porque me afectó demasiado cerca.

# Capítulo Dieciséis

## LIAM

El sonido de las aspas del helicóptero retumbando por el aire era extrañamente reconfortante. Al fin venían por nosotros y volvíamos a casa.

Recosté la cabeza contra el asiento con un suspiro. Estaba cansado hasta los huesos y también lo estaba toda nuestra tripulación. Habíamos sido llamados a un incendio que no se extinguía en el centro de Alaska. Nuestra tripulación había estado por dos semanas trabajando sin descanso antes de ser relevados por uno de los grupos de bomberos de Fairbanks. Estábamos en medio de un verano seco, que mantenía ocupados a los mejores equipos de todo el estado.

El escarabajo de la corteza del pino había devastado las enormes extensiones de bosque siempre verdes de Alaska. El escarabajo había encontrado su camino aquí a través de los envíos de madera de Asia. Desde su llegada, se había mantenido ocupado sobreviviendo de los abundantes árboles de la zona y dejando nada más que acres y acres de árboles muertos a su paso, en definitiva, pasto seco.

Los veranos calurosos y secos y la gran cantidad de combustible para los incendios significaban que se quemaban rápidamente, se esparcían con facilidad y era todo un reto apagarlos.

Giré la cabeza hacia un lado y observé el paisaje que había debajo de nosotros. Cuando estaba en las profundidades del área apagando incendios, era fácil olvidar que estábamos en tierra sagrada. La belleza de Alaska era impresionante. Observé cómo las ennegrecidas secciones del bosque se alejaban detrás de nosotros. A medida que volábamos hacia el sur, los árboles se volvieron más gruesos y verdes y la cordillera de Alaska se desplegó hacia adelante. Denali se elevó en lo alto del cielo, el pináculo de la cordillera de Alaska. Nubes blancas y esponjosas fueron dispuestas alrededor de su pico.

Me quedé sin aliento durante un rato. No importaba que yo hubiera nacido y crecido en Alaska y que su belleza natural fuera parte de mi existencia diaria, a veces me dejaba impresionado. Mi abuelo, que murió hace mucho tiempo, solía referirse al desierto como la catedral de Dios. No había sido un hombre particularmente religioso, sin embargo, había hecho caso a la

creencia de que debemos respetar el terreno sobre el que caminamos. Respiré despacio y observé las montañas mientras volábamos sobre ellas. La fina cinta de un río brillaba bajo los rayos del sol. Exploré el horizonte mientras seguía el camino del río.

Willow Brook apareció a la vista, y Abigail, que había estado aparcada permanentemente en mi cerebro durante semanas, le dio un pequeño empujón a mi corazón. Cuando estaba fuera trabajando en un incendio, no había mucho tiempo para reflexionar.

La metáfora de que los días eran largos no era una metáfora para los bomberos que trabajaban fuera de sus casas en las condiciones que nosotros lo hacíamos. El sol salió alrededor de las cuatro de la mañana en la parte más septentrional del estado donde habíamos estado y no se puso completamente hasta después de la medianoche. Apenas cuatro horas en el mejor de los casos era lo que constituía l. —noche —aquí durante el verano. Habíamos trabajado desde el amanecer hasta el anochecer y nos derrumbábamos cada noche. Sólo entonces, en esos momentos de agotamiento antes de caer en un sueño sin real descanso, tuve tiempo suficiente para pensar. Lo primero que llegaba a mi mente era Abigail. La he echado de menos. Nunca había echado de menos a alguien cuando estaba fuera.

La experiencia de la sensación en sí misma era bastante extraña, me hizo mover los hombros y girar el cuello ahora mismo. Me preguntaba si estaría de servicio cuando aterrizáramos. Debería estarlo. El hecho de que supiera su horario lo decía todo. Lo curioso es que yo conocía su horario desde que empezó a trabajar en el Cuerpo de Bomberos y Rescate de Willow Brook. Desde el principio, me entusiasmaba la idea de entrar y verla. Me encantaba que fuera tan esquiva con todos nosotros al principio. Hacía mucho tiempo que había superado eso, pero para ser honesto, me esforcé por provocarla porque era muy divertido irritarla y tenía una mezcla perfecta entre provocación y sensualidad, algo que me hacía sentir atraído por ella, continuar el juego, ver sus límites y descubrir los míos.

Mi equipo había recibido la llamada al día siguiente, después de nuestro último interludio alucinante en el garaje. Era mi trabajo, y estaba totalmente acostumbrado a tomarme unas semanas libres. Sin embargo, no podía evitar querer pasar por su escritorio. No sé realmente que era lo que estaba esperando que pasara, pero yo esperaba averiguarlo viéndola. Quería más de lo que tenía. La quería a ella completamente.

Ella había vuelto a estar bien conmigo. Eso en sí mismo era otra capa.

La forma en que me estaba afectando era su propio acertijo. Yo era un tipo de personalidad fácil de llevar. Me metí en esto pensando que podría tener a Abigail bajo mi control. En cambio, todo tipo de efectos secundarios inesperados estaban sucediendo y creo que mas bien yo estaba bajo su dominio. Para empezar, estar con ella sólo había generado que la deseara aun mas y sin freno. Siempre había pensado que sería audaz y apasionada porque se adaptaba a su temperamento. Así era ella, sin importar la emoción particular, pero ella me mostró mucho mas, ella tenia carácter, decisión, entrega y pasión. Mas mucho mas de lo que pude esperar de todo esto.

Me moví en mi asiento cuando el recuerdo de ella gritando y apretando a mi alrededor se filtró a través de mis pensamientos. Mierda. Estaba tan jodido. Debería haberme asustado por esto. Sin embargo, no lo estaba. De hecho, me había convencido de que era hora de hacer una jugada importante con ella. Este mismo pensamiento debería haberme dado una pausa. ¿En qué demonios estaba pensando? Pensaba que Abigail era una especie de mujer perfecta que puntuaba diez en cada cosa en la que la pensaba, incluso en como se había colado en mi corazón y pensamientos. No tenía ni idea de qué decidir sobre eso porque era algo que nunca había experimentado. Todo lo que sabía era que este sentimiento de cariño que tenia por ella se alimentaba directamente de mi deseo y viceversa, ambos efectos se alimentaban el uno al otro.

El piloto del helicóptero dijo algo en sus auriculares y luego dirigió nuestro camino hacia la plataforma de aterrizaje detrás de la estación de bomberos. Willow Brook tenía un pequeño aeropuerto, como casi todos los pueblos de Alaska. Miles de aviones pequeños volaban a través del enorme estado, ya que gran parte de ellos no estaban conectados a la red de carreteras. El pequeño aeropuerto de Willow Brook tenía algunos hangares para aviones y no mucho más. Su pequeña pista de aterrizaje daba marcha atrás a la estación de bomberos, que ofrecía una ubicación conveniente para nuestro helipuerto.

Una vez que aterrizamos, salí junto con el resto de la tripulación. Frank Palmer, el piloto, me dio una palmada en el hombro cuando me entregó mi equipo. —Supongo que te veré en unas semanas, ¿eh?

Sus ojos azules se arrugaron en las esquinas de su curtida cara cuando me miré. Frank era muy duro y lo parecía. Con su pelo gris acerado, su constitución flexible y su sonrisa lista, siempre fue un agrado al final de una carrera luchando contra un incendio.

—Normalmente así sería, Frank. ¿Adónde te diriges ahora? —pregunté a cambio.

—Me quedaré aquí toda la noche, pero mañana me voy a Fairbanks. Tengo algunos vuelos reservados.

—Ah, asegúrate de tomar un buen café en el Firehouse antes de volar mañana —Frank guiñó el ojo. —No me lo perdería. Anette me prepara un almuerzo para llevar que no pretendo dejar.

Me reí y saludé con la mano mientras me dirigía hacia la estación. —Por supuesto que sí. Hasta la próxima vez

Mi zancada se aceleró cuando me acerqué a la estación. Normalmente, me iba directo a las duchas, sin pausa en el camino. Hoy, necesitaba ver a Abigail primero. Abrí la puerta de una patada con mi bota y me giré hacia el pasillo que llevaba al frente. Otra patada a otra puerta, y ahí estaba ella.

Se sentó detrás del mostrador en su escritorio. Sus rizos salvajes que tanto desee volver a ver. Los ojos se le salieron de la pantalla de su computadora. En el momento en que me vio, sus mejillas se sonrojaron. Puede que quiera jugar con calma, pero me importaba un bledo, esta era mi chica.

# Capítulo Diecisiete

## ABIGAIL

Miré a Liam y sentí que mis mejillas se calentaban. Llevaba unos vaqueros maltratados, manchados de suciedad, y una camiseta gris que no hacía nada para ocultar su marcado torso. Su pesada bolsa de equipo cayó al suelo con un golpe. Me llevó un segundo darme cuenta de que estaba rodeando el escritorio y viniendo directo hacia mí. En un instante, él estaba a mi lado, su mirada verde oscura estaba clavada en mí.

Mi pulso se aceleró, mi aliento se aceleró y el calor me inundó. Todo lo que tuvo que hacer era mirarme y mi sexo se apretó. Se había ido dos semanas enteras, y yo lo extrañaba. Terriblemente. Mi corazón dio una pequeña patada mientras lo miraba fijamente. Sus rizos negros eran desordenados y soplados por el viento. Probablemente no se había duchado en días. Estaba usando el término ducha de forma bastante flexible. Sabía perfectamente que cuando los chicos estaban en el campo, una ducha significaba tal vez un chapuzón en un arroyo, o un baño con algo de agua fresca de algún tambor si tenían tiempo para descansar. De todos modos, estaba hecho un desastre, y yo estaba tan feliz de verlo que la emoción me obstruyó la garganta.

Podría haber fantaseado aquí y allá con él cuando mis defensas estaban bajas desde que lo conocí. Sin embargo, yo estaba acostumbrada a que se fuera por períodos prolongados. Esa era la vida de un bombero de primera. Todos ellos rotaron dentro y fuera de la ciudad durante semanas. No esperaba extrañarlo. En un principio, cuando Liam se fue, sentí un poco de alivio. Me mantuvo al borde con su insistencia constante y apariciones que me desconcentraban y yo estaba tan decidida a mantener la distancia que vivía evitándolo. Cuando se fue, pude relajarme y no preocuparme por la desobediencia de mi cuerpo.

Mientras no pensara en nada de lo que había ocurrido entre nosotros, estaba bien. El problema era que no podía dejar de pensar en ello ahora. Y eso hizo que los días fueran un infierno, con la esperanza de que el tiempo se acortara y me lo regresara.

Mis ojos se empaparon codiciosamente al verlo. Tomó el respaldo de mi

silla y me giró hacia él. Fue un acto de voluntad evitar saltar y abrazarlo.

*Wow. ¿Así de ridícula eres con él? Contrólate un poco.*

Mi pequeño sermón no hizo nada para contener el deseo que me asediaba y la forma en que mi corazón comenzó a saltar de alegría al verlo. Yo no diría que no me preocupé por los chicos cuando estaban en el campo. Sabía que tenían un trabajo peligroso, pero todos eran tan autoritariamente capaces que rara vez consideraba las verdaderas posibilidades de que algo les pasara, pero estas dos últimas semanas mientras Liam no estaba más de una vez se me había pasado por la cabeza que podía resultar herido o morir. El año pasado, una de las tripulaciones tuvo un accidente de avión, todos salieron con nada más que heridas menores, pero podría haber sido mucho peor.

Liam me sorprendió cuando apoyó sus caderas contra la pared al lado de mi escritorio y deslizó su espalda por ella hasta que se balanceó sobre sus talones entre mis rodillas. Me cogió las manos justo cuando la línea de emergencia sonó en mi oído.

Con su mirada fija en mí, tuve que mirar hacia otro lado. Él liberó fácilmente una de mis manos, pero sostuvo la otra entre las suyas. Le quité la atención y toqué el botón de mi auricular para contestar la llamada.

—911, ¿cuál es su emergencia?

—Hola Abigail, soy Lili Hall.

Casi me río. Me había dado cuenta de que una vez que la gente sabía quién era yo, tendían a saludarme de una manera mucho más familiar cuando llamaban al 911. Yo era la única despachadora de Willow Brook con Anchorage como respaldo en horas no laborables, así que era lógico que se sintieran más cómodos. También me dio un sentido de pertenencia que me pareció extraño.

—Hola Lili, ¿puedes decirme la naturaleza de tu emergencia? — pregunté, apegándome al guion para contestar las llamadas.

Recordé mi última llamada con Lili cuando le había llevado cerca de diez minutos decirme que estaba atrapada dentro de una excavadora en una zanja. Liam arrastró ociosamente su pulgar a través de la palma de mi mano. La sensación de la almohadilla áspera de su pulgar me recordó cómo se sentían sus manos en todo tipo de lugares. Mi canal se apretó, y yo más o menosforcé mi atención para que no se fijara en él, echándole una mirada.

—Oh, Tom está atrapado en el mismo árbol otra vez. Normalmente, usaría la excavadora y lo sacaría con el cubo. Ha sido una especie de juego

para nosotros. Pero si recuerdas, la última vez que lo hice, no salió muy bien.

—Me acuerdo de eso. ¿Te importa si te pregunto si estás bien? —Podía oírla resoplar a través de la línea y reírse a carcajadas.

—Estoy bien. Sólo necesito que alguien venga a sacar a Tom del árbol —contestó ella.

—Por supuesto. Enviaré a uno de los equipos para que se acerque lo antes posible —le respondí.

—No vas a hacer que me quede en la línea y charle esta vez, ¿verdad?

—Esta vez no es necesario. Estás sana y salva. Si uno de los camiones no está allí en quince minutos, puedes llamarme, ¿de acuerdo?

La línea se cortó sin respuesta. Agité la cabeza y miré a Liam. Mi pulso se aceleró de nuevo y mi corazón se sintió raro. Se sentó apoyado contra la pared, sus ojos fijos en mí. El momento se sentía demasiado íntimo, demasiado, y no sabía qué hacer con nada de eso. Así que me concentré en lo práctico.

—Odio decirte esto, pero tal vez necesites reunir a algunos hombres para ayudar a Lili Hall a sacar a Tom del árbol

Su expresión cambió y su frente se arrugó. —¿Tom?

—Su gato —dije con los ojos en blanco.

Una risa baja salió de él, y mi vientre giró, pequeñas chispas de calor se esparcieron a través de mí. —¿Dónde están las otras tripulaciones?

—El equipo de Santiago está fuera tratando con un incendio en ese sitio de construcción en las afueras de la ciudad, y el otro equipo fue a Anchorage para una rotación. Los hombres de Santiago no se fueron hasta que Frank llamó para avisar de tu hora de aterrizaje. Supongo que adivinaron que ustedes podían lidiar con cualquier llamada que llegara.

Liam inclinó la cabeza hacia atrás con un suspiro. Había estado tan concentrada en verlo finalmente después de haberlo extrañado tanto durante dos semanas, que no me había dado cuenta de lo cansado que se veía. El cansancio estaba grabado en sus rasgos. Levantó la cabeza y asintió antes de apretar ligeramente mi mano y empujarse a sí mismo para ponerse de pie. Estuvo callado durante un rato hasta que sus ojos se volvieron a posar en los míos.

—¿Puedo verte esta noche? —preguntó, con voz ronca.

Su pregunta me asustó, lo suficiente como para que asintiera con la cabeza antes de pensarlo.

La mirada caliente en sus ojos envió una sacudida de calor a través de

mí. Dios mío. La forma en que me miraba me volvía loca por dentro.

—Probablemente no tengas que ir a casa de Lili. Suena como si los tipos que tienen la pinza de cereza pudieran manejarlo —dije, refiriéndome a los cubos en los que los bomberos solían ser levantados a lugares altos.

Liam se encogió de hombros. —Sé que podría hacer que alguien más vaya, pero eso es una mierda. Estamos todos agotados. Lo menos que puedo hacer es ayudar.

Mi corazón se apretó mientras lo miraba fijamente. Sólo tenía que ir y ser el chico bueno. Él era el

superintendente de una tripulación de veinte personas. No había duda de que sólo se necesitarían unos pocos para ayudar a rescatar al querido Tom de Lili. Pero Liam no era el tipo de líder que eludía el deber y lo depositaba en su tripulación cuando podía manejarlo por él y evitarle eso a sus compañeros. Quizás otro día, no cuando todos estaban en las duchas desgastados después de luchar con un incendio forestal por dos semanas, quizás ahí sería fácil enviar a un par de chicos y él quedarse, pero hoy no.

Tragué contra la repentina emoción que me obstruía la garganta y asentí con la cabeza. —Correcto. Esta bien, bueno... —Mis palabras se cayeron porque no tenía ni idea de qué más decir.

Miró el reloj que estaba sobre la puerta del pasillo junto a mi escritorio. —¿Te vas a las seis? —preguntó.

Mi horario era el mismo cada vez que estaba aquí, así que no debería sorprenderme que él lo supiera. Pero aún así un pequeño rizo de calor se envolvió alrededor de mi corazón por pensar que él prestaba atención a cualquier cosa que tuviera que ver conmigo. —Uh huh, —contesté, mirando el reloj en la pantalla de mi computadora. Estaría terminando mi turno dentro de media hora.

—Iré a asegurarme de que Tom esté bien —dijo con una sonrisa antes de hacer una pausa. —Entonces, iré a tu casa. ¿Te parece bien eso?

De nuevo, mi cabeza estaba asintiendo.

Se quedó allí un rato, con los ojos en mí. El aire se sentía eléctrico. Quería todo tipo de cosas: tocarlo, rebuscar en sus fuerzas, besarlo. Sin embargo, no hice nada porque ciertamente no estábamos en un lugar privado. Toda una tripulación estaba en la estación ahora, sin mencionar que el jefe Morris aún estaba en alguna parte. Así que mantuve mis sentimientos a raya y observé cómo guiñaba el ojo y se alejaba.

# Capítulo Dieciocho

## LIAM

Jesse Franklin me dio una sonrisa cuando me entregó el gato de Lili Hall. Tom me miró como si estuviera molesto con todo el asunto. Acabábamos de pasar una buena hora maniobrando el recogedor de cerezas mientras saltaba de rama en rama en el alto pino. Convenientemente, Tom era un gato atigrado naranja, su brillante pelaje nos ayudó a encontrarlo mientras corría por las ramas superiores del árbol.

Le froté los nudillos bajo la barbilla y se puso a ronronear. Jesse se rio. —Oh, ahora está contento. Qué bueno que tenía guantes. Estaba rascándose como loco ahí arriba.

Miré a Tom mientras ronroneaba y excavaba en mis brazos. —Déjame dejar a este pequeño, y podemos volver a la estación —le dije, mirando a Jesse.

—Lo tengo.

Caminé por el patio y vi como Lili ya estaba caminando hacia mí. Conocía a Lili desde que era niño. Me pareció que no tenía edad. Tenía el mismo cabello plateado recogido en una larga trenza y los mismos ojos azules afilados que tenía cuando yo era joven. Se movió un poco más despacio, pero eso fue todo. Se quedó a mitad de camino, criticando a Tom en el momento en que se lo entregué.

—Sabes que no debes escalar tan alto, Tom

Su ronroneo retumbó un poco más fuerte cuando ella me miró. —Gracias por bajarlo. Es la tercera vez que lo hace este verano.

Me encogí de hombros. —No hay problema. Por lo general, te daría alguna sugerencia para mantenerlo alejado de ese árbol, pero es un gato.

Lili se rio. —Exactamente. Hasta la última vez, me ocupé de ello yo misma. Sólo necesito mi excavadora...

—No vas a decirme que la estás arreglando y que serías tan tonta como para tratar de sacarlo de nuevo, ¿verdad? Sabes que no es exactamente para eso, ¿Lo entiendes?

Lili se encogió de hombros. —¿Qué otra cosa voy a hacer con este gato? Sólo lo tengo porque John nunca se deshizo de él antes de que falleciera —

dijo, refiriéndose a su difunto esposo.

—Lili, llámanos. Vendremos a sacar a Tom del maldito árbol cuando lo necesites.

Suspiró y miró a Tom, que no se había arrepentido por completo y ronroneaba en sus brazos. —Bueno, gracias. ¿Necesitan algo de comer?

Mi mente se dirigió hacia Abigail, y miré mi reloj. Habíamos estado aquí más tiempo del que había planeado, y eran más de las seis. —No, pero gracias por la oferta.

Ella saludó desde su porche mientras Jesse y yo nos alejábamos. Consideré pedirle a Jesse que me dejara en casa de Abigail, ya que su casa estaba de camino a la estación, pero eso abriría una línea de preguntas para las que no estaba preparado. Estaba inquieto e impaciente por llegar a ella.

Después de la ducha más rápida que pude hacer, me subí a mi camioneta y me dirigí a su casa. Cuando no hubo respuesta a mi llamada a la puerta de la cocina, la abrí con cuidado, sin la paciencia suficiente para esperarla.

—¿Abigail?

Escuché una voz apagada y abrí la puerta de par en par. Me saludó al verla agachada mientras miraba dentro del horno. Maldita sea. Su trasero se me mostró perfectamente. La única desventaja es que aún no estaba desnuda. En ese momento, llevaba unos leggings elásticos que estaban apretados sobre su exuberante trasero. Quería responder a mis impulsos y caminar detrás de ella para poder pasar las manos por encima de sus caderas. Aparte de esos pocos momentos en la estación, habían pasado dos semanas desde que la había visto. Estaba seguro de que no sabía que era con certeza lo que teníamos, pero yo sabía lo que quería... a ella. Como un loco.

Se enderezó y se volvió hacia mí. Su rostro estaba sereno haciéndola lucir dulce y su cabello estaba suelto, con esos rizos salvajes y oscuros que caían rosando sus hombros. Quería acercarme a ella, recorrerla con mis manos y verter en sus labios dos semanas de lujuria acumulada.

—Oye, no estaba segura de si ibas a venir porque...

Aparentemente no estaba pensando. Para nada. Porque hice exactamente lo que imaginé. Cerré la puerta de una patada detrás de mí y no me demoré ni medio segundo y ya estaba delante de ella en dos largos pasos. Le metí una mano en el pelo, en sus rizos sedosos y suaves.

La puse contra mí. Mi pene se había endurecido en el momento en que la vi. Mi dulce infierno. Cerré los ojos y respiré su aroma. Cuando los abrí, encontré su mirada marrón chocolate esperándome. Prácticamente podía ver

preguntas girando en su mente. Sabía por el rápido pulso de su corazón y el rubor en sus mejillas que ella también me quería. Sentí que, si hablábamos, ella empezaría a hacer preguntas y yo no podía responder nada en este momento. Sólo deseaba estar aquí con ella, de todos los modos posibles, dos semanas habían sido el tiempo suficiente para saber que ella no era una aventura, que la quería, quería conocer cada parte de su historia, quería enredarme en las fibras de su corazón, quería cuidarla y hacerla feliz, no tengo idea si ella siente lo mismo y quizás todo eso demore tiempo, pero yo la quería de tantas maneras, eróticamente era solo una mas.

Sumergí mi cabeza y dejé caer besos a lo largo de su cuello. Sentí que se le ponía la piel de gallina y eso me dio una sensación de satisfacción. No quería estar solo en mi salvaje y agitada necesidad. Una lejana campana de advertencia resonó en mi mente, pero la ignoré. Yo podía cometer muchos errores, pero tenerla a ella en frente y distraerme con algo que no fuera su aroma. Nunca. No sería capaz de perderme la posibilidad de disfrutarla como quería. Sólo quería fundirme en Abigail y gozar cada sensación que ella me podría ofrecer, quería anestesiarme con el calor que emanaba de nosotros.

Un sonido de pitido se inmiscuyó. Levanté la cabeza para sentir a Abigail retrocediendo. Como un acto reflejo, la seguí. No podía dejar de tocarla. Ahora no.

Se dio la vuelta y apagó el temporizador del horno. Convenientemente, se agachó y abrió el horno para comprobar lo que tenía ahí dentro. Corrí mis manos a lo largo de las curvas de sus caderas y no pude resistirme a acariciar su trasero y deslizar una mano entre sus muslos. Sonreí cuando oí un pequeño gemido escapar de ella. Pasé mis dedos por encima del algodón, estaba húmedo. El solo hecho de saber que estaba mojada me hizo alucinar, era mi chica, quizás mentalmente podía pensar de ella y decir mas cosa que las que podía expresar en realidad, aun me costaba poder entender esto de enamorarse de alguien, era inevitable ser prudente.

—Apaga el horno —dije, con mi voz baja y áspera.

Dibujé mis dedos en otra pasada sobre su humedad. Se arqueó reflexivamente hacia mi tacto y miró por encima de su hombro.

Maldita sea. No tenía ningún artificio en absoluto, y era la mujer más sexy que había conocido. Sin duda alguna.

—¿Cuándo te volviste tan mandón?

—Es solo por que no te he visto en dos semanas. Los cinco minutos en la estación no cuentan. Apaga el horno... por favor —repetí.

Una sonrisa rizó la comisura de su boca antes de que ella se diera la vuelta y se acercara después de apagar el horno. Todo el tiempo, me mantuve a su lado, mi pene palpitaba de necesidad. Una vez que se giró en mis brazos, volví a meterle una mano en el pelo y puse mi boca sobre la suya. Derramé dos semanas de lujuria y anhelo en su boca. No me contuve, ni un poco. Nuestro beso se volvió salvaje en un segundo con nuestras lenguas enredadas, nuestro aliento mezclándose y la locura construyéndose dentro de mí.

Necesitaba más. Ahora. Me liberé y la miré fijamente. —Al dormitorio —me asfixié. Empezó a retroceder y a girar.

—No. No es lo suficientemente cerca —me dijo, mientras tomaba su mano y la tiraba hacia mí. Miró por encima de su hombro, sus ojos estaban incrédulos.

—No puedo llegar al dormitorio sin, bueno, caminar hasta allí —explicó.

—Claro que puedes —La levanté contra mí, sonriendo cuando sus piernas se enroscaron reflexivamente alrededor de mis caderas. —¿Me estás cargando? ¿No sería mas fácil que yo caminara? Me encogí de hombros. —Tal vez, pero así es como estamos haciendo esto. Dime adónde ir.

Ella se rio, y mi corazón se apretó.

Abigail no se reía mucho. Ella estaba demasiado tensa la mayor parte del tiempo, y pensar en eso hizo que me doliera un poco el corazón. No estaba acostumbrado a preocuparme tanto por Abigail. De repente quise saber por qué era tan irritable y reservada y decirle que no tenía que ser así. Quería cuidar de ella y nunca ver esa mirada de preocupación que tan a menudo estaba presente en sus ojos.

Miró por encima de su hombro y señaló las escaleras que conducían a la planta superior. Con ella en mi contra, me las arreglé para subir las escaleras. Fue un maldito milagro que no me tropezara en el camino, una vez que sus labios se volvieron traviesos con mi cuello fue aun mas difícil. No estaba acostumbrado a recibir este tipo de atención. Oh, no me malinterpretes. Estaba muy acostumbrado a coquetear y seducir, pero ahora que había probado a Abigail, había descubierto algo nuevo. No había nada practicado o medido en ella. Nunca se sintió como si se calculara algo para fabricar una respuesta. Todo era tan real y crudo, que me atrapó el corazón y se alimentó de mis propias necesidades como nadie antes.

—El dormitorio —murmuré.

Levantó la cabeza. Miré a mi alrededor, viendo dónde estábamos. El balcón se extendía a lo largo de la pared de arriba con una barandilla hacia el otro lado, con vistas a los dos pisos de ventanas de la sala de estar. El sol estaba al final de su lento deslizamiento por el horizonte, dejando un cielo de acuarelas a su paso. Me dio un codazo

—Aquí —dijo en voz baja.

Miré a mi otro lado para ver la puerta a la que estaba apuntando. Me di la vuelta, ajustándola en mis brazos. Llevarla en brazos era una especie de paraíso que no me había imaginado. Ella era un manojo de curvas, y me encantaba tenerla apretada contra mí, el calor de su sexo rozando contra mi pene. No pensé mucho en todo eso de ser un tipo fuerte y duro, pero me sentí bien al tenerla cerca de mí, como si pudiera protegerla de alguna manera de cualquier cosa.

Estábamos en ese tiempo entre el atardecer y la noche, donde la luz era tenue. Los últimos rayos del sol cayeron a través de una ventana a un lado de su dormitorio, arrojando un suave resplandor en la luz plateada. Miré a mi alrededor, mirando el espacio. Tenía una cama baja construida en la pared con estantes a cada lado y almohadas en alto. Me enfrenté a un acertijo. No quería dejarla ir. Para nada. Pero quería que estuviera desnuda y enterrarme dentro de ella. Para llegar a ese punto, no tendría más remedio que bajarla.

La dejé, reticente a dar un paso atrás. Ella me distrajo instantáneamente al alcanzar mi cinturón. Antes de que me diera cuenta, ella estaba empujando mis jeans alrededor de mis caderas y rizando su palma alrededor de mi miembro. Estábamos parados a los pies de su cama, y ella colocó sus caderas en el borde y levantó la vista.

Quería decir algo. Demonios, si supiera qué. Ella rápidamente me robó la habilidad de hablar cuando su lengua salió corriendo y lamió la gota de pre- semen de la cabeza de mi pene.

Solo gemí. Que Dios me ayude. No estaba acostumbrado a estar a merced de nadie, pero con sus amplios ojos marrones que me miraban a través de sus pestañas y su lengua explorando cada centímetro de mi pene, mis rodillas temblaban. Enhebré mis manos en su pelo mientras me volvía loco. Su lengua era mucho más traviesa de lo que jamás podría haber imaginado. Ella la arrastró en movimientos lentos arriba y abajo de mi eje, jugó con la cabeza de mi pene con remolinos y besos, y finalmente, finalmente, cerró sus labios alrededor de mi eje.

Oh, Dios mío. Estaba casi fuera de mi mente una vez que la cálida

succión de su boca comenzó a trabajar en mí. Estaba tan cerca de salir. Demonios, habían pasado dos semanas desde que tuve un orgasmo. Era justo decir que cuando eras un bombero que pasaba largos días combatiendo incendios, el sexo estaba muy lejos de tu mente. Tampoco había ninguna oportunidad. Ni siquiera me había masturbado en dos semanas. Así que con su boca conduciéndome al borde y la excitación tan fuerte dentro de mí, casi me suelto.

Cuando ella se echó hacia atrás y me miró, retrocedí. Fue un maldito milagro verla con sus labios hinchados y húmedos por sus atenciones a mi pene. Ella empezó a alcanzarme de nuevo, pero yo di otro paso atrás, enganchando mi camisa detrás de mi cabeza y tirándola al suelo. Necesitaba sentir cada centímetro de ella contra mí.

La levanté, tirando de su camiseta sobre su cabeza y gimiendo al ver sus pechos. Se quitó los calcetines mientras yo me quitaba las botas y los vaqueros. Estaba más allá de lo frenético y sólo necesitaba acercarme a ella lo más rápido físicamente posible.

En segundos, nos enredamos en su cama, su piel suave contra mí. Ni siquiera podía recordar si se había quitado el sostén y las bragas, o yo lo había hecho. Todo lo que sabía era la sensación de alivio que sentí cuando la acaricié entre sus muslos y la encontré caliente y resbaladiza.

Mapeé su cuerpo con mis labios y manos. Siguiendo besos por el cuello, saboreando el dulzor de su piel, y murmur. —Te extraño...

Mis palabras se me escaparon. Las sentí resonar en algún lugar de mi corazón. Abigail se quedó quieta, y pude sentir el latido rápido de su pulso bajo mis labios. Levanté mi cabeza para encontrar sus ojos bien abiertos.

Puede que no haya estado pensando cuando hablé, pero lo dije en serio, no tenía la intención de retroceder. Admito que me hizo sentir un poco incómodo. No estaba acostumbrado a ninguno de los sentimientos que Abigail me generaba, pero ellos estaban allí, y yo no sería un cobarde, en algún punto debía admitir esto en voz alta.

Mi corazón palpitaba, rápido y fuerte, contra mis costillas. Me miró fijamente en el silencio ponderado. —¿Me extraño? —preguntó en un susurro.

Por un momento, dudé y quise alejarme. Sin embargo, no lo hice. —Sí. Lo hice. Fueron dos largas semanas en las que pensé en ti siempre”. Esperé, preguntándome si había hablado demasiado pronto. Abigail era asustadiza y difícil, un poco como un puerco espín.

Observé el rico color marrón chocolate de sus ojos parpadear, el color cambiando sutilmente como nubes a la deriva a través del cielo.

Podía sentir cómo se estrechaba por dentro. Aspiró una bocanada de aire, dejándola salir con un suspiro áspero. —Yo también te extrañé —dijo ella con sus palabras teñidas de resignación.

Lo tomé como una victoria y le quité sus enredados rizos de la cara. Me puse encima de ella. Sus rodillas se abrieron y su palma se deslizó por mi columna vertebral. Mi pene estaba anidado en sus pliegues, tan resbaladizos y húmedos que casi me hundo dentro de ella en ese momento. La realidad me empujó en el momento justo. No tenía un condón.

Comencé a retroceder, pero ella enrolló sus piernas alrededor de mis caderas y me mantuvo en su lugar.

—Odio decirte esto, pero no tengo un condón. Normalmente ando trayendo, pero he estado fuera dos semanas y....

—Olvidalo. Estoy tomando la píldora

Me deslicé sobre un codo y la miré. Los pensamientos giraban a través de mi mente. Ni siquiera podía recordar la última vez que tuve relaciones sexuales sin condón. No llegas a ser un bombero sin una mentalidad de preparación. El embarazo inesperado no se encontraba en ese nivel.

Puede que ella haya visto un atisbo de duda, porque su mirada de apasionada, cambió a confusa en un segundo.

—Probablemente no debería haber asumido... Yo sólo...

Agité la cabeza. —Para. Me has sorprendido. Eso es todo. —Sabía lo que quería, desesperadamente. Pero tenía que saber que ella también lo quería. —¿Estás segura?

Ella asintió rápidamente. —Claro. No tienes idea como te extrañe en estas semanas

No dudé y moví mis caderas hacia atrás, hundiéndome dentro de ella de una sola vez.

Su canal era apretado y resbaladizo a mi alrededor. Me sentí tan bien que casi llego en ese momento. Até mis dedos a los suyos y estiré sus brazos hacia arriba, dándole besos en la cara y hacia abajo a lo largo de su cuello mientras luchaba por aferrarme a mi control.

Ella no estaba controlándose y comenzaba a balancear sus caderas contra mí, pequeños gemidos que salían de su boca y hacían de este momento algo de otro mundo. Disfruté cada investida, cada empujón en su interior, poder sentirla y saber que mi deseo era por ella, por todo lo que ella

significaba era algo que no había experimentado antes, luego de alzar su piernas en mis hombros y hundirme en ella con todo lo que podía, ya había perdido el control. Sabía que ya no podría soportarlo por mucho tiempo. Y abierta como la tenía y gimiendo como lo hacía, solo me deje llevar, clavándome en ella una y otra vez, sintiendo como ella también aumentaba en gemidos y me suplicaba. Todo se desdibujó en nada más que sensaciones. La textura de sus pechos presionados contra mí, sus pezones apretados, su piel húmeda contra la mía, sus caderas que se elevan a la altura de cada una de mis brazadas, su canal pulsando alrededor de mi pene, tan apretado, caliente y húmedo.

El calor se retorció en mi columna vertebral, la tensión se amontonaba cada vez más fuerte hasta que ella se arqueó en mí, gritando mi nombre. Mi liberación me atravesó con tanta fuerza, que mi cabeza giró mientras me soltaba dentro de ella.

Traté de mover mi peso a su lado, pero ella apretó las piernas a mi alrededor. —No te muevas —murmuró con sus labios contra mi cuello.

—No quiero aplastarte —dije.

Me puse cuidadosamente a su lado, pero permanecí enterrado en lo más profundo de ella. El alivio pasó a través de mí. No era simplemente el alivio de encontrar finalmente una válvula de escape para mi necesidad. Era el alivio de estar finalmente enredado piel a piel con Abigail de nuevo y haberle hecho el amor.

# Capítulo Diecinueve

## ABIGAIL

—911, ¿cuál es su emergencia? —pregunté, escaneando la pantalla de mi ordenador mientras el sistema buscaba la ubicación de la persona que llamaba.

Ya sea que alguien estuviera llamando desde un teléfono celular o fijo, el sistema informático escaneaba instantáneamente para localizar la ubicación. Antes de que la persona respondiera a mi pregunta, el sistema me dijo que estaban llamando desde un teléfono celular y que estaban cerca de la carretera principal que conduce a Willow Brook porque su señal sonaba desde una torre celular al lado de la carretera.

—Tuvimos un accidente automovilístico cuando nos desviamos para evitar golpear a un alce —dijo una mujer con la voz temblorosa.

Toqué el botón que alertaría a la tripulación en servicio, que resultó ser la tripulación de Liam. La única vez que no pensaba en él, más exactamente obsesionada con él, era cuando recibía llamadas. Entonces, mi atención se estrechó como un láser a la persona en la línea.

—Bien, tenemos un equipo en camino. ¿Puede decirme su nombre?

—Lucy, soy Lucy.

—Bueno, Lucy. Soy Abigail. ¿Puede confirmarme tu ubicación?

—Estamos en la autopista a las afueras de Willow Brook.

—¿Hay alguien herido?

—Creo que sí, pero no lo sé. Vamos en una caravana con campistas. Cuando mi esposo se desvió para evitar el alce, colisionamos contra un poste de teléfono y nos estrellamos en una zanja. El auto está destrozado en la esquina del lado del pasajero, y no puedo ver muy bien.

La voz de Lucy era temblorosa, y podía sentir su miedo y preocupación vibrando a través de la línea telefónica.

Escuché la sirena de la ambulancia y dos vehículos de la policía saliendo rápidamente del garaje de la estación y supe que estarían en sólo unos minutos. Mantuve a Lucy al teléfono hasta que confirmé que el equipo de emergencia estaba en la escena. Escuché la voz de Liam llamando a alguien en segundo plano y experimenté una sensación de confianza. Se aseguraba de

que todos estuvieran bien.

Desconecté la llamada y terminé de introducir todo lo necesario en el sistema, pasando la información a un programa de datos que el jefe Morris me había pedido que manejara. Mi mente giró hacia Liam. Estaba totalmente segura de que todos estarían bien sólo porque él estaba allí. Era ridículo cuánta confianza tenía en él. La tripulación completa, desde los bomberos hasta la policía y los paramédicos, serían los responsables de todo. Así que, lo más probable es que el equipo de Liam tuviera menos que hacer en este tipo de emergencia, sin embargo, yo proyectaba esa sensación de seguridad que Liam me entregaba, cuando él estaba a mi alrededor yo sentía que todo estaría bien.

Ayudarían a tratar de sacar a todos de la caravana de manera segura y a manejar lo que fuera necesario para que el vehículo volviera a estar en posición vertical y se pudiera mover de la carretera. Los paramédicos se encargarían de las primeras atenciones, después que los bomberos movieran lo pesado y el traslado de heridos.

Todo lo relacionado con Liam me tenía en un estado difícil de entender para mí, no había estado así por nadie, estaba un poco en las nubes. Había pasado de las fantasías sobre él a una realidad aún más caliente con él. También había pasado a estar cerca de él a diario odiándolo, a estar constantemente pendiente de donde estaba, sonrojándome por sus miradas y por sus bromas puntiagudas me que hacen enfadar, pero con un cosquilleo tonto en el estomago.

Sin embargo, muy propio de mí, había algo en mi interior me repetía constantemente que debía ser precavida, que no debía olvidar que siempre he sabido ser yo conmigo misma. Solo yo.

No era que no hubiera salido con nadie, aunque ni siquiera estaba segura de que eso fuera lo que estábamos haciendo con Liam. Había tenido una especie de novio en el instituto y luego unos cuantos más en la universidad. Nada encajaba realmente, yo siempre estaba temerosa de entregar más por miedo a que un día mi papá me diría que nos cambiamos de ciudad, luego eso ya era un estilo de vida: no tener la capacidad de entregar lo que realmente se siente, mantener la reserva por miedo al dolor. Me convertí en una mujer seria desde muy joven, y creí que era lo más certero, ahora no estoy segura, pero es porque estoy viviendo una vida asentada y con amistades cercanas. De todos modos, mi punto era que me habían gustado los chicos antes, pero nunca, nunca, había empezado a pensar en ellos en términos de lo seguro.

Liam se había transformado en un héroe confuso en mi mente. Podía ocuparse de cualquiera y de todos. Incluyéndome a mí. Era como si de repente él se hubiera decidido por buscarme y lo extraño es que consiguió encontrarme. Algo que no esperaba.

*Pero no necesitaba que nadie cuidara de mí. Yo estaba a cargo de mí y siempre lo estaría. Era arriesgado y tonto contar con alguien más. Sin embargo, aquí estaba yo, de alguna manera pensando que podía relajarme y contar con Liam para que estuviera ahí para mí.*

Estaba en medio de mover la cabeza con firmeza de un lado a otro -en respuesta a mi propio y estúpido diálogo interno- cuando Amelia atravesó la puerta de la estación.

Amelia era preciosa. Era alta, tan alta como una modelo de pasarela. Delgada, pero con curvas generosas y cabello y ojos de color ámbar, no me sorprendió en lo más mínimo que Santiago estuviera tan completamente enamorado de ella. No sabía toda su historia, pero eran una de esas parejas que estaban listas para serlo, o eso había oído, después de que habían estado como pareja en la escuela secundaria y en la universidad, se rumoreaba, que tuvieron una ruptura complicada, fue rotundo y de un día para otro y Santiago se fue de la ciudad. Cuando regresó, a veces me preguntaba si podría arder en llamas cuando ella estaba cerca. Ardiente era apto cuando se trataba de la forma en que la miraba.

Se detuvo e inclinó su cabeza hacia un lado, como cuando te hace un gran pregunta sobre alguien. —¿Tan malo es verme?

—Oh no. No estaba moviendo mi cabeza hacia ti, sólo, uh, algo más, — dije, bastante lamentada.

No iba a compartir que había estado obsesionada con Liam y lo ridícula que me sentía con él.

Amelia sonrió y se acercó a apoyar sus codos en el mostrador que me rodeaba. —Entonces, ¿estarás allí esta noche? —preguntó.

Debe haber captado la confusión en mi cara. —La noche de las chicas —aclaró.

—Oh, claro. Lo olvidé por completo.

No tenía absolutamente ningún plan. Porque rara vez tenía planes. Sin embargo, por un momento, dudé *¿Y si Liam quisiera ir a mi casa de nuevo? No tienes idea de lo que Liam quiere hacer. Te vendrían bien unos amigos por primera vez en tu vida, así que ve.*

Bueno, cielos. Ese lado de mí podría ser un poco mandón. La verdad es

que no me importaría pensar en lo de hacer amigos, a fin de cuentas, no iría a ninguna parte. Por lo que pude ver en mi futuro, planeé quedarme aquí en Willow Brook. Estaba lo suficientemente lejos de la vida despreocupada de mi padre. Creo que podía confiar en que no se presente y pida dinero prestado, como solía hacer cuando yo vivía cerca. Tenía un buen trabajo, una casa, un par de vehículos y todo lo demás que me dejó la abuela.

También tenía más estabilidad de la que jamás haya tenido. Si había algo que anhelaba, era eso.

Me encontré con la mirada de Amelia y asentí. —Estaré allí. Creo que nunca he tenido los detalles de cuándo y dónde

—La casa de Vania. Vive una calle arriba de nuestra oficina al final de la calle. ¿Sabes dónde quiero decir?

—¿Cómo podría perderme con ese cartel? —Dije riendo, refiriéndome a su construcción Kick A\*\* de la compañía en azul brillante que destacaba a cuadras.

Amelia mostró una sonrisa. —Correcto. Lo pensé cuando le puse el nombre. Esperaba que eso significara que la gente recordaría quién era yo.

—Considerando lo ocupada que Santiago dice que estás, yo diría que sí.

—Hablando de Santiago, ¿está por ahí o fuera en una llamada?

El equipo de Liam estaba oficialmente de servicio para las llamadas locales hoy, pero eso no significaba que Santiago no hubiera venido. Toqué el botón del intercomunicador de mi auricular. —Cade, ¿estás por aquí? —pregunté en general, sabiendo que mi pregunta sería escuchada en toda la estación.

—Me dirijo hacia ti, Abigail —contestó Santiago.

En cuestión de segundos, Santiago entró por la puerta. Amelia se giró hacia él, su cara se iluminó enseguida. La atrajo de una cadena invisible contra él y la besó. El momento fue rápido, pero tan caluroso que tuve que mirar hacia otro lado. Normalmente era así entre ellos.

Mantuve mi enfoque en la hoja de seguimiento en la que había estado trabajando e ingresé unos cuantos números más, levantando la vista sólo cuando escuché mi nombre.

—¿Eh?

Santiago guiñó el ojo. —He oído que te unes al juego de cartas de las chicas. Ten cuidado. Vania patea traseros en las cartas.

Amelia le dio una pequeña patada mientras apoyaba los codos en el mostrador. Sus mejillas estaban sonrojadas y sus ojos brillantes. Experimenté

una punzada de... algo. No lo llamaría envidia porque no fue eso, más nostalgia. Ver a Amelia y Santiago juntos me hizo pensar en lo que podría ser tener algo como lo que ellos tenían. La intimidad entre ellos era palpable.

Debajo había un sentimiento de alegría compartida y el sentido de que afrontaban todo en la vida juntos. Amelia me pareció una mujer muy independiente, mientras que Santiago era sin duda un hombre fuerte, sólido y seguro. Sirvieron para reforzarse mutuamente y claramente se adoraban más allá de la razón. Amelia captó mi atención. —Vania es buena, pero no jugamos por dinero, sólo por diversión

—Prepárense para perder —agregó Santiago.

Tuve una racha de competitividad en lo que respecta a las cartas, aunque sólo fuera porque había aprendido a jugar de joven. Mi padre jugaba al póquer semanalmente, sin importar qué estuviera pasando en nuestras vidas. Las cartas eran la única área en la que tenía un sentido del honor. Jugó limpio y compartió su orgullo de ganar conmigo. Tuve pocos buenos recuerdos con mi padre y su enfoque de paternidad al azar, pero jugar a las cartas con él era uno de ellos. Era bastante bueno. Como tal, yo también lo era.

—Considérame advertida —dije con una sonrisa.

Amelia se apartó del mostrador y enganchó su brazo con el de Santiago. —¿Comemos juntos?

—Por supuesto —contestó fácilmente.

Observé cómo salían, recordando lo amargado que había estado Santiago cuando se mudó de nuevo a Willow Brook. Yo era bastante nueva en mi posición en ese entonces y no sabía mucho de nadie. Pero lo había visto caminar por todo el lugar y solo podría describir como que había estado con una nube oscura alrededor hasta que arregló las cosas con Amelia.

Todo sobre él se suavizaba cuando ella estaba cerca.

# Capítulo Veinte

## LIAM

—Amigo, no me hagas ir solo —dijo Santiago.

Lo miré a través de la mesa. Pasamos por Wildlands después del trabajo. Santiago había recibido un mensaje de Amelia que decía que estaba con sus amigas, y que bebería, así que automáticamente él asumió que debía pasarla a buscar.

—Puedes manejarlo, hombre —Le dije despreocupadamente.

Santiago agitó la cabeza, su mirada estaba rozando la súplica. —Vamos. Son Amelia, Vania, Abigail y quizás otras chicas. ¿Qué pasa contigo de todos modos? Desde el mes pasado que ni siquiera has mirado a una mujer

Giró ociosamente su botella de cerveza vacía sobre la mesa, y su mirada me golpeaba de forma perceptiva. Moví los hombros, un poco incómodo bajo su mirada. Santiago me conocía bien, habíamos crecido juntos. Nos habíamos distanciado cuando se mudó, pero rápidamente volvimos a caer en una amistad confortable cuando él regresó. Sin dudas yo lo respetaba muchísimo y tenía plena confianza en él cuando se trataba de trabajo lo que además se proyectaba en lo cotidiano, sabía lo que hacía y protegía a cualquiera cuando estábamos en medio de un incendio, una persona así, dispuesta a dar su vida por uno de sus compañeros, es digno de toda mi seguridad.

Volviendo al tema, no había considerado el hecho de que mis patrones habían cambiado. Bastante. Hasta que esta cosa con Abigail comenzó, yo estaba usualmente en los bares, divirtiéndome un poco con cualquier mujer linda y risueña.

Ahora, incluso la idea de estar con alguien que no fuera Abigail no lograba producirme ninguna emoción. Miré alrededor de la barra, mis ojos se pasearon para comprobar a varias mujeres atractivas. Los veranos en Willow Brook atraían a muchas mujeres que buscaban una aventura con cualquier tipo rudo de Alaska. Lo que viene fácil, se va fácil. Normalmente, me encantaba. Sin embargo, las últimas semanas me había parecido bastante tonto estar en esas situaciones, incluso algo infantil, sentía que no era lo que me interesaba, en realidad yo ya estaba interesado en alguien, eso era lo que pasaba.

Mi mirada regresó a Santiago y me encogí de hombros. —¿Y qué?  
Entrecerró los ojos y pareció estar considerando sus palabras. —  
Correcto. No es asunto mío, ¿pero es algo entre tú y Abigail?

*Oh, demonios. ¿De verdad iba a tener que bailar alrededor de esto?*

—Sobre todo porque ustedes dos suelen estar en constante tensión, pero últimamente parece que están tratando de evitarse y eso significa un siguiente paso. Puede que me equivoque, por eso pregunto

No podía decirle exactamente que esa era la única manera de evitar tratar de no doblarla y follarla en cualquier lugar donde me cruzara en su camino. Sabía que ella era sensible a cómo se percibiría si los chicos sabían que teníamos algo más, así que me había mantenido alejado de ella en la estación.

Me encontré con la mirada de Santiago y me encogí de hombros. —No es nada, sólo una casualidad, supongo. Bueno amigo, creo que ya debemos irnos.

Aunque sentí que sabía que lo estaba distraendo, Santiago accedió fácilmente. Dejamos dinero en efectivo sobre la mesa para cubrir nuestra cuenta y nos dirigimos hacia el final de la calle.

Sabía que probablemente no era prudente ir a la reunión de Vania con él, sabiendo que Abigail estaba allí. Pero no pude resistirme. Era imposible resistirse a cualquier oportunidad de verla.

Dormir con ella la otra noche sólo había fortalecido el punto de apoyo que ella tenía en mi mente y cuerpo. No estaba listo para admitir que mi corazón estaba involucrado, pero estaba seguro de que lo estaba.

\*\*\*\*\*

Cuando entramos Abigail se estaba sentando en la mesa de la cocina en el apartamento de Vania, riéndose de algo. Bastó solo verla, y quise besarla. Ella, sin embargo, ni siquiera se había dado cuenta de que había entrado. Amelia, Vania y Jimena rodearon el resto de la mesa.

Amelia fue la primera en darse cuenta de que estábamos allí. Ella miró hacia nosotros y sonrió. —¡Vania perdió! —anunció emocionada. Santiago se rio y se acercó a la mesa para dejar caer un beso en los labios de Amelia.

Vania puso los ojos en blanco. —No me había dado cuenta de lo feliz que te pondrías por verme perder

Amelia se rio. Estaba obviamente borracha, por eso Santiago estaba allí. Se convirtió en el conductor designado una vez que recibió su mensaje.

—Es divertido que alguien más gane. Eso es todo —Se columpió para mirar a Abigail. —Tienes una cara de póquer increíble

Abigail se encogió de hombros. —Supongo que sí.

Apoyé mis caderas contra el mostrador de la cocina, esperando que el ligero ángulo cubriera lo evidente: quería estar cerca de ella.

Vania se levantó de la mesa. —Bueno chicos, ¿están los dos aquí para jugar al taxista?

Santiago se apoyó en el mostrador a mi lado y asintió. —Amelia me envió un mensaje para que la llevara a casa. ¿Quién más necesita que la lleve?

Abigail finalmente pareció notarme, sus ojos se abrieron de par en par y el rubor en sus mejillas se profundizó.

—Bueno, ya que hay dos de ustedes aquí, digo que nos lleven a mí y a Jimena, y Liam puede llevar a Abigail. La casa de Jimena está de camino a mi casa. Abigail vive en la dirección opuesta —anunció Amelia con una ligera risita.

Santiago me miró, su mirada desconcertada, antes de mirar hacia atrás. —¿Qué es tan gracioso, nena? —Amelia se encogió de hombros y volvió a reírse.

Santiago agitó la cabeza. —Menos mal que me tienes a mí para que te lleve

Abigail se balanceó para mirar a Amelia. —No necesito que me lleven —dijo ella con su tono ligeramente beligerante. Jimena se puso a protestar. —Sí, lo sabes. Nos hemos tomado dos botellas de vino entre las cuatro — Incluso las palabras de Jimena se difuminaron un poco.

No iba a discutir que me ofrecieran el viaje de Abigail, así que me quedé callado. Sin mencionar que no iba a permitirle conducir a casa en su estado actual. No dejaría que ningún amigo condujera a casa de esa manera, pero ella se opuso a mi protección en primer plano con tanta fuerza que fue sorprendente.

—Puedo conducir bien —Abigail resopló, insistiendo en su punto.

En ese momento, se recostó en su silla, con demasiada fuerza, y rápidamente se derrumbó de lado.

Ni siquiera pensé y estaba a su lado, ayudándola a volver a su silla, antes de que se diera cuenta. —Acabas de demostrar mi punto de vista —declaró Jimena con un movimiento de su mano.

Miré alrededor de la mesa. Esto era todo un espectáculo. Vania se sentó de nuevo en su silla con un elaborado suspiro. Cada una de ellas tenía las mejillas sonrojadas y la mirada un poco borrosa.

—Amelia tiene razón. Nadie va a conducir a casa —dije, atrayendo la atención de Santiago, no estoy seguro si era porque nos conocíamos bien, pero pareció que pensábamos lo mismo *¿Quién iba a decir que la noche de cartas de las chicas significaría que se emborracharían?*

Santiago se rio. —Definitivamente no. ¿Ustedes dos están listas? —preguntó, mirando a Amelia y luego a Jimena.

Cuando ambas asintieron tambaleándose, miré a Abigail. Mi mano estaba descansando sobre su hombro desde que la ayudé a volver a su silla.

—Parece que soy tu taxi

Levantó la mirada. Algo parpadeaba en sus profundidades, pero yo no sabía lo que era. —Creo que puedo...

Agité la cabeza. —No vas a conducir a ningún lado. O me dejas llevarte a casa o te quedas aquí.

Vania, ¿quieres compañía? —Le pregunté, mirando a Vania.

Vania envió una mirada en dirección a Abigail. —No seas tonta. No me importa si te quedas en mi sofá, pero el amante está aquí para llevarte a casa.

Oh, demonios. No tenía ni idea de dónde venía ese comentario.

Miré de nuevo a Abigail para ver que sus mejillas se habían puesto rojas como una cereza. Amelia y Jimena estaban de pie sobre la mesa y parecían haberse perdido el comentario de Vania. Santiago, por otro lado, alzo su cejas y me lanzó una sonrisa de conocimiento.

Lo ignoré y volví a mirar a Abigail. —Bueno, ¿qué será? ¿Un paseo conmigo o una noche en el sofá de Vania?

Abigail no respondió, pero se puso de pie, tambaleándose un poco cuando lo hizo. Sin pensarlo, deslicé mi brazo alrededor de su cintura para estabilizarla.

—Buena elección —declaró Vania con una inclinación de cabeza demasiado entusiasta.

En unos momentos, nos las arreglamos para despedirnos sin más comentarios, y yo estaba ayudando a Abigail a subir a mi camioneta. Perdió el equilibrio cuando se le cayó el pie del estribo. Cuando me di cuenta de su

peso contra mí -joder, se sintió bien, toda suave y cálida- murmuró algo.

—¿Qué fue eso? —Le pregunté.

—No necesito tu ayuda —dijo con un codo firme en dirección a mis costillas. Su puntería estaba desviada, y terminó golpeando su codo contra el costado de la camioneta.

—¡Ay!

—¿Estás bien?

—Sí, pero eso dolió —dijo, ahora intentando frotarse el codo con la otra mano.

Había estado tratando de dejar que se subiera a la camioneta. Ahora, la tomé y la levanté contra mí, poniéndola en el asiento del pasajero.

—Te lo dije...

Yo intervine. —Lo sé. No necesitas mi ayuda. Está claro que sí. Si no hubiera estado aquí, estarías en el suelo en este momento. Es bueno que tus amigas no te dejaran conducir hasta tu casa”. Ella no tenía nada que decir al respecto, así que le abroché el cinturón de seguridad y cerré la puerta. Ella estuvo en silencio mientras conducía hacia su casa, así que también me quedé callado. Puede que solo tenerla cerca me excitara, pero intenté sacar todo pensamiento de mi mente, esta noche no liberaría mi necesidad por ella, estaba demasiado borracha.

Nos detuvimos en su entrada, y tomé la decisión rápida de no preguntarle si necesitaba ayuda para entrar. Se quedó callada y me sorprendió un poco al no discutir cuando fui a su puerta con ella. La seguí dentro, cerrando la puerta detrás de mí. Puede que me estuviera preparando para una infernal noche tortuosa, pero no quería irme. Quería dormirme a su lado otra vez.

Me asustó dando vueltas y agarrando el borde de mi camiseta y tirando de mí hacia ella. Lo siguiente que supe, es que sus labios me abrían un sendero caliente y húmedo en el cuello. Me llevó casi toda la fuerza de voluntad que tuve para retirarla y alejarla de mí.

—Vamos a la cama —dije rápidamente, girando y cogiendo su mano mientras lo hacía. —Eres mandón —anunció mientras estábamos a mitad de la escalera.

La punta de su zapato se enganchó en el borde de la escalera de arriba, y tropezó un poco. La estabilicé de las caderas. Se dio la vuelta, tambaleándose de nuevo. Aprendí a sujetarla para evitar que se cayera.

Yo estaba un paso por debajo de ella, así que estábamos más o menos a

nivel. Sus ojos se fijaron en mí. En un abrir y cerrar de ojos, el aire se sentía pesado. Me rodeó el cuello con sus brazos y se acercó, chocando contra mi pene que estaba duro después del beso.

Por mucho que la deseaba, y si que la quería, esto no iba a pasar. No esta noche. No con ella tan borracha que apenas podía estar de pie. Deslicé mis manos por sus costados, saboreando el suave volumen de sus pechos mientras pasaba junto a ellos y agarré sus caderas.

La giré y rápidamente pasé junto a ella, agarrándome a su mano y llevándola a su habitación.

Se arrojó al fin a la cama, rebotando ligeramente. Ella se rio. Abigail se rio y mi corazón se apretó, y me sentí raro por dentro. Me tragué el aire y la miré fijamente, deseando que mi corazón dejara de latir tan fuerte.

Quise decir algo, pero entonces Abigail simplemente se acurrucó de lado y la perdí en dos segundos. La observé por un momento. Sin pensarlo, me agaché y le quité unos cuantos rizos sueltos de la mejilla. Mi corazón me dio otra patada rápida, estaba latiendo lo suficientemente fuerte como para romperme una costilla.

Me enderecé, pensando si debía quedarme o irme. La respuesta fue fácil. Tuve que quedarme. No podía obligarme a ir a una cama sin ella, pudiendo abrigarme en su calor. Con otra mirada para confirmar que estaba profundamente dormida, roncando y todo eso. Salí silenciosamente de su habitación y bajé para asegurarme de que todo estaba cerrado.

Después de regresar a su dormitorio, le quité cuidadosamente los jeans e incluso me las arreglé para desengancharle el sostén y sacárselo de la camiseta. Sus bragas se habían enredado en sus vaqueros, enviando una sacudida de necesidad a través de mí. Ponerlos de nuevo era más trabajo, así que los dejé y me di una severa charla sobre dejarla dormir. Estaba tan profundamente dormida que ni siquiera se despertó cuando la levanté de la cama y la metí bajo las sábanas. Una vez que me aseguré de que estuviera cómoda, me di una ducha fría para calmarme.

Unos minutos más tarde, me deslicé bajo las sábanas sin despertarla. Tan pronto como me acomodé sobre mi espalda, ella se dio la vuelta, enganchó su pierna sobre la mía y puso su cabeza contra mi hombro, su palma de la mano golpeando en el medio de mi pecho. Nunca había pensado mucho en la parte de dormir junto a alguien cuando se trataba de mujeres. Una noche con Abigail me hizo desear más con ella. Miré a través de la claraboya sobre su cama, sintiendo la tensión del día en su interior,

relajándome y saboreando el suave calor de su cuerpo acurrucado contra el mío.

# Capítulo Veintiuno

## ABIGAIL

Escarbé más cerca del cálido y fuerte cuerpo que tenía a mi lado. Oh Dios. Se sintió tan bien al...

Mis pensamientos de sueño se desvanecieron un poco, y por un momento me confundí. La neblina se aclaró, y me di cuenta de que el cuerpo a mi lado pertenecía a Liam. Estaba prácticamente encima de él. En el momento en que mi cerebro estaba completamente en línea, me di cuenta de que estaba llena de deseo, y su pene estaba muy duro, presionado contra mi cadera.

Oh.

Bueno, entonces.

Mis recuerdos de anoche eran confusos. Definitivamente había bebido demasiado vino. El último recuerdo que tuve fue subir las escaleras con Liam y pensar que quería que me enterrara su miembro en lo más profundo de mí, Dios, todo estaba en blanco después de eso. Hice un inventario rápido: No llevaba bragas y solo tenía puesta una camiseta... Hmm, Ok.

Me levanté sobre un codo y lo miré. Maldita sea. Incluso era digno de babear por él cuando estaba dormido. Sus rizos negros estaban despeinados, mientras dormía, su cara estaba más relajada, sus facciones transmitían calma, *es hermoso*. Me dejé encantar por unos minutos. Durante dos años tuve que truncar mi deseo de mirarlo fijamente. Sus rasgos eran lo que yo pienso que se llamarían cincelados. Su mandíbula era fuerte y definida, y sus pómulos esculpidos hacia que la mayoría de las mujeres se derritieran frente a él. Su nariz era una línea recta y limpia, admiré sus oscuras y gruesas pestañas enroscadas, y por Dios, su boca estaba hecha para ir directo al pecado, con un leve hoyuelo en el centro de la parte inferior de su mentón, el rostro de un adonis. *Y estaba en mi cama, al lado mío, durmiendo como si perteneciera a este lugar*. Soy una maldita suertuda, porque aun que no estuviera segura de lo que él podría sentir realmente por mí, lo tenía aquí, en exclusiva, cuando mas de una hubiera matado por él.

Antes de darme cuenta de lo que estaba haciendo, me incliné y besé a Liam. Porque sus labios eran así de tentadores, y ellos respondieron cobrando

vida bajo los míos. Caímos en un lento y perezoso beso, una sensual maraña de lenguas. Era un besador increíblemente bueno, peligrosamente bueno para ser sincera, yo estaba embobada por él. Una vez que su lengua entró en mi boca, sentí como si la lava fundida fluyera a través de mí. Su palma se deslizó para ahuecar mi trasero y ponerme encima de él, mis rodillas aterrizaron junto a sus caderas con mi vagina mojada deslizándose sobre su pene. Me quejé en su boca, el calor que se expandía comenzó a arder por dentro dejándome apenas respirar. Me liberé de nuestro beso para tragar aire. Sentí su mano deslizarse en mi cabello y su pulgar trazar mis labios.

Abriendo los ojos, encontré su espera, llena de deseo. —Buenos días —murmuró con su voz llena de sueño.

Todo lo que se necesitaba era el sonido de su voz para que me diera un escalofrío en la columna vertebral. Al mirarlo a los ojos, mi corazón se retorció en mi pecho y me quedé sin aliento. Todo este tiempo, lo había atribuido a un playboy superficial. Tal vez lo era, pero no se sentía así cuando estábamos juntos. Conmigo era cálido, protector, incluso tierno, sin perder su toque rudo, varonil y sexy.

El deseo y la intimidad se enroscaban a nuestro alrededor como el humo. No podría haber mirado para otro lado, aunque quisiera. No lo hice.

—Buenos días —susurré.

Era temprano, o eso me dijo la luz tenue que se filtraba a través de mis cortinas y el tragaluz de arriba. Se sentía como si fuéramos los únicos en todo el mundo despiertos en ese momento.

Rastreó mis labios nuevamente con su pulgar. Lo cogí entre los dientes y lo dibujé en mi boca, sintiendo una oleada de deseo cuando sus ojos se oscurecieron y sacudió sus caderas contra mí. Su pene se deslizó contra mis pliegues y clítoris, enviando un puntito agudo de placer a través de mí. Me incliné hacia atrás con la necesidad de sentirlo dentro de mí por encima de todo.

Me levanté y estaba a un milisegundo de hundirme cuando sus manos agarraron mis caderas bruscamente. Levanté la cabeza para mirarlo.

Su mirada era feroz y me quemaba hasta el corazón. —No te apresures —dijo bruscamente.

Tragué contra la repentina tensión en mi garganta y me quedé quieta durante un rato. La cabeza de su pene besó la entrada de mi sexo, me dolió sentir que aun no me llenaba, así que, en los talones de una respiración, ajusté mis caderas y me deslicé lentamente hacia abajo, saboreando el delicioso

estiramiento.

Me tranquilicé una vez que me senté. —¿Fue lo suficientemente lento? —pregunté, mi voz resonó de placer.

Sus manos soltaron su agarre sobre mis caderas y se deslizaron hacia abajo para descansar en la unión de mis muslos, sus pulgares rozando suavemente la piel hipersensible de allí. Apenas podía respirar: empapada de necesidad y con la emoción que me recorría por todo el cuerpo.

Me obligué a quedarme quieta. Estaba atrapada entre mis propios impulsos y la necesidad física de buscar alivio perdiéndome en esto. Sin embargo, también había la necesidad de permanecer con él en esto, de escuchar, no escuchar en el sentido específico de responder a lo que dijo, más escuchar en un nivel visceral, compenetrarme con él y sus propios deseos de mi, darle tanto placer como él me lo producía a mi.

—Así —dijo, esa voz ronca que me atravesaba.

Empezó a mecerse en mí, aliviando mis caderas con su movimiento. Caímos en un lento y sensual ritmo. Sus ojos estaban fijos en los míos, y yo no podía dejar de mirar. El placer me atravesó una y otra vez con cada golpe de sus caderas en las mías. La presión se apretó hacia adentro hasta que perseguía la dulce y caliente liberación que sabía que se avecinaba. Mi aliento venía en grandes gemidos. Lo acaricié como queriéndome fundir en su cuerpo, recorriendo sus partes como si estuviera en código morse, leyéndolo, aprendiéndolo, memorizándolo. Yo estaba extasiada y perdida mientras me penetraba, no era sexo, él también estaba tomando todo de mí, estábamos haciéndonos el amor.

Su palma se deslizó por mi espalda en un pase lento, inclinándome hacia adelante, creando la presión suficiente contra mi clítoris la próxima vez que se hundió dentro de mí, me oí gritar su nombre mientras la presión giraba tan fuerte que dolía y luego se desenredaba con un chasquido, enviando el placer disparado a través de mí.

Se puso tenso debajo de mí, escapando de él un grito áspero. Me agarró rápido cuando me desplomé encima de él. Me quedé quieta contra sus pectorales, jadeando para recuperar el aliento. Podía sentir su corazón latiendo contra mí, haciendo eco de mi latido salvaje. Lentamente me relajé, la dulce lasitud apoderándose de mi cuerpo, una deliciosa sensación que no había experimentado, no era el fuego de la lujuria, era un placer suave y sensual, uno que me atraía a él de una forma inexplicable, una suave sensación de saciedad, de complacencia. Ahora sabía que en él encontraría

todo lo que siempre busque, que con él no había espacio que quedara vacío. Dios, una parte de mi tembló de miedo por esta revelación, y fue esa parte la que me hizo esconderme, debía ser cuidadosa, aun no sabía lo que él sentía y no podía permitirme exponerme de esta manera, sin estar segura de qué habría como respuesta.

# Capítulo Veintidos

## LIAM

Enterrado en su interior, no quería moverme. Nunca. Cribé mis dedos a través de sus rizos. Empezó a quitarme su peso de encima, pero la abracé fuerte.

—No te muevas —murmuré.

Se rio suavemente. —Que mandón estas esta mañana

Levantó la cabeza, sus ojos marrones brillando de alegría. —¿Lo estoy?

Ella asintió y sus sucios rizos rebotaron. —No te apresures, no te muevas. ¿Qué más no debería hacer?

Su comentario me recordó que le había dicho que no se apresurara en el camino de ese pequeño interludio caliente que acabábamos de experimentar. Mi corazón se apretó durante un rato, y tuve que respirar lentamente para recuperarme. Ella tuvo el efecto más loco en mí. No quería que nada de esto terminara demasiado pronto. Diablos, si hubiéramos podido hacer que estos momentos duraran para siempre, yo lo habría hecho. Acababa de sentirla como nunca antes, nuestras manos estaban como locas, como poseídas tomando cada rincón de los cuerpos del otro. Fue maravilloso, diferente a todo lo que experimente antes, ella estaba entregada a mi y mi ser respondió a su efecto de la misma manera, mi mente divagaba en la perfección de lo que iba tocando, encantándome, enamorándome, la deseé con todo mi ser y mi corazón, había puesto mi corazón en este momento y aun era muy extraño y diferente era la emoción mas perfecta que hubiera experimentado en mucho tiempo.

No sabía qué hacer con ninguno de estos sentimientos, así que me encogí de hombros y sonreí. Era casi imposible no sonreír cuando estábamos así de bien. —No más órdenes —solté

Su estómago gruñó. Inmediatamente puso su mano sobre él. —Oh, Dios mío. Eso fue fuerte.

—¿Qué tal si dejamos esto aquí por un momento? Podemos ducharnos, y yo haré el desayuno.

No podía creer que acababa de decir eso. Pero lo hice. Me gustaban mucho las mujeres. Pero

rara vez pasaba la noche. Si lo hice, me levanté y me fui antes del amanecer. No planeé nunca ducharme y mucho menos preparar el desayuno, pero eso es todo lo que quería con Abigail.

Su sonrisa se desvaneció al mirarme. Después de unos segundos, ella inclinó su cabeza hacia un lado.

—¿Tú cocinas?

—Lo hago. Bastante bien, en realidad, déjate sorprender

Su amplia sonrisa me hizo querer abrazarla. Abigail fue la única persona en el mundo que provocó ese impulso en mí. Ahora mismo, me conformé con deslizar mi mano en un paso lento por su columna vertebral. Mi pene se movió. Podría volver a tomarla ahora mismo, sólo unos minutos después de haberme metido dentro de ella.

—A mi mamá le encantaba cocinar, así que solía tenerme en la cocina con ella todo el tiempo cuando era pequeño. Resulta que es una manera fácil de aprender a cocinar —agregué a modo de explicación. —Oh —dijo Abigail en voz baja.

Sentí que algo se movía bajo las aguas de nuestra conversación, pero no sabía lo que era y continué. —Mi madre murió hace algunos años. La extraño mucho, pero pienso en ella cada vez que cocino

Mis palabras se me escaparon y puedo decir que esto tampoco era parte del plan. No era propenso a compartir esto con nadie. Era verdad que echaba de menos a mi madre. Mi papá todavía estaba aquí y había estado en los momentos importantes desde que ella murió. Había armado una vida que funcionaba para él, pero la echaba de menos. Había tenido suerte de alguna manera, tuve dos padres que me amaron durante toda mi infancia.

Abigail sostuvo mi mirada y asintió lentamente. —Siento que se haya ido.

—Yo también. Pero es la vida, ¿no? Tuve suerte de que estuviera un buen tiempo conmigo como para tener hermosos momentos que recordar. Le diagnosticaron cáncer de mama cuando yo era pequeño. Al principio fue erradicado, pero después de unos años volvió a aparecer.

Abigail parecía pensativa, y yo no sabía qué pensar. Demonios, ya estaba bastante fuera de lugar

con mis propios comentarios inesperadamente personales. Ella volvió a asentir con la cabeza y cambió su peso, levantándose lentamente de mí. Me

resistí a la necesidad de mantenerla en su lugar y la seguí a la ducha, nos duchamos de una forma muy romántica, pero nada obligado, todo fluyó de una forma espontánea y linda.

En poco tiempo, estábamos abajo. Empezó a tomar café, mientras yo rebuscaba en su refrigerador para ver qué podía preparar para el desayuno.

—¿Te importa si uso estos huevos y un poco de queso? —Dije, mirando por encima de mi hombro. —Usa lo que quieras —me contestó.

Rápidamente preparé tortillas. Ella miró con una media sonrisa y me dio una taza de café fresco en algún lugar del camino. Era la clase de mañana que no había tenido en años. Bueno, yo nunca había

tenido una mañana como esta, no con una mujer con la que supuse que estaba saliendo. O algo más. Era el tipo de mañana que mis padres habían tenido relajados y compartido el espacio que solía ser nuestro hogar. Viví solo desde que me mudé de la casa de mis padres. Yo era un soltero bastante típico, con la excepción de que comía bastante bien. Pero era más divertido cocinar para otra persona.

Abigail estaba poniendo nuestros platos vacíos en el lavavajillas, mientras sosteníamos una conversación trivial, luego del desayuno cuando hubo un fuerte golpe en la puerta. Ella me miró a mí. —¿Esperas a alguien?

—¿Yo? Es tu casa —respondí riendo.

—Sí, pero nadie viene a verme —dijo ella, perpleja.

Se acercó a la puerta y la abrió. Estaba sentado en el mostrador de la cocina, terminando mi taza de café, una deliciosa taza de café, debo añadir. Tenía una vista directa de la puerta.

Ella se quedó quieta, así que todavía podía verla desde donde estaba sentado. Su columna vertebral se endureció, y oí la aguda respiración. Ladeé un poco la cabeza para darme cuenta que había un hombre parado frente a ella, era alto y delgado, con el pelo casi blanco, su rostro era de una persona cansada, no podía decir por qué, pero sentí la decisión de proteger al instante a Abigail.

Dejé mi café justo cuando ella comenzó a hablar.

—Papá, ¿qué haces aquí? —preguntó ella, su tono era de susto. — ¡Abigail, mi niña! Estoy aquí para verte, ¿por qué si no estaría aquí?

Él la abrazó, y pude ver que su tensión aumentó. El hombre que ahora reconocía como su padre habló de una manera jovial. Él entró por la puerta, aunque ella no lo había invitado a entrar.

Mi mente se entremezclaba con la información que Sara me dio sobre la

infancia de Abigail. Sara había trabajado en la estación durante muchos años, era una persona adorable, una abuela para todos. Su marido había fallecido años antes de que ella lo hiciera. Sabía que habían tenido una hija que se había mudado después de enamorarse de un tipo que había estado de excursión en Alaska un verano. Sabía que Sara estaba devastada cuando su hija murió. Nunca había oído una sola palabra negativa de ella sobre el padre de Abigail, pero suponía que no era muy estable.

Observé cómo entraba en la cocina y miraba a su alrededor. Su mirada se apartó de mí. Abigail cerró la puerta tras él. Ella no me miró. Se quedó donde estaba junto a la puerta, con la tensión y la sensación de tener un peso muy grande en su espalda, como agobiada. Su padre tomó el espacio, era una casa renovada, brillante, aireada, en general el espacio era acogedor.

La mirada del padre de Abigail se volvió hacia ella. —Tienes un lindo lugar aquí —dijo asintiendo con la cabeza antes de entrar rápidamente a la sala de estar y tirarse al sofá.

Más allá del mostrador curvo de la cocina estaba la sala de estar. En el centro de la habitación había un diván en ángulo que ofrecía una vista desde un lado hacia las ventanas y desde el otro hacia el televisor de pantalla plana montado en la pared. De hecho, ayudé a Sara a ponerlo después de que mi madre me lo pidiera. Aparte del sofá, había un gran otomano acolchado y unas cuantas mesas esparcidas por la habitación.

Abigail finalmente se movió, pasando junto a mí, sus ojos me miraron brevemente. Su mirada era pétrea y controlada, reminiscente de la mirada que solía tener cuando apareció por primera vez en la estación para reemplazar a su abuela cuando ésta falleció. Se detuvo en la esquina del sofá, apoyando una mano en su cadera.

—¿A que viniste? —preguntó ella, con un tono bajo, con sólo un indicio de la frustración que sentía. Por si ella quería mi apoyo, me paré y caminé a su lado. No sabía quién era su padre para ella, pero sabía sin duda que estaba molesta por su abrupta aparición.

El hombre levantó la vista del sofá. —¿Vas a presentarme a tu novio? —preguntó, ignorando completamente su pregunta.

—Papá, él es...

Entré, deslizando mi brazo alrededor de sus hombros y mientras lo hacía. —Soy Liam. Liam Turner —le dije asintiendo con firmeza. —¿Le importaría responder a la pregunta de Abigail?

Su padre, cuyo nombre aún no conocía, me miró durante un rato. Su

pelo blanco era despeinado y desordenado, sus ojos de un gris claro. Se veía un poco mal, algo maltratado, pero daba una sensación de hombre correcto, y yo le debía respeto. —Hugo Stone —dijo finalmente asintiendo con la cabeza. Miró después de mí a Abigail y se encogió de hombros. —Sólo pensé en venir de visita

Podía sentir la tensión retumbando en su cuerpo. Quería pedirle que se fuera y luego hacer

lo que fuera necesario para que Abigail se relajara de nuevo, no me gustaba verla así. Le bajé la palma de la mano por la columna vertebral y la volví a subir, se relajó un poco en mi costado y me tomé un respiro. Me obligué a permanecer callado. Tenía tan poca información para reconstruir su reacción con él, y no quería sobrepasar mis límites. Estaba bastante seguro de que en otro momento ella habría estado a punto de pelear la descripción de su padre de mí como s. —novio —mientras que yo estaba muy conforme con la percepción que tenía, me daba un poco de poder saber que me veía de esa manera. De hecho, estaba más que feliz de que me viera así. Demonios, estaba listo para anunciárselo al mundo. Sólo tenía que esperar y asegurarme de que Abigail estuviera de acuerdo.

Sus hombros se elevaron y cayeron con una respiración profunda, y yo deslicé mi palma en otro paso a lo largo de su columna vertebral. No sabía lo que quería decirle a su padre, pero yo estaba aquí para ella como ella lo necesitaba.

—Papá, ¿desde cuándo me visitas? Me mudé cuando tenía dieciocho años y vivía en California a no más de media hora de distancia de tu casa a la mía, y apenas me visitaste durante cinco años. Cuando lo hiciste, fue porque necesitabas dinero. No has llamado en dos años desde que me mudé aquí. ¿Qué estás haciendo realmente ahora aquí? —repitió, su voz se alteró al final.

Mi corazón se apretó contra ese pequeño crujido en su voz, revelando la fisura en su compostura.

Si Hugo se dio cuenta de lo angustiada que estaba, no lo dijo. Solo se encogió de hombros. —¿Qué tiene de malo que tu viejo padre venga de visita?

Bueno, ese comentario le salió bien. La columna vertebral de Abigail se enderezó. Miré hacia el lado para ver sus fosas nasales abocinadas y dos puntos rosados brillantes aparecieron en lo alto de sus pómulos.

—Papá, nunca fuiste un buen padre. No sé qué quieres de mí, pero deja la canción y baila. ¿Qué es lo que necesitas? ¿Dinero?

Estaba intentando dar pasos de ciego intentando averiguar cual era la relación entre ellos, pero que Dios le ayude, si su padre estaba aquí para intimidarla o para que le diera dinero, no es algo por lo que deba meterme, pero no lo encontraba justo. Me obligué a permanecer callado. Todavía no era el momento de forzarme a entrar en la situación más allá de lo que ya lo había hecho.

Los ojos de Hugo se entrecerraron ante su comentario. Parecía muy poco sorprendido por ello. —No puedes creer que quiera visitarte. Maldición, Abigail. Después de que murió tu madre, te críe yo solo. Dame algo de crédito. Pude haberte enviado aquí para que te quedaras con tu abuela, pero traté de hacer lo correcto por ti.

Vale, ahora estaba furioso. Puede que me falten detalles, pero una cosa se estaba aclarando. A Hugo no le importaba mucho Abigail.

—Bueno, mi vida hubiera sido mucho mejor si me hubieras dejado quedarme aquí —respondió Abigail. —Ahora deja de decir tonterías. ¿Qué necesitas?

—Muy bien, muy bien. Quería visitarte por unos días, pero no estaría de más que me ayudaras con algunas facturas —dijo Hugo, con un tono tan moderado que quise pegarle un puñetazo.

—¿Cómo diablos conseguiste un boleto de avión si necesitas dinero? —pregunté, olvidando que estaba tratando de dejar que Abigail se encargara de esto.

—Tengo un trato con mi novia. Trabaja en la recogida de equipajes en el aeropuerto —dijo encogiéndose de hombros.

Si Abigail estaba enfadada conmigo por saltar, no dijo nada. De hecho, se había quedado callada. Sus hombros estaban tan tensos bajo mi brazo, que estaba preocupado.

Le eché un vistazo. Sus rasgos estaban apretados y dibujados, y estaba al borde de las lágrimas. Quería que Hugo se fuera de aquí y rápido.

Me di cuenta de que los modales que mi madre me había enseñado no me estaban ayudando en este momento. No necesitaba pararme aquí frente a este imbécil sin decir nada solo por educación. No era un invitado. Me di la vuelta, y Abigail no dudó en dejarme llevarla, me dirigí directamente al baño, ya que era eso, o caminar todo el trayecto hasta arriba para tener un poco de privacidad.

Una vez que estuvimos allí, cerré la puerta. Abigail se apoyó contra la pared y enterró su cara en sus manos. Esperé, sin saber qué hacer, después de

un momento, oí que se quedó sin aliento en un sollozo y finalmente me di cuenta que era lo correcto hacer lo que había querido desde que su padre apareció en la puerta: la abracé y solo la contuve en un apretón fuerte, se puso tensa por un segundo y luego se relajó contra mí, dejando caer sus manos de su cara cuando la enterró contra mi pecho. Después de varias respiraciones estremecedoras mientras mi corazón se apretaba al saber que estaba llorando tan herida por su padre, ella deslizó sus brazos alrededor de mi cintura y se tragó el aire.

—Mi padre es un perdedor —murmuró contra mi pecho. —Siento que haya aparecido así

Cribé mis dedos a través de su cabello, desgarrado entre un dolor visceral al verla molesta de esta manera y la ira con su padre por haberla puesto en esta situación. —¿Por qué te disculpas? Él es el que apareció de la nada. Para que conste, me importa una mierda tu padre, o si es un perdedor o no. No me gusta verte así. Si quieres que lo eche por ti, lo haré. Sólo dime lo que necesitas.

Levantó la cabeza dejándome ver sus anchos ojos marrones tan desprotegidos, que fue como un puñetazo en mis tripas. —No lo sé. Estoy acostumbrada a lidiar con él todo el tiempo. Quiero decir, es mi padre. Le daré algo de dinero y se irá.

Me mordí las maldiciones que quería que llovieran sobre su cabeza. —¿Es eso lo que quieres hacer?

Se mordió el labio, su boca se retorció y una mirada triste entró en sus ojos. —No, pero hará que se vaya. Mira, no es un mal tipo, sólo es un desastre. Jamás se molesta por nada, es algo como un cara dura, no se sentirá mal por incomodar a los demás si eso le da lo que busca.

Tenía todo tipo de cosas que quería decir, la mayoría de ellas implicaban destrozarse a su padre y escoltarlo fuera de su vida porque odiaba ver el dolor y el cansancio que él le causaba en los ojos. Retrocedí esas palabras y me tomé un respiro.

—Vale, si no quieres darle dinero, no le des dinero. Si ha hecho bien algunas cosas, y ya te ha pegado antes, supongo que estaría bien. Pero no olvides que, si no, cada vez que digas que sí, lo alentará para volver la próxima vez que quiera más. ¿Qué te parece eso justo? Le pediré un favor a un amigo mío de Anchorage. Probablemente pueda conseguirle una noche en el hotel de allí. Le compraré un boleto de ida de vuelta al lugar de donde vino. No necesita saber nada sobre quién se encarga de su retorno.

Abigail me miró fijamente, con todo el rostro preocupado. —No lo sé. No puedo pedirte que hagas eso. Quiero decir, tengo que lidiar con esto yo. No es...

—No tienes que lidiar con esto sola —Mis palabras salieron más feroces de lo que pretendía.

Se quedó callada y de repente sus ojos brillaron y una lágrima cayó por su mejilla. Oh, joder. Mi corazón se apretó de nuevo. Le rocé la lágrima con el pulgar.

Decir que estaba tropezando con esto fue una subestimación masiva. No tenía ni puta idea

lo que estaba haciendo. Mi único objetivo era hacer que Abigail se sintiera mejor. Ahora, ella estaba llorando, y no sabía muy bien por qué.

—Mira, podemos hacer lo que quieras. Sólo estoy intentando darte alternativas, a mi no me... —Pasó la manga por sus mejillas y nariz, moviendo la cabeza.

—Está bien. Me siento como una mierda. Quiero decir, es mi padre. Odio cómo hace todo esto siempre.

—Apuesto a que sí.

Se frotó las mejillas de nuevo. Me acerqué a un lado y saqué un pañuelo de la caja en el mostrador del baño.

Tan pronto como se lo di, se sonó la nariz y tiró el pañuelo a la basura. Después de un aliento tembloroso, ella me miró de nuevo. —No me siento bien empujándolo por la puerta de Anchorage. Llamaré a Anette y veré si puede encontrar un lugar para él en su casa.

—¿Todavía quieres que le reserve un vuelo?

Me mató dar un paso atrás y dejarla hacer esta llamada, pero sabía que tenía que hacerlo, incluso si el perdedor era su padre.

Se encogió de hombros. —Aún no estoy segura. Si lo haces, te lo devolveré.

Agité la cabeza, sólo para ver que ella sacudía su cabeza en respuesta. Sus rizos, aún húmedos por la ducha, se balanceaban de un lado a otro.

Me reí. Cuando sonrió un poco, el alivio me golpeó. Odiaba, jodidamente odiaba, verla molesta. Puede que sea sólo un breve respiro, pero ver esa pequeña sonrisa me hizo querer celebrar con mi puño en el aire.

Así de profundo estaba Abigail en mi corazón. Maldita sea.

No tuve tiempo de pensar en ello, así que me concentré en el momento. —Podemos discutir sobre eso más tarde. ¿Estás segura? Porque si tú lo dices,

tan pronto como lo saquemos de aquí, haré las reservaciones

—Nunca es bueno para mí tenerlo aquí demasiado tiempo, pero déjame hablar con él antes de hacer cualquier cosa

Respiró hondo otra vez y dio un paso atrás. Instantáneamente extrañé su calidez y suavidad contra mí. Quería mantenerla cerca, para protegerla de cualquier cosa que pudiera herirla. Yo encadené el impulso de traerla de vuelta a mí. Para empezar, parecía preparada para volver a salir y enfrentarse a su padre. Por otra parte, él estaba ahí fuera esperando y no iría a ninguna parte hasta que tratáramos con él.

Así que dejé caer mis manos a regañadientes. Ella me miró. —¿Tengo pinta de estar llorando? —Sus mejillas estaban un poco rosadas, y sus ojos apenas húmedos. Mi corazón latía con fuerza. Duro.

—Solo un poco, pero nada que dos respiraciones profundas no quiten. Dime cuál es el plan antes de que salga y haga el ridículo.

# Capítulo Veintitres

## ABIGAIL

Esa misma tarde, terminé una llamada y me di la vuelta para encargarme de algunos archivos. Estaba a medio camino hacia el archivador cuando oí mi nombre.

—Esperé, por favor —murmuré, haciendo rodar mi silla hacia atrás.

La parte superior de mi cola de caballo se enganchó en el archivador mientras me enderezaba. Me agarré el pelo con una mano y me di la vuelta. —¿Puedo ayudarle? —pregunté automáticamente mientras luchaba con mis rizos sueltos para volver a estar libre.

Levanté la vista para ver a Anette riéndose. —Oh, hola. ¿Necesitas algo? —Le pregunté

Inclinó un codo sobre el mostrador y agitó la cabeza. —No. Supe que podrías necesitarme para conseguir una habitación.

—¿Tienes algo disponible? Sé que es a último momento, pero...

Me hizo señas con la mano para que me callara. —Normalmente mantengo una habitación disponible, así que es tuya con una condición

Me puse el elástico alrededor de la cola en mi cabello y la miré, sospechando al instante. —Um, vale.

¿Qué?

Sus ojos marrones se arrugaron en las esquinas con su sonrisa. —Dime qué está pasando entre tú y Liam

Mis mejillas se calentaron. Me reprendí mentalmente. Debería haber conectado inmediatamente los puntos. La única persona que sabía que estaba buscando una habitación para mi padre era Liam. Liam había sido un gran apoyo para mi esta mañana, como una pareja, y yo estaba luchando con lo que sentía al respecto. Estaba intentado hacer que las cosas fueran más fáciles para mi, así que supongo que todo esto se trataba por su protección.

No podía ser una roca absoluta cuando casi me desmoroné en su pecho y él se había ofrecido para llevar a mi papá y dejarlo con el jefe Morris para un evento de entrenamiento conjunto de bomberos y policía. Pensó que era la forma más segura de mantener a mi padre ocupado y alejado de mi todo el día. Viendo que mi padre había hecho una auto parada hasta mi casa desde

Anchorage, no tenía mucho que decir al respecto. Liam lo había escoltado firmemente y me apoyó completamente en que mi papá no se quedara conmigo por unos días.

No estaba acostumbrada a tener a nadie en quien apoyarme. No sabía muy bien qué pensar de ello. Poner esto encima del resto de mis sentimientos confusos sobre Liam sólo contribuyó a mi confusión interna. Lo más extraño es que me sentí bien, tan bien que casi me pellizco. Cada vez que esa sensación pasaba a través de mí, era como un latigazo emocional. No podía confiar en él, aun no estaba segura, así que me molesté y me enfadé conmigo misma.

Anette aclaró su garganta. Oh, cierto. Ella estaba esperando mientras yo me sentaba aquí a pensar en Liam en mi propia cabeza. Volví a mirar a sus ojos marrones y me encogí de hombros.

—¿Qué quieres decir?

Traté de sonar inocente, pero Anette no me lo permitiría. Ella ladeó la cabeza y arqueó la frente.

—Déjame ver. Bueno, aparentemente Liam estaba en tu casa al amanecer. También parece ser el taxi de tu padre hoy. Entregó a tu padre al jefe de policía y se detuvo en el café para avisarme que estarías preguntando por una habitación para tu padre. No soy brillante, pero tampoco digamos que soy una tonta.

Mis mejillas estaban tan calientes en este momento, que necesitaba salpicar agua en mi cara para refrescarme. Viendo que esa no era una opción, me endurecí y me encontré con la mirada demasiado perceptiva de Anette.

—Podríamos estar viéndonos. Por favor, no digas nada. No quiero que los otros chicos de aquí se pongan raros con el tema. Este trabajo es muy importante para mí y....

La mirada de Anette se suavizó. —Oye, sabes que nunca hablaría. Puede que lo sepa todo porque, bueno, mi café está lo más cerca del centro del universo que se puede encontrar en Willow Brook, pero no voy por ahí de chismosa. No sobre las cosas importantes. Por lo que a mí respecta, estoy más que emocionada de verte salir de tu zona de confort. Has sido como una tortuga aquí, demasiado reservada. Además, creo que Liam es un buen tipo. Parece que cree que eres especial.

La miré fijamente, sin saber por un momento cómo responder. Anette simplemente me miró, arqueando la frente. El calor en su mirada ayudó a aliviar la tensión que había dentro de mi pecho.

Suspiré. —De acuerdo, bien. Podríamos estar viéndonos fuera de la estación. Pero no quiero que nadie más lo sepa. No sé qué pensarían los demás sobre eso y es algo que aun no aclaro en su totalidad.

Anette se encogió de hombros. —No soy los otros tipos, cariño. Entiendo por qué quieres mantenerlo en secreto. Pero no trates de convencerte a ti misma de que 'podrías' estar viendo a Liam. Por lo que puedo decir, va en serio contigo. Está cargando a tu padre y asegurándose de que tiene un lugar para dormir. Hablando de tu padre, ¿qué demonios está haciendo aquí?

La emoción se apretó en mi pecho y una familiar sensación de tristeza y cansancio se elevó por dentro. Así es como me sentía siempre cuando pensaba en mi padre. Era mi papá, el único que tenía, y lo amaba, pero deseaba que pudiera detener el interminable carrusel de su caótica vida. Ojalá no estuviera de visita sólo porque necesitaba dinero, sabía que él no lo veía de esa manera, dudé que alguna vez pensara mucho en cómo sus acciones podrían ser percibidas por mí, o por cualquier otra persona, no era tan profundo, era carismático y divertido y atraía a la gente a su órbita fácilmente, sin embargo, las partes mundanas y menos excitantes de la vida, como pagar las cuentas, fueron una idea que siempre permanecía en un segundo, realmente como en un cuarto plano. Por lo tanto, se volvió a donde pudo cuando se encontró demasiado lejos en un mal momento financiero.

—Necesita dinero, y voló hasta Alaska para conseguirlo —le dije sin rodeos. —Parece que su novia le hizo un trato por su pasaje de avión. Probablemente se lo compró ella. No sé qué hacer. Liam dice que no debería darle dinero porque cada vez que lo haga, él volverá por más

—Liam es muy sabio al decirte eso —dijo Anette, con los ojos entrecerrados. Sus labios se tensaron en una delgada línea.

—No dejes que te haga esto. No te lo mereces. Sé que es tu padre, pero...

Yo intervine. —Exactamente. Ese es el problema. Es mi padre, el único que tengo. Sé que es un perdedor. Sé que no es bueno que haga esta mierda, pero no puedo decir que no". Me dolía un poco el corazón y me sentía pequeña por dentro. Había pasado gran parte de mi vida saltando y agitando los brazos para llamar la atención de mi padre, sólo la atención para satisfacer mis necesidades básicas, pero él solo tiraba de los hilos desgastados de mi corazón sin importar cuanto me esforzara.

Los ojos de Anette se suavizaron de nuevo. —Cariño, puedes querer a tu

padre, pero puedes decir que no a esto. No se está muriendo de hambre, probablemente sólo necesita un poco para arreglárselas. No dejes que te engañe, tiene que dejar de hacerte daño así. Liam tiene razón en lo que dice, él seguirá volviendo”. Se detuvo, inclinando la cabeza hacia un lado. — ¿Cuántas veces ha hecho esto antes?

Me encogí de hombros. —No lo sé. Probablemente una vez al año más o menos desde que me mudé de su casa a los dieciocho. Bueno, excepto desde que me mudé aquí. Es la primera vez que aparece aquí.

—Cariño, no puedo decirte qué hacer, pero lo haré de todos modos. Puede que tu padre no sea un mal tipo, pero siempre ha sido el que ha buscado la salida fácil, sin importar de quién sea la espalda. Esto es lo que hace, y mientras lo dejes hacerlo, seguirá haciéndolo. Si quieres tener la oportunidad de tener una relación decente con él, al menos retrocede. Es un hombre encantador y siempre lo fue, así es como hizo que tu madre se enamorara, ella se enamoró y lo quiso el tiempo suficiente para terminar en un lugar realmente malo. Si Liam se saliera con la suya, ya estaría llevando a tu padre a Anchorage y subiéndolo a un avión, pero respeta tu tiempo y espacio y eso solo lo hace alguien que en verdad te quiere. Tengo una habitación para tu padre. ¿Qué te parece esto? Se queda durante esta noche, lo suficiente para que tengas una corta y dulce visita. Asegúrate de que entienda que no vas a seguir dándole dinero cuando te lo pida. No eres su banco personal. Mañana, deja que Liam lo lleve a Anchorage para tomar ese avión. ¿Suena como un plan?

La miré fijamente. La culpa se deslizó en mis pensamientos. Fue tan difícil establecer un límite con mi padre, a pesar de que sabía que sólo había estado a mitad de camino durante toda mi infancia, podría haber sido mucho peor, yo estaba segura de eso. De la única manera que sabía cómo ser padre, era como lo había intentado. Había sido un esfuerzo a medias, pero eso era todo lo que podía hacer y quizás por eso sabía que Anette tenía razón.

Respiré profundamente, tratando de quitarme la culpa y aliviar mi ansiedad, y asentí con la cabeza. —Vale, lo intentaré. ¿Necesitas que te pague por su habitación?, porque sé que no tiene el dinero

Agitó la cabeza lentamente. —No, cariño. No te preocupes. ¿Qué tal si planeas pasarte por el café después de tu turno aquí? Podemos comer algo juntos. No importa lo que piense de tu padre por todo lo que pasó con tu madre, prefiero estar contigo cuando necesites tratar con él. ¿De acuerdo?

Mi pecho se sentía lleno. Entre Anette y Liam, no estaba acostumbrada a

que me ayudaran así. Estaba acostumbrada a enfrentarlo todo por mi cuenta. Fue un alivio saber que tenía gente así asegurándose de que estaba manejando todo de la mejor forma. Sin embargo, era una sensación extraña.

—Trato hecho —dije.

Anette retrocedió del mostrador y mostró una sonrisa.

—Así que, si Liam quiere unirse a nosotros, ¿estará bien? —pregunté. La miré fijamente, sabía perfectamente bien que probablemente lo haría y eso significaba que haríamos algo públicamente. Mi mente giró al contemplar las implicaciones de eso. Como si ella pudiera predecir la dirección en la que iba dentro de mi cabeza, Anette me miró.

—No lo conviertas en algo. Eres amiga de todos los tipos con los que trabajas aquí, cualquiera de ellos tomaría un café después del trabajo en mi casa contigo, si lo haces más de lo que es, entonces todo parecerá obvio. Es indiscutible que necesitas tomarte un tiempo para resolver lo que está pasando entre ustedes dos, pero no te pongas en plan capa y espada. Créeme si quieres que los chismes se extiendan como una hoguera, esa es la forma más rápida de hacerlo —En ese momento, guiñó el ojo, se dio la vuelta y se fue. Me senté en mi escritorio mirando por las ventanas del frente y luego me di una pequeña sacudida y volví a archivar, mi mente saltó la cuerda entre qué hacer con mi padre y qué hacer con Liam.

## Capítulo Veinticuatro

### LIAM

Caminé al lado de Santiago, tirando de mis resistentes guantes para el fuego y pegándolos contra mis piernas, soltando la suciedad. Me detuve un momento y me volví para mirar las llamas que caían al suelo detrás de nosotros. Hoy fue uno de los varios ejercicios anuales que realizamos con los paramédicos, la policía y los bomberos. Nos instalamos en la estación de transferencia de la ciudad y básicamente encendimos un montón de basura. Mi equipo y el de Santiago habían terminado con la rotación. La última tripulación estaba interviniendo para manejar el resto de la tarde hasta que el fuego se apagara. Al unísono, nos dimos la vuelta, caminando hacia nuestros vehículos.

Santiago me miró. —¿Quieres ir a tomar una cerveza mas tarde hoy? —preguntó.

Mi respuesta habitual sería un sí, ni siquiera lo hubiera tenido que pensar, pero hoy tenía que pensar en el padre de Abigail, que lo había dejado con el jefe de policía, que resulta ser el padre de Santiago, hacía horas. Sabía que estaba a punto de entrar en la sierra circular de los chismes en Willow Brook, no es que a Santiago le gustaran mucho los chismes, de hecho, los odiaba, había sido aplastado por ellos hace años cuando Amelia y él rompieron por primera vez.

Le eché un vistazo y agité la cabeza. —No. En realidad tengo algo de lo que ocuparme —le expliqué, reflexionando sobre lo vago y esperando que eso fuera suficiente.

Santiago arqueó una ceja. —¿Oh?

Me había endurecido. Si hubiera un amigo en quien confiar, sería Santiago, así que mejor lo suelto y ya.

—Sí, el padre de Abigail apareció de la nada hoy. Por lo que puedo decir, está aquí para sacarle dinero a ella. De hecho, le eché el lazo a tu padre para que me ayudara. Su padre no tiene coche, y no quería que la acosara todo el día, así que lo dejé en la estación. Pensé que tu padre estaría en el ejercicio de entrenamiento esta mañana y eso los mantendría atados”. Me reí y continué. —Tu padre fue muy amable al respecto. Tengo que volver a ver a

Anette, asegurarme de que tiene una habitación para él y con suerte, podré convencer a Abigail de que me deje comprarle un billete de avión para mañana.

Llegamos a nuestros camiones cuando terminé de hablar, estaban estacionados uno al lado del otro. Santiago apoyó sus caderas contra el parachoques y me miró fijamente, con su cara de sorpresa.

—¿Qué mierda está pasando? —preguntó. —Pensé que te gustaba Abigail, bueno, de hace un tiempo. Pero no estoy seguro de cómo llegamos a eso de que la ayudaras a lidiar con su padre. Sin mencionar que no sé mucho de su padre, pero mi madre dice que es un idiota.

Me re. —Estoy seguro de que lo es. Había oído lo mismo de mi madre hace años”. Me detuve y consideré qué decir a continuación. Santiago no era un idiota, y adivinaría si no lo ponía al corriente. —Lo que pasa con Abigail es que nos estamos viendo. Supongo que así lo definiría.

Los ojos de Santiago se abrieron un poco y luego una lenta sonrisa se extendió por su cara. —Maldita sea. Ganaré esta apuesta con Amelia.

—¿Qué apuesta? —Le pregunté.

—Le dije hace un rato que creía que te gustaba Abigail. Ella no me creyó

Mierda. No quería preocuparme que alguien se entrometiera sobre Abigail y yo. No me preocupaba Santiago en particular, pero las noticias viajaban como un incendio de matorral a través de Willow Brook, en realidad me importaba mucho cómo se sentía Abigail al respecto. Miré a Santiago, inclinando la cadera contra el parachoques y descansando mi codo en el capó.

—Hazme un favor. No importa si se lo dices a Amelia, pero pídele que lo mantenga en secreto. Abigail se va a estresar, cree que, si alguien sabe lo que está pasando, afectará cómo la ven los demás.

Santiago me miró, su sonrisa se desvaneció rápidamente y asintió con la cabeza. —Entendido, hombre

Estuvo callado durante unos cuantos minutos, había llegado a un punto en mi mente acerca de Abigail, pero no era algo de lo que ya había resuelto cómo hablar.

Santiago me miró como analizándome antes de hablar. —Bueno, ya era hora, según lo que creo yo. —¿Qué quieres decir? —contesté

—Sólo eso. Has estado jugando en el campo durante años. No eres un tonto, eres el mayor coqueto que he conocido. Pensé que era cuestión de tiempo que encontraras a la mujer adecuada.

Mi corazón se retorció en mi pecho, eso ocurría siempre que me detenía a pensar en lo que estaba empezando a sentir por Abigail. Mis sentimientos confusos deben haber aparecido en mi cara.

Él continuó. —Pensé que eventualmente te establecerías. Eso es todo lo que quise decir

Todo tipo de preguntas pasaron por mi mente, ninguna de las cuales estaba listo para hacer todavía. Así que asentí. —De acuerdo. Bueno, voy a ir a la estación con tu padre y luego donde Anette, a ver qué hacer con el padre de Abigail. Será una tarde interesante —dije.

Santiago se alejó de su camión con una carcajada. —Así lo creo. Nos vemos luego, entonces. Avísame si necesitas algo.

—Seguro, amigo, gracias

Respectivamente tomamos nuestros caminos, y yo me dirigí directamente a la estación. Bastaron un par de minutos y ya estaba en la Oficina de la comisaria. La estación de policía estaba junto a la estación de bomberos, pero la entrada estaba al otro lado del edificio. Vi al padre de Abigail sentado en una silla en la sala de espera. Estaba hojeando una revista. Me miró cuando entré por la puerta, y me miró.

—Hola. ¿Estás aquí para recogerme? —preguntó.

—Claro que sí. Dame un segundo. Necesito hablar con el jefe.

Hugo simplemente miró hacia abajo a su revista y siguió volteando las páginas. Golpeé bruscamente en la puerta de la oficina del jefe. Cuando me llamó para que entrara, entré y cerré la puerta detrás de mí. Santiago era la viva imagen de su padre, Lucas Morris tenía el mismo pelo castaño rizado, aunque ahora estaba lleno de canas, su cara estaba desgastada, y siempre tenía una sonrisa preparada, al menos para mí, así era.

—¿Estas aquí para cumplir con tu papel de niñera? —preguntó con una sonrisa.

Me reí. —Es exactamente por eso que estoy aquí. ¿Algo que deba saber? —Le pregunté.

Lucas agitó la cabeza. —No. Un día bastante tranquilo. Pensé en llevarlo al ejercicio de entrenamiento temprano, pero mi turno no termina hasta dentro de una hora. Me imaginé que querrías evitar las preguntas que su presencia podría traer

Le había contado lo que pude a Lucas esta mañana. Estaba totalmente de acuerdo en que Hugo se largara de Willow Brook tan pronto como fuera posible. Como él dijo, lo único bueno que sabía de Hugo era que era un

jugador de póquer.

Como si Lucas me leyera la mente, dijo. —He estado pensando en tu preocupación de que está tratando de sacar dinero de Abigail. Llévalo a una partida de póquer en Wildlands esta noche. Si es tan bueno como lo era hace 20 años, probablemente se limpie. El golpe será más fácil cuando Abigail le diga que no va a pagarle por venir a verla

Incliné mi cabeza hacia un lado y asentí. —Excelente plan. Debería haberlo pensado yo mismo.

Lucas se rio. —Bueno, soy un solucionador de problemas, esa es la descripción principal de mi trabajo.

Pero también estuve ahí cuando recorrió la ciudad y se llevó a la madre de Abigail con él. Estuvo aquí solo unas semanas. Sabes que me gustan las cartas, así que me lo encontré en los bares en ese entonces, sabe cómo jugar al póquer, parece enorgullecerse de ello —dijo.

—No es mi idea de una noche divertida, al menos no con él, pero lo haré. Deberías haber visto la cara de Abigail cuando abrió la puerta y él estaba ahí parado. ¿Qué más sabes de él? —Le pregunté.

No he tenido la oportunidad de hablar largo y tendido con Anette hoy. Ella sabría toda la primicia, mucho más que mis recuerdos aleatorios de trozos y piezas de las que escuché hablar a mi mamá cuando era más joven. Todos habían estado cerca de Sara, así que todos la protegieron después de que su hija se mudara y nunca regresara. Le había roto el corazón a Sara, y no pude evitar preguntarme si la mamá de Abigail habría regresado si no hubiera muerto. Pero se fue con él y enfermó, y eso hizo que el regreso fuera imposible, completamente y para siempre.

Lucas se inclinó hacia atrás en su silla y pasó una mano por el pelo. —Massiel podría saber mas —comentó, refiriéndose a su esposa. —hablaré con ella hoy y le haré jurar de arriba a abajo que no comience a difundir ningún rumor sobre ti y Abigail.

No le había ofrecido ninguna explicación a Lucas, pero no había muchas razones por las que hubiera estado en la casa de Abigail al amanecer de esta mañana. Ojalá hubiera tenido la oportunidad de hablar con Abigail antes de que apareciera su padre, quería decirle que se olvidara de tratar de mantener todo en secreto, pero sabía muy bien que ella tendría algunos sentimientos al respecto.

En un momento pareció importante mantener la distancia y la compostura, pero ya no me importaban, en realidad, todo lo que quería era

estar con ella y aunque todavía no lo había enfrentado por completo, sabía con certeza que algo había cambiado para mí con Abigail. La palabra amor bailaba a lo largo de los bordes de mis pensamientos. Empujé un poco hacia atrás. Aunque podría estar listo para decir que no podía imaginarme estar con alguien más ahora que había estado con Abigail, no estaba listo para decir que estaba enamorado de ella. Pero muy cerca.

Miré al suelo, mirando la punta de mis botas de cuero maltratadas por un rato antes de volver a mirar a Lucas.

—Gracias por eso. Como puedes ver, las cosas se han movido un poco con ella.

En un instante, recordé que Abigail tenía la preocupación de que yo era parcialmente su jefe. Pensé que sería mejor que hablara con Lucas sobre eso lo antes posible. No era mi jefe, pero era el jefe de Abigail. Me tomé un respiro y me endurecí. Me había convencido tan profundamente de que no era un problema para Abigail y para mí estar juntos que en ese momento me estaba dando cuenta de que podría estar evitado un problema potencial.

—Dime algo —dije.

Lucas estaba callado y arqueó la frente. —¿Decirte qué? —preguntó.

—¿Soy el jefe de Abigail de alguna manera?

Eso hizo reír a carcajadas a Lucas, que rápidamente se transformó en una larga risa.

Apoyó su codo sobre su escritorio y apoyó su mentón en su mano, agitando lentamente su cabeza. —Me preguntaba cuándo ibas a preguntar eso —dijo.

Una pizca de preocupación pasó a través de mí, no porque pensara que no podíamos resolver esto, sino porque sabía que Abigail se volvería loca.

—¿Y qué? —Le pregunté.

Los ojos de Lucas parpadeaban, y sentí que estaba disfrutando de mi incomodidad. —Soy el único jefe de Abigail por aquí. No hay necesidad de preocuparse. Ya que algunos de ustedes son superintendentes de tripulación, supongo que, si yo no estuviera, técnicamente podría pedirles que me cubran y entonces momentáneamente, quien me releve sería su jefe. A menos que lo haga, no eres su jefe. Sin embargo, hay algunas reglas sobre las relaciones dentro de las oficinas —agregó, enfatizando.

—Ohhh-kaay, ¿y cuales serian esas reglas? —Le pregunté.

Lucas se rio de nuevo. —Podría aprovecharme de esto, ¿no?

Suspiré y le di una mirada suplicante. —Podrías, pero por favor no lo

hagas. Sólo dime la verdad.

—Me parece justo. Las reglas son que tienes que decírmelo porque soy la única persona de la cadena de mando por aquí. Ni siquiera soy técnicamente tu jefe, pero tú me respondes en lo que respecta a la estación. Considérame informado. El siguiente paso es que Abigail me haga saber que le parece bien. O sea que es consentido.

Lo miré fijamente, dándome cuenta abruptamente de que mi boca se había abierto. La cerré con un chasquido. —¿Hablas en serio? ¿Tienes que tener una conversación con ella sobre esto?

Su sonrisa se volvió a ensanchar antes de asentir con firmeza. —Claro que sí, maldita sea. ¿Cómo crees que te ira con eso? —preguntó.

Puse los ojos en blanco. —¿Cómo crees que irá? —Le pregunté, mi voz se rompía un poco con mis palabras.

Joder, joder, joder, joder. Esto va a ir de maravilla.

Lucas me echó una mirada irónica. —Tenemos algo de tiempo. ¿Qué tal si hablas con ella de ello? Supongo que ya lo has hecho.

Agité la cabeza.

Pareció compadecerse de mí finalmente, basado en la mirada en mi cara. —Primero trata el tema de su padre y luego háblale de esto. Para que lo sepas, no es que no pudiera adivinar lo que estaba pasando.

Lo miré fijamente, con la boca abierta de nuevo. —¿Qué? —Eso sólo lo hizo reír de nuevo.

Lucas agitó la cabeza lentamente. —Liam, he dado muchas, muchas vueltas a la manzana. Soy bastante observador. Miras a esa chica como si fuera el centro del universo, y hace todo lo posible por no mirarte.

Me quejé silenciosamente, añadiendo mentalmente esta conversación a la lista de momentos incómodos en mi vida.

—Bueno, gracias. Espero me cuentes lo que averigües con Massiel. Voy a tratar con el padre de Abigail. Supongo que querrás unirme a nosotros para una partida de póquer en el bar esta noche.

Lucas sonrió ampliamente ante eso. —Me encantaría. Envíame un mensaje de texto cuando estés de camino.

En ese momento, me giré sobre mi talón y me fui, lanzando otro agradecimiento sobre mi hombro mientras salía por la puerta. Recogí a Hugo y me dirigí a la estación de bomberos.

# Capítulo Veinticinco

## ABIGAIL

Más tarde esa noche, vi cómo Liam se alejaba con mi padre detrás de él. No podía creerlo, pero aparentemente irían a jugar al póquer. Según Liam, esto era idea de Lucas Morris. En realidad, era una idea brillante, por primera vez esperaba que mi padre ganara, quería que tuviera suficiente dinero para tener un pequeño cojín cuando volviera a casa.

Recordé la explicación de Liam: *“de esta manera, ganará un poco de dinero y aliviará la presión sobre ti. Eso es todo lo que busco.*

Todavía no sabía cómo aceptar el apoyo de Liam de esta manera, pero él estaba haciendo todo casi imposible de rechazar, sin mencionar que Anette me había acorralado en un rincón.

Me recosté en mi silla en el Firehouse Café y miré a Anette y Amelia, Anette había considerado oportuno traer refuerzos esta noche, la cena con mi papá había consistido en mi papá, Anette, Amelia y yo. Liam había aparecido casi al final para ir a buscar a mi padre para la partida de póquer planeada. Amelia miró de mí hacia la puerta justo cuando Liam miró por encima de su hombro una vez más y sus ojos captaron los míos. Sólo su mirada me atravesó hasta los huesos, se sintió como si una llama hubiera lamido el aire entre nosotros, se quedó de pie sosteniendo la puerta durante unos cuantos, latidos más de lo esperado, apartando los ojos en el último segundo y saliendo rápidamente, y la campana sonó detrás de él mientras desaparecía.

Me incliné de nuevo en mi silla, presionando mis muslos juntos para aliviar el dolor repentino allí. Eso fue jodidamente ridículo. Esa pequeña interacción y quedé desconcertada y la última cosa en mi mente debía ser el sexo y en vez de eso, sólo podía pensar en estar en la cama con Liam. No sirvió de nada que yo estuviera en un café lleno de gente, intenté despejar mi mente, así que fingí despreocupación tomando mi café de la mesa y bebí un trago grande, el sabor amargo me molió un poco y distrajo mi atención de la necesidad que ardía a través de mí, después de dejar mi café, miré entre Anette y Amelia.

—Vaya —dijo Amelia. Anette se rio.

—¿qué? —Le pregunté.

Amelia retorció la boca y puso los ojos en blanco. —Oh. Sólo que pensé que ustedes dos iban a prender fuego a esta habitación. Perdí una apuesta con Santiago sobre ti y Liam por cierto —dijo con un movimiento lento de la cabeza.

—¿Qué quieres decir con que perdiste una apuesta?

Amelia se rio un poco. —Hace un tiempo, Santiago dijo que pensaba que Liam sentía algo por ti. Le dije que estaba loco. Sin mencionar, que realmente no pensé que te gustaría

De repente me sentí un poco a la defensiva, pero no dije nada. Debe haberse dado cuenta de algo en mis ojos porque su mirada estaba sobria.

—No me malinterpretes, eres increíble, y Liam también, no olvides que crecimos juntos y siempre pensé que era cuestión de tiempo que se calmara un poco. No quiero que tomes esto de la manera equivocada, pero solías ser un poco, bueno, irritable. No parecía que te interesara nadie, y menos Liam, pero a hora que te conozco un poco, sé que no eres tan...

—¿“Perra”? Me ofrecí como ayuda. Anette se echó a reír. —Perra encaja.

Amelia se rio con nosotros y luego volvió a estar sobria. —Supongo que diría que eres un poco precavida, o algo así

—Bueno, ahora que conociste a mi padre y un poco sobre cómo era, supongo que puedes ver por qué. No estoy acostumbrada a que nadie me cubra la espalda —expliqué.

Anette se acercó y me apretó el hombro. —Muchos de nosotros te apoyamos ahora —Mi garganta se apretó, pero tragué y respiré. —Es un poco raro en realidad —No dije en voz alta lo perturbador que era. Todo el día había estado boxeando en mi mente. Un minuto, quería dejar que Liam se ocupara de mí, al minuto siguiente, estaba molesta y frustrada con el sentimiento, no podía confiar en mí misma lo suficiente como para relajarme y dejarlo ir.

Tomé otro sorbo de café. La mirada de Amelia estaba considerando todo lo que dije. —De vuelta a mi punto. ¡Vaya, ustedes dos se quieren mucho el uno al otro!, no es que tengas que decirlo, simplemente se nota

Anette se volvió a reír y yo no pude evitar reírme. No sabía si Amelia tenía razón, pero no quería hablar mucho de ello porque realmente no sabía qué hacer con el montón de sentimientos que tenía dentro sobre Liam.

—Me preocupa que, si los chicos de la estación se enteren, el ambiente se vuelva raro —Mis palabras se me escaparon antes de pensar en ellas.

Amelia ladeó la cabeza. —Ya veo por qué te preocupas, pero creo que estará bien. Willow Brook es pequeño para los locales sin importar lo que pase, así que los chismes son parte de la vida. He pasado por el huracán y se sobrevive. Yo tampoco soy fan de eso, así que puedes confiar en que me quedaré callada. Pero si me di cuenta de la forma en que se miraban, puedes estar segura de que otras personas también lo han hecho.

Tomé otro trago de café. —Correcto. Bueno, necesito arreglar este asunto con mi padre ahora mismo. Una cosa a la vez. No es como si algo fuera oficial con Liam de todos modos

Anette me miró con sus ojos entrecerrados. —¿Porqué me miras así? — Le pregunté.

—Es bastante oficial. Cuando Liam es el taxi de tu papá, está planeando comprarle un boleto de avión, y él es el que corrió por la ciudad esta mañana para que yo buscara una habitación para él y el jefe de policía para que fuera su niñera todo el día, no es sólo una aventura —dijo ella directamente.

Me quedé mirando a Anette, con el rubor subiendo por mis mejillas. Cuando lo dijo así, supongo que parecía que Liam y yo éramos algo más, no sabía qué pensar, pero Anette era una persona sincera y sus palabras algo tenían de verdad. Sin embargo, necesitaba que me digieran las cosas específicamente, tal vez era la incertidumbre crónica con la que viví cuando era niña, me gustaban las listas y los formularios, cosas que eran muy claras, que significaban que iban a pasar ciertas cosas como respuesta. Supuse que necesitaba hablar con Liam, pero ni siquiera sabía por dónde empezar, mis relaciones pasadas habían sido de corta duración, nunca me proyecté con los chicos en el instituto ni en la universidad, simplemente fueron relaciones que sucedieron y luego yo seguí adelante. La ansiedad se enrolló en mi vientre, estaba segura de que el momento de enfrentar la realidad de lo que sentía se estaba aproximando rápidamente.

# Capítulo Veintiséis

## LIAM

Me incliné hacia atrás en mi silla mientras Hugo jugaba su última mano. Lucas había acertado, el padre de Abigail era un gran jugador de póquer, uno realmente bueno. Normalmente no me gustaba perder, aunque sólo jugara a las cartas por diversión y era agradable llevar a casa un poco de dinero extra. Estaba conforme con la noche, si bien estaba preocupado, me sentí aliviado porque Hugo se había ganado algo de dinero, no tenía ni idea de cuánto dinero tenía la intención de pedirle a Abigail, sin embargo, esperaba que los pocos cientos que había ganado esta noche fueran suficientes para mantenerlo lejos una vez que aterrizara de vuelta en California. La única pieza del rompecabezas que aún no había resuelto era subirlo a un avión mañana. Cuando intenté volver a hablar con Abigail sobre el tema hoy, estaba cansada, así que me contuve.

Observé mientras Hugo bromeaba con algunos de los otros chicos en la mesa. Aparte de la presencia de Hugo, esta noche fue una noche bastante típica para mí en el bar. Había una diferencia evidente: apenas había estado aquí desde que empecé a ver a Abigail. Me tomé una larga pausa en mi cerveza, escuché mi nombre y miré por encima de mi hombro, vi a Maite acercándose a la mesa. Maite no era de Willow Brook, pero solía estar en la zona. Pasaba los veranos entre aquí y Anchorage, sus padres eran dueños de una cabaña de caza en Willow Brook, ella y yo nos habíamos visto casualmente a lo largo de los años. La saludé con la mano y volví a mirar hacia la mesa, no era que yo estuviera intentando cortarla a propósito, pero no lo pensé mucho, no era como si alguna vez hubiéramos estado en serio. De hecho, sólo había perdido el tiempo con ella cuando no estaba teniendo otra aventura a corto plazo. Porque las aventuras a corto plazo fueron todo lo que hice. Excepto Abigail.

Escuché mi nombre de nuevo y levanté la vista para darme cuenta de que Maite se había abierto paso entre la multitud y se detuvo junto a la mesa, apoyando su mano en mi hombro, me corrí un poco, tratando de desplazar su mano sin ser obvio, esta era una situación extraña para mí, normalmente, no pensaría nada malo si ella quisiera coquetear un poco, incluso si yo estuviera

atado con otra persona, pero ahora estaba Abigail. No me preocupaba tanto lo que pensaban los demás porque no estaba pasando nada malo, sin embargo, no se sentía bien.

—Hola Liam, ¿Qué cuentas? —preguntó.

Me incliné a propósito hacia adelante para alcanzar sin sentido una servilleta desde el centro de la mesa, forzando efectivamente su mano de mi hombro.

—No mucho. Sólo un juego de cartas con unos amigos —respondí. Miró alrededor de la mesa, mostrando una sonrisa al grupo colectivo. —¿Quién ganó esta noche? —preguntó.

Lucas se rio y empujó su pulgar hacia Hugo. —Hugo es el ganador esta noche. Estamos terminando.

¿Estás por aquí pasando el rato? —preguntó tratando de generar una conversación.

Aunque los padres de Maite no vivían en Willow Brook, y ella tampoco, su familia era conocida en la ciudad. Familias como la suya eran cariñosamente conocidas como 'pájaros de nieve', tendían a venir durante el verano y luego se iban cada invierno. Sus padres se quedaban en Willow Brook de vez en cuando, mientras que ella se quedaba en Anchorage la mayor parte del verano con un fin de semana aquí o allá en la ciudad.

—Sólo por el fin de semana largo —respondió ella. —¿Cómo has estado? —preguntó y Lucas se lanzó a una serpenteante actualización de su verano.

Una ligera sensación de alivio me invadió. No sabía si Lucas lo estaba haciendo a propósito, pero efectivamente alejó su atención de mí, en ese entonces, oí a alguien decir el nombre de Santiago y eché un vistazo para ver a Amelia acercándose con Abigail a su lado, un pequeño zumbido de electricidad me atravesó, ver a Abigail me trajo una sonrisa instantánea, y mi cuerpo se apretó.

Se acercaron a la mesa, Amelia inmediatamente se puso al lado de Santiago y bajó la cabeza para besarlo. Fue un poco incómodo tener a Maite a mi lado. Estaba escondido en la esquina de tal manera que nadie más podía estar a mi lado. Experimenté una extraña mezcla de sentimientos. Quería pararme y empujar a Maite para poder llevar a Abigail a mi regazo y besarla sin sentido. En ese momento, me sentí frustrado por Abigail que hasta ahora había estado manteniendo todo en secreto y tenía el presentimiento de que ella no apreciaría que la saludara públicamente de la manera en que yo estaba

deseando. Realmente no importaba porque era imposible hacerlo sin hacer una escena con Maite a mi lado.

Lucas hizo un gesto hacia mi mientras continuaba su conversación con Maite y luego empujó su silla hacia atrás y se puso de pie. —Bueno chicos, me voy. Massiel llegara a casa y no quiero hacerla esperarme, ya que ni siquiera tengo ganancias que mostrar esta noche —dijo con una risita baja.

Lucas de pie hizo que el resto del grupo empezara a cambiar. Desafortunadamente para mí, Maite no parecía entender la señal. A pesar de que le prestaba poca atención, ella seguía rezagada.

—¿Cuál es tu agenda para mañana? —Santiago preguntó en una conversación, su pregunta era totalmente inútil ya que él y yo habíamos confirmado nuestros horarios antes, sentí que estaba tratando de asegurarse de que no me quedara atrapado accidentalmente a solas con Maite y Abigail. Yo tenía suficiente sentido común para saber que Amelia probablemente también sabía lo que estaba pasando en ese momento. Ella arrastró a Maite a una conversación sobre la contratación en la casa de sus padres, lo que finalmente hizo que Maite dejara de estar a mi lado.

Abigail estaba callada, lo que no era particularmente sorprendente, generalmente hubiera comenzado alguna conversación. Una vez que Maite se distrajo, me permití un momento para mirarla. Maldita sea. Ella era hermosa. Sus rizos marrones estaban sueltos, y caían salvajes a los costados de su rostro, marcando sus rasgos. Mi corazón se apretó al ver la mirada cuidadosamente vigilada en sus amplios ojos marrones. Llevaba una camiseta con cuello en V que me hizo agua la boca al pensar en arrastrar mi lengua entre sus pechos. Forcé mi mirada hacia arriba, sólo para aterrizar en sus labios gruesos. Mi control quedaba destruido cuando se trataba de ella.

Todo lo que quería era arrastrarla hacia mí y besarla sin razón, solo por el placer de saber que podía hacerlo, porque era mía. Por un momento, consideré hacer eso de todos modos, tuve que forzarme a mirar hacia otro lado. Su padre dijo algo y luego decidió ser gracioso.

—Tu chico aquí sabe cómo usar las cartas. Si no hubiera estado tan distraído por todas las chicas, no habría podido vencerlo tan fácilmente —dijo riendo.

Abigail le miró y luego me miró a mí. Después de un momento, se rio un poco, el sonido era forzado y luego apartó la vista de mí hacia su padre.

—¿Cómo te fue? —le preguntó ella.

—Decente. Necesitaré un poco más, pero otra noche y un poco de ayuda

de tu parte, y estaré listo para irme —contestó.

La expectativa casual en su tono me enfureció, pero ahora no era el momento. Abigail cruzó los brazos sobre su pecho, su expresión estaba apretada, se sentía como si estuviera a un millón de millas de distancia, no sabía qué demonios se le había pasado por la cabeza, pero se había echado para atrás hasta ahora, parecía como si hubiera puesto un muro entre nosotros, sentí un poco de pánico por dentro, pero mis manos estaban atadas con nosotros rodeados de gente.

# Capítulo Veintisiete

## ABIGAIL

Mantuve mis ojos alejados de Liam. El comentario de mi padre había hecho que mis tripas se apretaran y me recordaba todo lo que había estado ignorando convenientemente sobre Liam. Por supuesto, estaría coqueteando y distraído.

Jugué con mi pulsera y luego con el dobladillo de mi camiseta, cambiando mi peso de pie a pie. Me sentía incómoda en esta situación, ya era bastante malo tratar con mi padre aquí. Yo quería a mi padre, realmente lo hacia, pero me cansaban sus payasadas que eran tan repetitivas y siempre lo habían sido, así que eso era con él. Y luego estaba Liam. Esto, sea lo que sea, me estaba volviendo loca. Cuando sólo éramos nosotros, podía olvidar lo que significaba que estuviéramos. —Juntos —Sin embargo, se había convertido en algo mucho más, y yo no sabía qué hacer al respecto. Fue incómodo estar aquí con él, este era su territorio, no el mío, los comentarios de mi padre habían hecho que la realidad se derrumbara sobre mí. Puede que no haya estado pensando en ello conscientemente, pero ahora mismo me estaba dando cuenta de que me he estado dejando llevar por las ilusiones y eso tenía que parar. Ahora.

Cuando entré con Amelia, era obvio que Maite estaba coqueteando con él, inmediatamente supuse que era una de las muchas mujeres con las que él había tenido este jueguito. Puede que me lo estuviera negando en mi mente, pero no había olvidado que tenía una reputación bien conocida como seductor y chico playboy.

Me quedé allí de pie torpemente, mientras ella hablaba con casi todo el mundo en la mesa, su lenguaje corporal dirigido siempre a Liam. Giré un mechón de pelo alrededor de mi dedo. Estaba saltando de un hábito nervioso a otro. Mi estómago se enroscó con más fuerza por la ansiedad, y me sentí un poco enferma. Esta era la cosa, aunque podía intentar convencerme de que Liam y yo teníamos algo, no era estúpida, sabía que no era como la mayoría de las mujeres con las que se involucró. Tal vez teníamos química, tal vez teníamos más que eso. No importaba cuando yo no sabía lo que él buscaba. Más importante aún, no sabía si él me quería. Estábamos en una encrucijada,

y no sabía cómo manejarlo. La respuesta era fácil, la respuesta que quería que fuera correcta, era simplemente dejar que las cosas se quedaran como estaban. Era demasiado delicioso para estar con él, tan tentador que apenas podía mantenerme alejada. Pero, si dejaba que las cosas siguieran así, me estaba moviendo a una zona de peligro. Sabiendo que mi corazón ya estaba en un lugar más frágil de lo que jamás había querido o anticipado, difícilmente podía soportar pensar en cómo podría hacerme añicos si me dejaba lastimar. Si tomara el control, tal vez podría suavizar el golpe. Era todo lo que sabía hacer.

Mientras todo el mundo se alejaba gradualmente de la mesa y Santiago y Amelia se quedaban y charlaban con Maite que finalmente se alejó del lado de Liam. Me sentí aliviada por ello.

*Pero eso no hace una maldita diferencia. ¿Vas a aferrarte a él de repente?* Mi lado inseguro solo tenía que escarbar un poco para hacer daño.

Mi padre estaba bromeando sobre cuánto tiempo planeaba quedarse en Willow Brook. Eso también me hizo sentir incómoda. No me gustaba pensar en el hecho de que una gran parte de mí prefería mantenerlo a distancia, no podía imaginar a mi padre cambiando, mucho menos en este momento de su vida. Su vida fue un acontecimiento desordenado tras otro, no era un hombre horrible, no fue como si me golpeara o fuera abusivo. Pero fueron años y años de negligencia benigna y una vida de caos especialmente monetario. Sabía que significaba que si realmente vivía cerca de mí experimentaría más de eso. A diferencia de California, las ondas de su vida se extenderían mucho más aquí, Willow Brook era tan pequeña. En California, había podido mudarme a cinco pueblos de distancia. A pesar de que estaba a sólo treinta millas lejos de él, tenía muchas cosas que hacer para mantenerse ocupado. Aquí, tener a mi padre cerca haría mucho más difícil mantener los límites claros que necesitaba con él para mantenerme cuerda.

Desafortunadamente, mientras nos quedábamos, otras mujeres vinieron y coquetearon con Liam, recalcando que éste era el tipo que era, un coqueto fácil de llevar. Su apodo de Bombero divertido era bien merecido, y yo lo sabía. No me había permitido pensarlo conscientemente, pero mientras estaba allí, me di cuenta de que tenía esta pequeña y tranquila esperanza de que tal vez por la forma en que me sentía cuando estaba con él algo más podría surgir de ello. Necesitaba tener una pista. Esta noche podría ser el momento ideal.

Casi me río viendo a Amelia tratando de interferir. Se las arregló para

ahuyentar a una mujer tras otra. Finalmente le dio un codazo a Santiago en el costado. —Larguémonos de aquí —dijo ella, y sus ojos saltaron de mí a Liam. —Podemos ir a nuestra casa si quieres

Liam habló rápido. —Necesito dejar a Hugo.

—Oye, si vamos a seguir jugando a las cartas, estoy jugando —dijo mi papá. Eso es lo último con lo que quiero lidiar. Una noche más larga de esto.

Mi corazón se retorció cuando Liam deslizó su brazo alrededor de mis hombros. —No, creo que terminaremos por hoy. Te dejaré en casa —dijo asintiendo con la cabeza a mi padre.

Me miró hacia abajo. Mi pulso se había acelerado en el momento en que me tocó. A su alrededor, mi cuerpo siempre estaba en reposo, esperando que algo golpeará el pedal del acelerador. Sin embargo, me endurecí contra él. Odiaba lo fuera de control que me sentía a su alrededor.

—Amelia me lleva a casa —anuncié abruptamente, balanceándome para mirar hacia ella.

Parecía un poco sorprendida, pero lo cubrió bien con un rápido asentimiento. —¡Sí! Tú eres el taxi de Hugo y yo el de Abigail.

Me escabullí de debajo del brazo de Liam, haciendo una pequeña ola antes de casi salir corriendo de la barra.

Amelia tuvo la amabilidad de permanecer callada durante los primeros minutos de nuestro viaje. Se detuvo en uno de los pocos semáforos de Willow Brook, mientras veía pasar a una fila de campistas delante de nosotros, lo que significaba que nos estaríamos tomando nuestro tiempo en el camino de cinco millas hasta mi casa. Los campistas llenaron las típicas carreteras despejadas de Alaska durante todo el verano.

Amelia se volvió para mirarme, su mirada perceptiva me hizo cambiar la vista a otro lado.

—Para que conste, no me importa sacar a ninguno de mis amigos de un lío, pero ¿qué demonios está pasando? —preguntó.

Antes de que yo tuviera la oportunidad de responder, ella continuó. —Quiero decir, Liam está de alguna manera a cargo de tratar con tu padre, lo que no parece importarte, por cierto, pero podrías evitar alejarte de él lo suficientemente rápido como para que no se note. Con la forma en que lo mirabas antes, me imaginé que habías dejado de pelearte contigo misma sobre él. ¿Qué pasa?

Miré hacia adelante, deseando que no estuviéramos detenidas detrás de una caravana. Si no lo estuviéramos, Amelia tendría que prestar atención a la

carretera, en lugar de eso, avanzamos hacia adelante cuando la luz cambió y luego nos detuvimos de nuevo.

Me dolía el estómago y el corazón me dolía un poco también.

—¿Y bien?

Bien, entonces mi amistad con Amelia puede estar en una mejor posición, pero ella estaba probando que mi juicio sobre ella era correcto. Solía intimidarme con el hecho de que era la mujer más duras que había visto en mi vida. Me enteré de que era amistosa, de buen corazón y de la clase de amiga que te cubría las espaldas. Pero tampoco se daba por vencida, mucho menos ahora que había lanzado su pregunta.

—Bien. Claro, tenemos una cosa. Me gusta él. Mucho. Pero es una locura. No me parezco en nada a las mujeres con las que suele estar involucrado. No creo que pueda soportarlo si dejo que las cosas vayan mucho más lejos y luego todo me explota en la cara. Si hay algo en lo que soy buena es en estar sola —expliqué, estremeciéndome un poco ante el tono estoico de mi voz.

La luz volvió a cambiar y Amelia miró hacia adelante. Esta vez dos camionetas con campistas pasaron por la intersección antes de que tuviéramos que parar de nuevo. Amelia miró hacia mí, su mano descansó sobre el volante.

—Entonces tienes miedo —dijo ella.

No era una pregunta, más bien una declaración.

Sentí que me estaba molestando. Para ser honesta, me sentí muy malhumorada. Este era mi lugar de entrada, el lugar donde sentía que tenía el control.

—No tengo miedo —protesté, apartándome de ella para mirar por la ventana.

Denali se elevó en la distancia, un faro en el horizonte. El sol había dejado rayas de rojo intenso y naranja en su estela. El corazón me latía fuerte y rápido en el pecho, y me dolía el estómago. La intensidad de mis sentimientos por Liam era demasiada, como si una ola se estrellara sobre mí y me arrastrara al mar. Aunque no era exactamente lo mismo, la pérdida de control fue similar a lo que había sentido durante toda mi infancia. Había logrado una sensación de estabilidad y paz en las arenas movedizas de mi vida al hacer un lugar para mí aquí, sola, en Willow Brook, y lejos del caos que mi padre dejó a su paso.

No quería invitar a ningún tipo de caos a volver a mi vida.

Es diferente con Liam. Estar con él se siente bien. Bueno, quizás es el sexo lo que se siente bien. El resto es algo que aun no logro entender. El aliento de Amelia salió en un suspiro lento. La luz volvió a cambiar, y esta vez pasamos. Siguió por la carretera en silencio por un instante.

—Suenas como que tal vez deberías hablar con Liam —dijo mientras pasábamos por un campo con las siluetas de dos alces en la distancia.

—¿Hablar? —fue mi brillante respuesta.

—Sí, habla. Mira, entiendo por qué podrías estar preocupada. Esto definitivamente no es lo que Liam hace normalmente. Normalmente no sale con nadie. Pocas veces toma a una chica y nunca duran más de una semana o dos. Lo conozco desde que éramos pequeños. Puedo decirte que nunca ha mirado a nadie como te mira a ti. No le des un portazo sin al menos intentar hablar de ello. Créeme, lo hice una vez y fue el mayor error de mi vida.

—¿Qué quieres decir?

Volteó sus ojos a mirarme y volvió a la carretera. —Bueno, si escuchaste los rumores que lleva el viento, sabrías que Santiago se mudó a la ciudad y únicamente fue por una fea ruptura causada por un chisme que salió mal. Podría haberme ahorrado siete años de extrañarlo y casi ser lo suficientemente estúpida como para casarme con otra persona si hubiera hablado con él —dijo sin rodeos.

—Sí, pero Liam y yo no tenemos nada como tú y Santiago —respondí rápidamente, demasiado rápido.

Ella rechazó con la cabeza mi dialogo y se detuvo en el círculo frente a la casa. Inclinandose hacia mí, arqueó la frente.

—Tienes una respuesta para todo. Bueno, depende de ti. Todo lo que digo es que creo que Liam lo vale. Te prometo que no diría nada si no viera cómo te miraba.

Mi garganta estaba apretada por la emoción. Me lo tragué y traté de respirar, pero no se movía. Finalmente asentí con la cabeza. —Está bien. Lo pensaré”. Me detuve, mirando por la ventana y observando la sombra de un pájaro que se desplazaba por el suelo justo detrás de sus faros. —Gracias por traerme a casa —le dije.

—Cuando quieras. Llámame si necesitas algo

Incluso ese comentario casual se sentía cargado. No podía saber lo difícil que era permitir que alguien estuviera ahí para mí. Me las arreglé para darle las gracias por el viaje y despedirme. Me bajé y entré al porche al lado de la cocina, girando para ver cómo sus luces traseras desaparecían por el

camino de entrada, las pequeñas luces rojas brillando en la tenue y casi escasa oscuridad.

Entré en mi tranquila casa. Por un momento, me sentí aliviada, era sólo yo. Pensé en tomar un baño para relajarme, pero el momento fue seguido por una penetrante sensación de soledad. ¿Cómo pudo Liam atravesar mis defensas tan rápido y sin piedad? Sólo había pasado unas pocas noches aquí, y yo lo extrañaba mucho.

Me di una sacudida y enderecé los hombros. Esto pasaría. Tendría que hacerlo. Subí piso arriba, molesta conmigo misma y con el estado precario de mi corazón.

## Capítulo Veintiocho

### LIAM

Subí corriendo los escalones del porche lateral de la casa de Abigail, golpeando rápidamente la puerta de la cocina. Dejé a Hugo y vine corriendo hasta aquí. Que me parta un rayo si deajo que las cosas queden así. Cuando ella no contestó, levanté la mano para golpear de nuevo justo cuando la puerta se abrió. Se quedó allí, con la cara tensa y los ojos enfadados.

—Abigail, ¿qué demonios está pasando?

—Nada —contestó simplemente.

Yo estaba tratando de poner un pie en lo que fuera que había cambiado entre nosotros. No ayudó que no tuviera ninguna experiencia con este tipo de situaciones. Nunca deajo que las cosas vayan lo suficientemente lejos con ninguna mujer como para tener que preocuparme por malentendidos emocionales, o lo que sea que haya sido esto.

—Todo estaba bien esta mañana. Sé que las cosas estaban locas hoy con tu padre alrededor, pero pareces enojada. Conmigo

Se encogió de hombros, su expresión no delataba nada.

—Todo sigue bien. Digamos que recobré el sentido común. Aprecio tu ayuda con mi padre hoy, pero tengo que cuidar de él yo misma.

—Si todo está bien, entonces supongo que puedo entrar —respondí, incapaz de mantener el tono de sarcasmo fuera de mi voz.

Sus ojos se entrecerraron. —No puedes entrar. Mira, esta noche me recordó algunas cosas. Necesito cuidarme y dejar de hacer el ridículo contigo. Sabes tan bien como yo que no soy como la mayoría de las mujeres con las que te involucras, yo diría que deberías volver a tus *distracciones*.

Su boca se retorció cuando dij. —distracciones”. Sabía que se refería al comentario arrogante de su padre sobre mi juego. Estaba furioso, aunque sólo fuera porque no me había distraído como dijo su padre. Podía jurar que su padre no quería a nadie demasiado cerca de Abigail que se interpusiera en el camino de sus malas acciones, haciéndole tropezar en su plan.

La miré fijamente. —¿Qué demonios, Abigail? No estás siendo justa

Ella levantó las manos. —Basta, Liam. Sólo detente. Esta... esta cosa entre nosotros no es seria y nunca lo será. Te estás engañando a ti mismo si

crees que lo será. Ahora mismo, soy el sabor del mes para ti. No puedo...

Se detuvo y por un segundo pensé que veía lágrimas en sus ojos. Empecé a alcanzarla, pero ella me arrancó las manos, sacudiendo rápidamente la cabeza.

—No puedo hacer esto, Liam. Simplemente no puedo

En ese momento, me cerró la puerta en la cara. Volví a llamar a la puerta. —Abigail, háblame. No hagas esto —llamé, hablándole a la maldita puerta.

La única respuesta que recibí fue la llamada de un cuervo en los árboles. Después de varios minutos inútiles de llamar a la puerta, me di la vuelta. Una parte de mí quería derribarla, pero necesitaba reagruparme.

No había muchas cosas de las que estuviera seguro, pero confiaba en que Abigail no respondería favorablemente si destrozaba su entrada.

Me fui con el corazón adolorido y mi mente dando vueltas sobre cómo hacer esto bien con ella.

\*\*\*

Cerré de golpe la puerta de mi camioneta detrás de mí y caminé a través de la llovizna fría hacia el Firehouse Café. Habían pasado dos días completos desde que Abigail me dijo que me fuera a la mierda. Podía empujar el asunto si quisiera, pero algo me dijo que necesitaba el espacio. Yo era un tipo de acción, pero por primera vez en mi vida, sentí como si no tuviera el control de una situación. Como bombero, estaba siempre cargado de contingencias. Cuando un plan no funcionaba debido a elementos fuera de mi control -el viento, la lluvia, un relámpago- simplemente pasaba al siguiente plan.

Yo creía que luchar contra los incendios en las profundidades del desierto era difícil, pero había tenido poca idea de lo que se sentía al tener mis emociones como rehenes. Una parte de mí estaba impulsándome a hacer lo que fuera por lograr mi objetivo. La otra parte sabía que las cosas no se solucionarían porque simplemente yo la obligara a hablarme. Por el momento, lo único que tenía en la mente era que quería ir a la casa de Abigail y pedirle que me dejara volver entrar.

*¿Y qué, hombre? ¿Dejarte volver entrar, para que ustedes dos puedan seguir quemando las sábanas? ¿Qué más?*

Casi gruñí ante esa voz escéptica en mi cabeza. No esperaba que nada de esto saliera como lo había hecho. Sin embargo, había llegado a un acuerdo con lo mucho que Abigail significaba para mí. Precisamente por eso me obligaba a no presionarla. Todavía no. Si esto se prolongaba mucho más, no

estaba seguro de lo que terminaría haciendo. Incluso contemplar el regreso a mis días de un poco de diversión aquí y allá, cuando podía encontrarla, me hizo sentir inquieto y molesto. Sabía muy bien que en lo único en lo que pensaba era en Abigail y lo que me estaba perdiendo. Así que aquí estaba, esperando. Sabía que no esperaría mucho tiempo, pero por ahora, pensé que era lo mejor. Especialmente con el padre de Abigail todavía por la ciudad.

Me reí para mí mismo cuando entré en el café, mis sentidos asediados por el aroma de un rico café, una variedad de comidas y el contraste de la calidez de aquí y el frío húmedo de afuera. No podía creer que la mayor parte de mi tiempo libre de los últimos dos días seguidos se había dedicado a reflexionar sobre la mejor manera de acercarme a Abigail. Preocupado por lo que otras personas pudieran pensar, que no era algo que hacía a menudo. Bueno, no me preocupaba lo que ellas pensaban, estaba preocupado por cómo se sentiría Abigail al respecto. Igualmente era una experiencia novedosa para mí. Estaba lleno de emociones que no había experimentado antes, y no sabía como expresarlas y hacer lo correcto al mismo tiempo, y aun que lo supiera no estaba hablando con Abigail. Rayos, todo esto era una mierda.

El trabajo había mantenido mi agenda ocupada. Nuestros ejercicios de entrenamiento habían sido interrumpidos por un gran incendio en las afueras de la ciudad. Algunos excursionistas que pasaban por allí habían violado estúpidamente la regla de no hacer fuego en una reserva y habían incendiado una parte seca del bosque. Todas nuestras tripulaciones habían estado ocupadas en una rotación de 24 horas para lidiar con ello. Como resultado, ni siquiera la había visto en la estación. Mi tripulación estaba en la rotación temprana, que era cuando ella estaba trabajando.

Ya era tarde, estaba cansado, sucio, cubierto de hollín y oliendo a humo. Esperaba tomarme unos minutos para hablar con Anette, además de tomarme una taza de mi café favorito. Miré a mi alrededor en el abarrotado café. Este lugar estaba ocupado sin importar lo que pasara.

Me dirigí al final de la fila en el mostrador. Sólo había estado allí un segundo cuando oí mi nombre. Levanté la vista para ver a Anette de pie en la puerta de la cocina detrás del mostrador.

—¿Tienes un minuto? —me llamó.

—Por supuesto —respondí.

Me hizo un gesto para que la siguiera, así que me pasé de la raya y me deslicé detrás del mostrador. La puerta se cerró tras nosotros, silenciando el bajo zumbido de la conversación en el café. Anette usaba un delantal cubierto

de harina y rápidamente regresó a cualquier proyecto en el que trabajaba en la panadería.

Apoyé mis caderas contra un mostrador que corría a lo largo de la pared, de frente a la mesa de acero inoxidable donde ella estaba trabajando.

—¿El padre de Abigail sigue aquí? —pregunté, sin preocuparme por los preliminares.

Anette puso los ojos en blanco y asintió. —Sí, en realidad planeaba llamarte, así que me alegro de que hayas venido —Tomó un rodillo que estaba a un lado de la mesa y comenzó a extender metódicamente pequeños círculos de masa. —Hugo parece creer que puede quedarse aquí todo el tiempo que quiera. Tengo que decírtelo, he conocido a tipos como él. Dales una pulgada, y tomarán veinte millas. Le dije que tiene hasta mañana y que la habitación está reservada.

—¿De verdad? —pregunté, desgarrado entre una risa amarga por el título que Hugo se estaba creando y por el efecto que tuvo en todos los que lo rodeaban.

Anette levantó la vista de lo que estaba haciendo con una sonrisa rápida. —Sí, está reservado. Una familia lo reservó hace unas semanas cuando perdió una reserva en otro lugar cercano. Tendrá que irse. ¿Alguna vez le compraste ese boleto? —preguntó.

Agité la cabeza, mi corazón apretado dolorosamente en mi pecho. Cualquier recordatorio de Abigail me hacía doler el corazón. —No, Abigail no estaba preparada para ello, así que lo pospuse. ¿Por qué querías llamarme? —Le pregunté.

—Bueno, para empezar, ¿qué demonios está pasando contigo y Abigail ahora?

Me encogí de hombros, mi mente parpadeó hacia la cerrada y cautelosa mirada en sus ojos la otra noche.

—No lo sé —dije porque no había mucho más que decir. —Ella no quiere hablar conmigo

—Maldita sea —murmuró Anette en voz baja mientras ponía el rodillo a un lado y rápidamente dejó caer el relleno en medio de una fila de círculos de pastelería. Ella me miró mientras continuaba con lo que hacía. —No está acostumbrada a tener a nadie ahí para ella. Su padre apareciendo está presionando todos esas inseguridades. Ella puede pensar que quiere espacio, pero no creo que eso sea lo que necesita.

—¿Así que querías llamarme por lo de Abigail? —Le pregunté.

Anette agitó la cabeza. —En realidad, no. Me enteré de algo por mi abogado, Nicolas Duncan, el que preparó el testamento y la confianza de Sara para Abigail. Me llamó porque ella me incluyó en la lista como el poder notarial de respaldo si era necesario.

Se me agarraron las tripas, la sospecha entró inmediatamente en mi mente. Dios sabe lo que Hugo sabía sobre la situación de Abigail y todo lo que había heredado de su abuela.

—¿Qué has sabido de Nicolas? —Le pregunté.

—Hugo lo llamó. Demonios, si supiera cómo consiguió el nombre de Nicolas. Nicolas dijo que Hugo estaba haciendo todo tipo de preguntas. Supongo que se enteró de que Abigail podría haber heredado la tierra y el fondo fiduciario. Mi suposición es que él espera pedirle que lo haga efectivo —dijo sombríamente.

Pateé mi bota contra la pared detrás de mí. —Maldito imbécil. Esto es exactamente por lo que quería que se fuera de la ciudad tan pronto como fuera posible. No es que no quiera que Abigail tenga la oportunidad de visitarlo. Veo que ella lo ama, pero él le rompe el corazón.

Anette asintió enfáticamente. —Lo sé. Eso es exactamente lo que me preocupa.

—No estoy seguro de ser el mejor para darle a Abigail una pista sobre esto —le dije.

Anette me miró durante un largo minuto. —¿Crees que no? —preguntó ella.

—Mira, pensé que las cosas iban bien con nosotros. Sé que no soy experto en este tipo de cosas...

Una pequeña sonrisa rizó la comisura de la boca de Anette. —No, probablemente no eres un experto.

—Me encantaría dejar que me sermonees ahora mismo —dije con una pequeña risita. —...pero tenemos que cortar lo que sea que Hugo esté haciendo de raíz.

Estaba seguro, sus ojos brillaban de ira. Demonios, la ira estaba enroscada en mis entrañas también.

Hugo se había tomado la molestia de localizar al abogado que manejaba el testamento de Sara. No conocía los detalles, pero sabía que Sara tenía muchas tierras. Antes de que su marido falleciera, había comprado varios grandes pedazos de tierra en Willow Brook y sus alrededores. Alaska puede ser salvaje, pero la tierra en esta parte valía mucho dinero. Sara le había

dejado todo lo que tenía a Abigail.

Mientras consideraba esto, giré mi cabeza de un lado a otro, tratando de aliviar la tensión que había allí. —No puedo creer que Hugo se tomara el tiempo de averiguar quién manejó el testamento de Sara. ¿Qué crees que sabe?

—Bueno, Nicolas no le dijo nada. Ni siquiera confirmó que sabía quién era Sara. ¿Pero quién sabe qué le dijo la madre de Abigail antes de morir? No es como si ella hubiera sabido lo bien que sus padres están posicionados en cuanto a inversiones y todo eso, pero ella sabía cuánta tierra poseían. Estaba buscando información, no había otra razón para que llamara al abogado.

Pateé mi talón contra la pared detrás de mí otra vez, pasando una mano por mi pelo con un suspiro. Estaba tratando de imaginarme cómo sería si me metiera más profundamente en este lío entre Abigail y su padre. Me imaginaba su cara cuando él apareció en su puerta, la triste y cansada frustración mezclada con la pesadez de la culpa. Pensé en lo que había hecho sobre su infancia y desde entonces, dándome cuenta de que había pasado la mayor parte de su vida defendiéndose por sí misma. Quería actuar como su escudo, pero sabía que era importante para ella estar sola.

Me enfermó darme cuenta de lo dispuesto que estaba su padre a chantajearla emocionalmente sólo para obtener algo de ella. Hombres como Hugo patinaban por la vida tropezando con la suerte y con la ayuda a regañadientes de otros, me imaginé que amaba a Abigail a su manera, pero estaba en su naturaleza buscar siempre la manera fácil de ganar un dólar. Volví a mirar a Anette.

—Tú habla con Abigail y yo hablaré con Hugo. ¿Crees que ella sabe que él ha estado husmeando sobre esto? —Le pregunté.

Anette se encogió de hombros. —Lo dudo. No es que ella no sepa cómo es él. Pero dudo que ella pensara que era lo suficientemente listo como para investigar así. Ni siquiera sabe cuánto dinero hay en el fondo fiduciario que eventualmente le corresponderá. Me alegro de que Sara lo haya atado tan fuerte legalmente. De lo contrario, imagino que Hugo estaría derribando puertas para llegar a ella. Nicolas dijo que estaba haciendo muchas preguntas y afortunadamente, tuvo la sensatez de dejar que Hugo hablara sin decirle nada.

Respiré hondo y saqué mis caderas del mostrador. —Está bien, voy a tomar un café antes de ir. ¿Sabes dónde está Hugo ahora mismo? —Le pregunté.

—Aún no ha venido aquí, así que probablemente siga en su habitación. Ya sabes dónde encontrarlo. Terminaré aquí y hablaré con Abigail en un momento.

—Gracias por avisarme. Te haré saber lo que dice Hugo. ¿Qué tan malo crees que sería si siguiera adelante y comprara el maldito billete de avión y lo llevara a Anchorage sin decirle a Abigail? —Le pregunté.

Anette puso los ojos en blanco. —No es bueno, pero voy a ir a hablar con ella. No te preocupes, asumiré la culpa por pedirte que hables con su padre, le diré que yo te obligué. Lo habría hecho si no hubieras dicho que sí.

Me reí, una especie de risa triste que era como un pequeño cuchillo en el corazón, mientras saludaba con la mano y atravesaba la puerta que se balanceaba al frente. Me sentí tan jodidamente protector de Abigail. Quería hacer esto bien por ella, y ni siquiera sabía si nos daría una oportunidad.

# Capítulo Veintinueve

## ABIGAIL

Toqué para responder a mi llamada. —911, ¿cuál es su emergencia? — Le pregunté—. Hola Abigail, soy Lili Hall otra vez.

Basado en el tono de su voz, sonaba segura, así que lo tomé como una buena señal. —Hola Lili,

¿qué puedo hacer por ti? —Le pregunté.

—Es Tom otra vez —anunció.

—¿Otra vez? —Me mordí el impulso de reír. Sabía que ella amaba a Tom, pero no pude evitar preguntarme en qué aprieto se había metido esta vez.

—Sí, ahora está en un árbol diferente. ¿Crees que puedes enviar a la tripulación? Espero que sea el equipo de Liam. Él es mi favorito —dijo ella con una risa socarrona.

Mi corazón se apretó en mi pecho. Liam era definitivamente mi favorito también, en muchos sentidos. Habían pasado dos días completos desde que le dije que me dejara en paz. Había estado atado lidiando con un gran incendio en las afueras de la ciudad, así que ni siquiera lo había visto. Supuse que era bueno que no hubiera estado mucho por aquí. Al menos para que yo esté cuerda. Mi corazón podría haberse roto si hubiera tenido que enfrentarme a él de inmediato, era un desastre por dentro, me estaba causando un dolor físico interior mantenerme alejada, pero es lo que tenía que pasar. Cada vez que pensaba en cualquier otra opción, me recordaba que no sabía lo que él quería. Si el pasado era un predictor del futuro, yo era probablemente una diversión un poco más larga de lo habitual para él y nada más.

La emoción se alojó en mi garganta, apretando mi pecho y casi dejándome sin aliento. Cada vez que intentaba convencerme de que eso era así y por qué necesitaba hacer lo que estaba haciendo, recordaba lo que sentía al estar con él, cómo no era sólo sexo o deseo, cómo se sentía como si estuviéramos siendo atados más y más apretados con las cuerdas de la intimidad retorciéndose a nuestro alrededor, entonces me recordaba a mí misma que eso no era más que mi imaginación. Probablemente lo estaba inventando todo en mi cabeza. Forcé mi atención a mi llamada con Lili,

logrando reírme un poco con ella de que Liam era su favorito. Después de llamar por radio a la tripulación, confirmé con ella que estarían allí en breve y terminé la llamada. Estaba instantáneamente inquieta, me gustaba trabajar duro, pero con Liam revoloteando en mis pensamientos en los últimos días, no disfrutaba de ningún tiempo de inactividad en el trabajo. Me di la vuelta, mirando hacia atrás, a la fila de archivadores contra la pared. Hace unos seis meses, el jefe me había pedido que organizara las últimas décadas de archivos antiguos y que transfiriera los datos al nuevo sistema informático, era un gran proyecto y definitivamente algo que me mantendría ocupada durante bastante tiempo, busqué donde lo dejé y empecé, sacando los archivos, escaneándolos e ingresando los datos en el sistema.

Estaba muy metida en la letra C en este momento. Me había tomado seis meses completos llegar de la A a la C. La campana sonó sobre la entrada, y me giré en mi silla, aliviada de ver que era sólo Anette. Últimamente, cada vez que alguien entraba, esperaba que fuera Liam, aunque no tenía sentido que entrara por la entrada principal. Era lo mucho que quería que fuera él.

—Hola Anette, ¿qué pasa? —Le pregunté, volteando mi silla hacia atrás para mirar hacia el frente.

Caminó hacia el mostrador y apoyó el codo sobre él. —Bueno, vine a hablar contigo —dijo ella.

Mi instinto se enroscó. No sabía lo que pasaba, pero había estado viviendo con esa ansiedad de bajo nivel con la que siempre vivía cuando mi padre estaba cerca, esa ansiedad se agravó en este momento con mis sentimientos encontrados sobre Liam y lo mucho que lo extrañaba. He estado trabajando con el coraje para hacerle saber a mi padre que necesitaba subir a un avión e irse. Yo misma había tomado la decisión de comprar su billete de ida, pero había estado dejando caer indirectas a diestra y siniestra de que estaba pensando en quedarse y no creí que pudiera manejar eso. Necesitaba la distancia y no sentir que siempre estaba buscando lo que podía sacar de mí.

Los ojos de Anette estaban un poco tristes y decididos, se quedó callada durante un rato antes de habla. —Iré directo al grano. Tu padre está husmeando. Llamó a Nicolas Duncan, el abogado que manejó el patrimonio de tu abuela, haciendo demasiadas preguntas. Nicolas obviamente no le dio ninguna información, pero me dijo que tu padre debe haber buscado en los viejos registros de la propiedad, porque de alguna manera sabe que heredaste varios paquetes diferentes de tu abuela.

Me sentía mal y cansada mientras las lágrimas calientes me presionaban

en la parte posterior de los ojos. ¿Por qué, oh, por qué mi padre siempre tenía que hacer esto? Parecía constitucionalmente incapaz de no buscar lo que podía estafar a otra persona. No parecía importar que yo fuera su hija.

Cuando no dije nada, Anette continuó. —También envié a Liam para que le dijera a tu padre que se largara de aquí. Antes de que te enfades con Liam, culpame a mí. Sé que amas a tu padre, pero él tirará de los hilos de la culpa como si no fuera asunto de nadie. No me quedaré quieta y dejaré que te intimide sólo para que pueda ganar dinero extra vendiendo tus propiedades. Que Dios nos ayude si descubre que tienes un fondo fiduciario esperándote cuando cumplas treinta y cinco años. Se quedará aquí sólo para estar cerca cuando tengas acceso. Liam se enfrentará a él y te ahorrará el problema.

La miré fijamente durante un minuto antes de darme cuenta de que mi boca se había abierto. Aunque le dije a Liam que se fuera a la mierda, no dudó en ayudar cuando Anette se lo pidió. Una avalancha de emoción se elevó por dentro, y estallé en lágrimas. Puse mi cara en mis manos y sollocé. Oí a Anette corriendo alrededor del mostrador y jalando una silla a mi lado.

Me frotó la espalda y cacareó un poco. Ni siquiera sabía qué hacer o decir. Después de unos minutos, me enderecé y arrastré el extremo de la manga sobre mis mejillas. Aún frotándome la espalda, Anette miró a su alrededor. —Maldita sea, ¿dónde están los pañuelos? —murmuró para sí misma. Señalé a la parte superior de los archivadores.

Se levantó de un salto y regresó con toda la caja. Tiré de uno y me soné la nariz, dando varias respiraciones temblorosas antes de reunir el valor para mirar a Anette de nuevo.

Me sentí como una idiota al desmoronarme así. No sabía muy bien qué hacer. Finalmente logré mirarla y me encontré con que sus ojos cálidos me esperaban.

—Dime lo que necesitas —dijo ella.

Respiré profundamente y lo dejé salir en un suspiro. —No te preocupes...

—¡Ni siquiera intentes decirme que planeas lidiar con esto por ti misma! —Sus ojos parpadeaban, y parecía genuinamente ofendida.

—No iba a decir eso. Iba a decir que no te preocupes porque me enfade por Liam. Eso es todo. Honestamente, está bien si habla con mi padre.

Tan pronto como dije eso, un apretado carrete de tensión se desenrolló dentro de mí. No sabía lo que me esperaba en el futuro, pero no podía mantener las paredes levantadas alrededor de mi corazón. Pase lo que pase,

Liam estaba ahí para mí, de una manera que nunca había imaginado que alguien estuviera, lo menos que podía hacer era no cerrarle la puerta en la cara, metafóricamente hablando.

—Bien —dijo Anette lentamente.

Cuando la miré, prácticamente pude ver las ruedas girando en su cerebro. —¿Y luego? —preguntó.

—¿Qué quieres decir?

Ella suspiró en voz alta y puso los ojos en blanco. —Lo juro, a veces eres deliberadamente necia. ¿qué hay de ti y Liam?

Mi corazón giró un poco. Estaba ansiosa y preocupada y la verdad era que no sabía qué pasaría después.

—Veremos qué pasa después. Primero, necesito despedirme de mi padre.

# Capítulo Treinta

## LIAM

—No puedes decirme que me vaya. Si Abigail quiere que me vaya, ella lo dirá, —dijo Hugo con una pizca de beligerancia en su tono.

Lo había encontrado en la corta caminata desde el café hasta el acogedor B&B que Anette tenía al lado. Como tal, estábamos parados en la acera de Main Street para esta pequeña conversación. Estaba luchando contra el impulso de arrastrarlo y golpearlo cuando oí a alguien decir mi nombre, miré a mi alrededor y vi a Abigail caminando hacia nosotros desde la dirección de la estación. Por un momento me pregunté por qué no estaba en la estación o conduciendo camino a su casa, pero esa leve curiosidad fue borrada por la ola de alivio que me invadió cuando la vi. Demonios, fue tan bueno verla. Yo olvidé completamente que estaba en medio de una confrontación con su padre y corrí para saludarla. Me obligué a detenerme frente a ella, reteniendo el impulso de traerla hacia mi en un abrazo y verter todo lo que sentía en un beso. Todavía estaba lloviznando, el cielo gris pizarra y el aire frío calaban los huesos.

Los rizos salvajes de Abigail estaban húmedos en un tomate sobre su cabeza. Había olvidado una chaqueta. Pude ver que estaba helada con sus pezones presionando su camiseta. Se envolvió los brazos alrededor de la cintura. No había dicho ni una palabra y me miró con sus amplios ojos marrones sobre mi cara. Mi corazón estaba a punto de estremecerse, y necesitaba que me azotaran. Fue patético, en realidad, lo mucho que me controlaba.

Abrí la boca para decir algo, cualquier cosa.

—Te extraño —fue lo único que salió. Mi boca estaba mucho más adelantada que mi cerebro y parecía atascada en el engranaje de la verdad contundente cuando se trataba de Abigail.

Sus ojos se abrieron de par en par y de repente se lanzó hacia mí, tropecé un poco cuando la cogí contra mi pecho. La envolví con mis brazos y la sostuve con fuerza, metiendo mi cabeza en la curva de su cuello y respirando, olía a lluvia, insinuada por la vainilla y el dulce aroma que sólo era ella. Dejé caer besos a lo largo de su cuello, saboreando la sensación de

su piel como si fuera un guijarro bajo mis labios. Perdí la pista de dónde estábamos hasta que ella se movió de mi, soltando una pequeña risa. Levanté la cabeza para encontrar su cara a centímetros de distancia.

Sus mejillas estaban ahora rojas como cerezas, sus ojos brillando, y una sonrisa torcida desplegándose en su cara. Se mordió el labio y casi me deshago.

Esta mujer podía ponerme de rodillas, y me importaba un bledo. —Um, estamos un poco... —se detuvo, haciendo un gesto con la mano.

Miré a mi alrededor y vi a unos cuantos turistas que pasaban por allí, sus ojos mirándonos con curiosidad y alejándose. Su padre había desaparecido, y me di cuenta de que no podía preocuparme por eso ahora mismo.

—Supongo que preferirías que no te abordara aquí mismo delante de cualquiera que pase por ahí —le dije con una sonrisa.

Se encogió de hombros, y el efecto secundario de sus pechos rebotando contra mi pecho fue una gran ventaja. —Probablemente no

La tranquilicé hasta que sus pies aterrizaron en el suelo, pero no aflojé mi agarre. Le quité un rizo húmedo de la mejilla. —¿Estamos hablando de nuevo?

Ella suspiró, pero el pequeño destello de alegría en sus ojos no se desvaneció. —Quiero hablar, pero tenemos que tratar con mi padre

—No va a ir a ninguna parte, por ahora

Se rio un poco de eso, la tristeza revoloteando por la parte de atrás de sus ojos.

No había mucho espacio entre nosotros, pero la arrastré un poco más cerca, como si pudiera protegerla del mundo de alguna manera, si tan sólo la abrazaba lo suficientemente cerca.

—Te extrañé, y sólo fueron dos días. Tuve mucho tiempo para pensar —comencé. Mi corazón latía aún más rápido, pero seguí adelante.

El comentario de Anette de que Abigail no estaba acostumbrada a tener a nadie allí para ella me hizo dar cuenta de que podría ser muy importante para ella saber que eso ahora había cambiado. Sin importar lo que pase.

Puede que no hubiera planeado enamorarme de ella; pero sabía lo que significaba estar ahí para alguien. Tuve la suerte de presenciar a mis propios padres que se mantuvieron juntos en las buenas y en las malas. No siempre fue perfecto, pero su amor había sido el pegamento que los mantenía unidos.

—Si te lo preguntas, no voy a ir a ninguna parte. Incluso si me dejas fuera, o te enfurezco, seguiré allí. Esperando por ti —Tomé un trago de aire,

viendo como los ojos de Abigail se abrían de par en par. —Cuando traté de pensar en seguir adelante, no podía imaginarlo. Ahí fue cuando me di cuenta de que te amo

Su aliento se detuvo y una lágrima se deslizó por su mejilla, mezclándose con la suave lluvia que caía sobre nosotros. Le rocé la lágrima con el pulgar, forzándome a quedarme quieto, a dejar que ella absorbiera mis palabras y respondiera. Con mi corazón latiendo y la emoción corriendo a través de mí, me aferré a mi paciencia y a la esperanza de no haber ido demasiado lejos, demasiado rápido.

Otra lágrima bajó por su mejilla y enterró su cara en mi pecho. Justo cuando empezaba a pensar que lo había estropeado, ella murmuró algo y luego levantó la vista como si fuera a medir mi respuesta.

Viendo que no había oído lo que ella dijo, no fui de mucha ayuda. —No te oí, cariño. ¿Qué dijiste?

Se mordió el labio y suspiró. —Yo también, dije que te amo — murmuró.

Mi corazón se sentía como si se fuera a salir del pecho. No sabía lo que se suponía que debía sentir, pero era un torrente de emoción y lujuria.

Sentí que esto no era fácil para ella. Yo tampoco podría decir que fue fácil para mí.

Bajé la cabeza, dejando que mi frente cayera sobre la de ella. —Está bien —dije bruscamente. —Ahora que lo hemos quitado de en medio, tengo una pregunta.

—¿Qué es?

—¿Puedo quedarme contigo esta noche?

Ella asintió, y su frente chocó ligeramente contra la mía.

No esperé más y puse mi boca sobre la de ella. Quería que fuera un beso rápido, pero en el momento en que su lengua se deslizó contra la mía, perdí la noción de todo lo demás. Le derramé días de necesidad y anhelo en su boca. Tampoco se detuvo, me abrazaba en el cuello y me besaba como si yo fuera el aire que necesitaba para respirar. Su respuesta totalmente desenfadada fue como dejar caer un fósforo en un contenedor de combustible. Nuestro beso continuó y fue una sobrecarga sensorial caliente, húmeda, profunda y cruda.

No fue hasta que ella se estremeció contra mí que me las arreglé para retroceder. Sus labios estaban gordos e hinchados, sus mejillas enrojecidas y su piel húmeda por la llovizna. Ella era un manojo de suavidad en mis brazos, y todo lo que quería era encontrar el lugar más cercano para enterrarme

dentro de ella. Sin embargo, la realidad se inmiscuyó.

Estábamos en el centro de la ciudad. Incluso en un día lluvioso de verano, teníamos bastante público.

Di un paso atrás. —Necesito llevarte a un lugar seco —dije mientras enrollaba mi mano alrededor de la suya. —Tenemos que encontrar a mi padre. Voy a seguir preocupándome si no trato con él.

—¿Así que Anette habló contigo? —pregunté cuando me di la vuelta y comencé a caminar de regreso hacia el Firehouse Café.

Ella asintió con la cabeza, esa mirada triste y cansada apareciendo a través de sus ojos, recordándome que quería golpear a Hugo. —Sí. Ya me estaba preparando para que algo pasara, pero él husmeando y tratando de hablarle al abogado de la abuela me hace querer que se vaya de aquí hoy mismo

—¿Quieres que me encargue de él?

Se detuvo antes de que entráramos en el café. Sus ojos captaron los míos, y vi la vulnerabilidad allí.

—Necesito hablar con él, pero no me importa si estás ahí. Sería genial que vinieras conmigo cuando lo lleve a Anchorage. Me vendría bien un poco de refuerzo.

La acerqué y le di un beso rápido en los labios. —Lo que necesites

# Capítulo Treinta y uno

## ABIGAIL

Me paré en la acera del aeropuerto, esperando mientras Liam sacaba el bolso de mi padre de la parte trasera de su camioneta. Se lo dio a mi padre y me hizo una seña para tener mi atención. Pude ver la pregunta tácita, estaba calibrando si quería que esperara en el coche mientras me despedía de mi padre. Mi corazón dio un fuerte golpe. Necesitaba despedirme por mi cuenta. Apenas agité la cabeza, asintió y se giró para decirle algo a mi papá dándole palmadas en el hombro y luego rodeando el vehículo para subir al asiento del conductor.

Mi encuentro lloroso con Liam antes, y su anuncio brusco y sincero de que me amaba, había sido abrumador por sí solo.

Pero entonces, coroné el día y me enfrenté a mi padre. Le dije que lo amaba y que siempre lo amaría, pero que no lo dejaría entrar y salir de mi vida a su antojo cada vez que me buscara para que le sirviera como su banco personal. Sabía que podría haberlo manejado yo misma, pero no tenía palabras para describir lo que significaba saber que Liam estaba allí conmigo.

Entre sus acciones de los últimos días y la pequeña charla de Anette, supe que no estaba sola. Eso es algo que estaba aprendiendo a querer en mi vida, a sentirme cuidada y respaldada, era nuevo, pero era algo hermoso, algo para sumar a mi vida, por que haría lo mismo por las personas que quería aquí.

Había aguantado ante la molesta insistencia de mi padre de que sólo se había puesto en contacto con el abogado para asegurarse de que había recibido todo lo que me correspondía del testamento de la abuela. Cuando mi papá insistió en que necesitaba un café y se alejó para conseguir uno, Liam le ofreció a mi papá un boleto de regreso a California para la próxima salida. La magia de los teléfonos inteligentes hizo para que él tuviera la confirmación antes de que mi papá regresara con su café.

Mi papá se colgó su bolsa de lona sobre su hombro y caminó para pararse frente a mí. Sus ojos se encontraron con los míos. Pude sentirlo considerando qué decir, así que me metí.

—Papá, me alegro de que te vaya bien —le dije. —Espero que puedas

entender cómo me siento. —Se quedó callado y luego se encogió de hombros. —Supongo que lo sé. Duele un poco, pero...

Yo intervine. —Papá, me duele que sólo vengas a visitarme cuando quieres algo de mí

Eso lo dejo en silencio. No sé qué más quería decir, pero después de un momento, asintió. Él

se inclinó y me dejó caer un beso en el pelo, tirando de mí en un abrazo rápido. —Tu chico me hizo prometer que te llamaría antes de mi próxima visita. Lo haré. —Al decir eso, se dio la vuelta y lo vi caminar. Mi garganta se sentía apretada. Lo vi pasar por la puerta giratoria hacia el aeropuerto, mis ojos lo siguieron hasta que desapareció entre la multitud de viajeros.

\*\*\*\*\*

Se me cayeron las llaves en el mostrador una vez que entramos por la puerta de la cocina. Estaba cansada, el tipo de cansancio que se filtra en cada rincón de ti. Me quité los zapatos y encendí las luces, ajustando el regulador para que no fuera demasiado brillante. Me volví para ver a Liam cerrando la puerta y quitándose los zapatos. Mi corazón se apretó y otra ola de emoción me estremeció. Esta tarde me sentí como un barco en el océano durante una tormenta, a la deriva en mareas de emoción y sacudida por acontecimientos difíciles de manejar.

Estábamos volviendo del viaje a Anchorage para dejar a mi padre. La lluvia había pasado de una llovizna a un fuerte aguacero en el camino de regreso a Willow Brook. Me sentí mojada y desarreglada, pero Liam me miró y me dejó sin aliento. Era tan guapo. Con sus rizos negros húmedos por la lluvia, sus ojos verdes sobresalían. Su boca se rizó en una esquina, y mi vientre hizo un giro lento. Aquí estaba, con los huesos cansados, física y emocionalmente agotada. Aún así, todo lo que tenía que hacer era lanzar una de sus peligrosas sonrisas y yo lo deseaba. Desesperadamente.

—Vamos a la ducha —dijo con firmeza.

Antes de que pudiera responder, me levantó en sus brazos y me llevó arriba. —¿En serio me estás cargando? Puedo caminar, ¿sabes?

Volvió a sonreír, el calor en sus ojos encendía los míos. —Sé que

puedes. Esto sólo me da una excusa para sentirte cerca —dijo, apretando mi trasero.

Mi sexo se contrajo, y el peso del día desapareció. En cuestión de minutos, estábamos en la ducha, con el agua caliente y vapor encima. Estaba cubierta de jabón con el agua que se escurría sobre mí cuando sentí que sus manos se deslizaban por mis costados por detrás, dando vueltas para alcanzar uno de mis pechos.

Su pene estaba robusto y firme, todo apretado contra mi trasero. No pude contener el gemido que solté.

Giró un pulgar en mi pezón y deslizó una mano hacia abajo para ahuecar mi montículo. Había extrañado este rugido a través de mí mientras sus dedos se deslizaban a través de mi sexo húmedo y se sumergían en mis pliegues. Mientras tanto, sus labios serpenteaban por el costado de mi cuello, besos calientes y húmedos que se mezclaban con el agua que bajaba sobre mi piel. Mis rodillas se doblaron, pero él me tenía, con una mano que me abría y me separaba los muslos y la otra que me sostenía firmemente en la cadera. Tomé mi equilibrio en la pared de azulejos, la frescura un ancla a la locura y la necesidad que se arremolinaba en el interior. Estaba perdida, a la deriva de la sensación. Sus besos bajaron de mi cuello a la columna vertebral. Sentí sus labios temblando sobre la curva de mi trasero. Me separó aún más los muslos. Siguió besos por las entrañas de mis piernas, donde la piel era tan sensible que grité. Su lengua se arrastró a lo largo de mi hendidura y sus dedos se movieron allí. Un ligero roce en mi clítoris, y casi llego. Se echó hacia atrás, aumentando mi necesidad.

Otro pase con la lengua y con los dedos profundos. Luego enterró su boca entre mis muslos, girando debajo de mí, así que una de mis piernas se enganchó sobre su hombro. Quedé completamente expuesta ante él, de una forma que nunca había estado. Con su lengua haciendo su magia y sus dedos cogiéndome tan lentamente, perdí de vista todo menos la intensa sensación que se acumulaba. Mi canal comenzó a convulsionar, otro remolino de su lengua y luego succionó mi clítoris en su boca. El placer me atravesó con tanta fuerza que grité su nombre.

Cuando las réplicas me sacudieron, se alejó, bajando cuidadosamente mi pierna, sus labios nunca se alejaron de mi piel mientras trazaba su camino de regreso por mi cuerpo. Se detuvo a perder el tiempo con mis pezones: besos, succión y mordiscos ligeros. El fresco azulejo me golpeó en la espalda, y suspiré. Apenas podía pararme. Me levantó contra él, y mis piernas se rizaron

alrededor de su cintura.

Mi cuerpo sabía lo que necesitaba. Él. Enterrado dentro de mí. — Abigail”. Su voz era áspera, pero clara.

Abrí los ojos para encontrar su rostro. Una vez que nuestras miradas se encontraron, lo admiré. No podía apartar la vista, y no quería hacerlo. Sentí su pene en mi entrada. No importaba que acabara de tener un orgasmo explosivo, necesitaba que estuviera más cerca, solo podía querer más de él.

—Liam, por favor... —Murmuré mientras me arqueaba sobre él.

No se burló de mí por rogarle. Sus ojos se oscurecieron aún más y me levantó un poco, ajustó su ángulo y se hundió dentro, sentándome profundamente. Con los ojos cerrados, empezó a moverse. Sutiles estocadas al principio, cada una más profunda que la anterior. Estaba cerca, tan cerca. Este clímax surgió de las réplicas del último. La presión aumentaba y aumentaba a medida que se acercaba a mí una y otra vez y otra vez. El sonido del agua nos envolvió en una intensa y húmeda danza de placer.

Perseguí esa dulce cima, ese lugar en el que sólo podía entrar de la manera que podía con Liam. Se metió en mi, presionando su pulgar sobre mi clítoris, tan hinchado por el deseo. Me siguió, con el cuerpo rígido. Sentí que el calor de su liberación me llenaba y enroscaba mis piernas a su alrededor.

No mucho después, me acosté junto a él en la cama. Estábamos mirando el tragaluz. La lluvia cayó sobre ella, un suave golpeteo en la oscuridad. Rodé hacia un lado, enroscándome contra él, ociosamente trazando círculos sobre su corazón.

—Gracias por hoy —dije, con voz baja.

Estar cerca de Liam había mantenido a raya mi cansancio durante un tiempo, pero ahora se estaba apoderando de mí. Sentí que se movía y levanté la vista.

—¿Por qué?

—Por ayudarme con mi padre. Por... Bueno, por todo.

Estaba callado, su mirada me penetraba en la tenue habitación, la única luz que se proyectaba desde una pequeña luz nocturna junto a mi cama. —No es necesario dar las gracias.

Su brazo se enrolló alrededor de mi espalda, sosteniéndome cerca de su costado. —Te amo —murmuró.

Tragué contra la estrechez de mi garganta. Como no podía hablar, le di un beso en el cuello. Me quedé dormida, sintiéndome caliente, segura y en compañía.

# EPÍLOGO

## Liam

Dieciocho meses después

Caminé por el suelo húmedo, árboles ennegrecidos y carbonizados con llamas que todavía parpadeaban en la distancia detrás de mí. Mi equipo estaba al final de una rotación, ayudando a manejar un incendio en las profundidades del campo en Alaska. Habían sido dos semanas viciosamente agotadoras. Esta parte del bosque había sido golpeada duramente por el escarabajo de la corteza de abeto, dejando demasiado combustible seco para el fuego. Nuestra tripulación había pasado buena parte de las dos semanas estableciendo un cortafuegos sólido para mantener el fuego a raya en la distancia con varias pequeñas aldeas de nativos de Alaska en riesgo por el fuego. Un equipo de alto nivel de Fairbanks volaba en menos de una hora para retomar el camino que estábamos dejando.

Extrañaba tanto a Abigail que me dolía el corazón. Igual, extrañaba a nuestro hijo Max. Todavía amaba mi trabajo y siempre lo haría. Pero no me gustaba estar lejos de ellos. No podía esperar a volver a casa. En estos días mi casa no era un lugar, eran Abigail y Max.

No mucho más tarde, observé el paisaje debajo del helicóptero mientras volábamos. Miré hacia Denali en la distancia, el ancla del paisaje en el centro de Alaska. Las nubes estaban dispuestas alrededor de su pico. Me tomé un respiro, lo dejé salir y eché un vistazo a mi reloj. Abigail y yo habíamos desarrollado el hábito de que no nos molestábamos en tratar de enviar mensajes de texto cuando yo estaba en el campo. Con demasiada frecuencia no era más que una fuente de frustración porque casi nunca estaba cerca de la recepción del celular.

El trato era que una vez que estuviera a media hora de Willow Brook, le enviaría un mensaje. Una rápida mirada a mi reloj me dijo que estaba libre de sospecha. Tomé el teléfono, sonriendo en el momento en que vi su nombre.

‘Dime qué llevas puesto’.

Inmediatamente vi aparecer la pequeña burbuja, haciéndome saber que había estado esperando. Me encantó eso, carajo.

‘Eres ridículo. ¿Te has ido por dos semanas y sólo piensas en eso?’

Le di un golpecito a mi respuesta rápidamente.

‘Absolutamente. He estado fuera demasiado tiempo. Ese es exactamente el punto’.

‘Te echo de menos’. Contestó con un sonriente emoticono. Luego una foto.

Que me jodan.

La foto era de uno de sus pechos, el pezón tenso y alegre entre el pulgar y el índice. Mi pene se puso duro al instante.

‘Me estás torturando’.

Podía sentir su risa, aunque yo no estaba cerca de ella.

‘Eso es lo que obtienes por pensar sólo en el sexo. ¿Cuánto falta para que llegues a casa? 20 minutos’.

‘Si cariño. Te veré allí’.

Guardé mi teléfono, mi corazón apretando como lo hacía cuando estaba a punto de verla después de haber estado fuera. Habíamos recorrido un largo camino para dos personas que no sabían cómo mantener una relación. Abigail todavía luchaba para que yo, o francamente cualquiera, estuviera ahí para ella, pero lo estaba superando. Después de unos meses de estar en su casa todas las noches, finalmente lo hicimos oficial y me mudé. Las cosas entre nosotros funcionaban bien, éramos un gran equipo en la casa y entre nosotros, teníamos un pacto de complacencia y respeto. Lo del malabarismos emocional ya no había rastro, ni incertidumbre, ni miedos. Ahora había bailes frente al espejo, cantar desafinado en la ducha, cocinar recetas nuevas, hacer juntos la cama, después de desarmarla, hacernos rabiarse para terminar riendo en la alfombra boca arriba. Después de unos cuantos meses, decidimos que era momento de hacerlo oficial y nos casamos en una ceremonia simple y romántica, con los amigos justos y mucha risa.

En poco tiempo, el helicóptero llegó a un aterrizaje suave detrás de la estación. Tenía prisa por salir, sólo porque no podía llegar a Abigail lo suficientemente rápido. Cuando salí del helicóptero con mi mochila sobre mi hombro, miré hacia adelante para verla sosteniendo a Max mientras estaba parada justo afuera del garaje. El viento atrapó sus rizos y los hizo volar como locos.

Caminó para encontrarse conmigo, y la agarré con fuerza contra mi costado, levantando a Max de sus brazos y abrazando a ambos. Me dio besos por toda la cara. Maldición, fue un alivio abrazarla.

No podía imaginarme la vida sin ella. Tratando de imaginar que esa

misma circunstancia era lo que me había mostrado que la amaba.

—Es bueno estar en casa —murmuré.

—Qué bueno que estés en casa —contestó enfáticamente, sus ojos brillantes y su sonrisa amplia mientras retrocedía.

Retrocediendo, me cogió la mano con la suya. —Vamos a dejar a Max con Anette durante unas horas. Vamos —dijo con una sonrisa astuta.

Me reí, sabiendo que tenía planes para nosotros. —¿Quieres que me duche primero? —Le pregunté.

Siempre que volvíamos de estar en el campo, era después de semanas sin nada que ni remotamente se pareciera a una ducha. Tal vez un chapuzón en un río, un lago o el agua que tuviéramos a mano en el campamento, pero eso era todo. Sabía que estaba un poco peor por el desgaste.

Abigail mostró una sonrisa y agitó la cabeza, sus rizos balanceándose. —No, vámonos.

Un poco más tarde, después de que dejamos a Max con Anette, estábamos en casa y ella me estaba tirando a la ducha con ella. Fue rápida con el jabón, deslizándolo sobre mí. Con una risita, se lo quité de las manos mientras estaba bajo la ducha con el agua enjuagando el jabón.

—¿Cuál es la prisa? —Le pregunté.

Ella deslizó su mano sobre mis abdominales, enrollándola alrededor de mi pene. Había estado a media asta desde que envió su foto traviesa mientras volaba de regreso. Instantáneamente me quedé como una roca bajo su tacto, sufriendo por ella. Miró a través de sus pestañas con una sonrisa. Antes de que tuviera la oportunidad de pensar, y mucho menos de hablar, ella estaba arrodillada y arrastrando su lengua a lo largo de la parte inferior de mi miembro. Me metió en su boca. Mis rodillas se doblaron un poco, y golpeé mi mano detrás de mí, apoyándome en la pared.

—Abigail —me ahogué.

Ella tarareaba todo lo que quería decir alrededor de mi pene, la vibración sutil envió una sacudida caliente de placer a través de mí. Me quejé, enredando una mano en su pelo y rindiéndome a sus ministraciones. Dos semanas sin ella me tuvieron ardiendo de necesidad. Estaba en el borde antes de darme cuenta. Quise decir algo, pero no pude hablar. Le di un pequeño tirón en el pelo. Se echó hacia atrás para mirar hacia arriba. La breve pausa me ayudó a agarrarme a un hilo de control. La tiré de la ducha conmigo y la apagué con una mano. Estábamos empapados.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó ella riendo un poco.

—Estoy demasiado cansado para hacer esto de pie, pero necesito estar dentro de ti —dije. Nos caímos en la cama. Rodó sobre mí, mojada por todas partes, sus rodillas cayendo a ambos lados de mis caderas. Pasé mis manos por encima de ella bruscamente, ahuecando sus pechos, gimiendo cuando sus pezones rozaban por debajo de mi toque. Podía sentir sus suaves pliegues contra mi pene, donde ella se asentó. Se levantó, colocando mi mástil en su entrada y se hundió rápidamente. Quería alargar esto, jugar con ella, hacer que fuera algo que recordara. No es que pudiera olvidar un solo momento cuando estábamos juntos así. Pero ella no me dejó.

En el momento en que estuve dentro de ella, la dejé ir. Cuando estaba con ella así, sabía que estaba en casa, precisamente donde tenía que estar. Me entregué a ella, a esta magia entre nosotros. Ella estableció un ritmo, rodando sus caderas lenta y firmemente, balanceándose contra mí. Me aferré a ella, agarrándola por las caderas, sintiendo su piel bajo mis dedos. Su pelo era una maraña salvaje y húmeda, sus ojos oscuros por la lujuria. Su canal se apretaba y palpitaba a mi alrededor. Demasiado pronto, estaba en el borde, no estaba listo para soltarlo todavía.

Porque no quería que este momento terminara. Se inclinó hacia adelante, soltando besos a lo largo de mi cuello y luego se dirigió a mi boca mientras sus senos se rozaban contra mi pecho, la sensación de que sus pezones estaban tensos y húmedos debido a que nuestra ducha se deslizaba contra mí. Me metí entre nosotros, presionando mi pulgar contra su clítoris. La sentí apretarse y soltarse, estremeciéndose y destrozándola. Ella gritó en mi boca, su vagina se apretó en mi. El calor se retorció en la base de mi columna vertebral, y mi liberación rugió a través de mí. Se echó hacia atrás lentamente, mordéndome el labio inferior antes de enderezarse. La miré mientras se sentaba a mi lado. Estaba lo más cerca que podía estar físicamente de ella. De vez en cuando, me preguntaba si eso sería suficiente.

—Te extrañé —dijo ella, su voz ronca. —Yo también te extrañé.

Mi corazón latía fuerte y firme. Levanté la mano, siguiendo la línea de la mandíbula con los dedos, rastreando sus labios y respirando hondo. Mi corazón estaba tan lleno que pensé que podría explotar. Entonces, mi estómago gruñó. Sus ojos se arrugaron en las esquinas con su sonrisa.

Ella se rio. —¿Deberíamos ducharnos de nuevo antes de que vaya a recoger a Max y preparar la cena?

Al asentir con la cabeza, ella se alejó. Dejé que me llevara a la ducha y me enjabonara de nuevo. Más tarde esa noche, nos acostamos en la cama con

Max profundamente dormido en la alcoba a un lado del dormitorio. Era el final del verano con las estrellas guiñando en el cielo a través del tragaluz. Rodó de costado, apoyando su mano sobre mi corazón.

—Tengo algunas noticias —dijo en voz baja. Ociosamente cribé mis dedos a través de sus rizos. —¿Qué es?

—Estoy embarazada.

Una ola de emoción me estremeció. No habíamos hablado mucho de ello, pero después de que ella tuvo a Max, decidimos ver qué pasaba. Traté de no pensar mucho en ello, de no querer poner demasiada presión sobre nuestras esperanzas y sueños.

—¿De verdad? —Le pregunté, incorporándome para mirarla.

La luz de la luna que caía a través de la claraboya proyectaba un resplandor plateado en su rostro. Pude ver las lágrimas brillando en sus ojos. La apreté contra mí, respirando su olor. Sentí su aliento tembloroso mientras ella asentía contra mí y su barbilla golpeándome el hombro.

—Uh huh. Me hice como cinco pruebas de embarazo y luego fui a ver al médico, quien pensó que era muy gracioso que yo fuera allí para hacerme otra prueba. Me dijo que no era nuestro primer rodeo y que tal vez podría relajarme un poco.

Me reí cuando ella se rio suavemente. Respiró de nuevo con escalofríos. Deslicé la palma de mi mano en un lento pase por su espalda. Sabía que esto era importante para ella. Antes de tener a Max, le preocupaba no saber cómo ser una buena madre porque no tenía recuerdos de su madre. Sólo sentimientos vagos de que alguien está allí. Levantó la cabeza y sus ojos se fijaron en los míos mientras extendía la mano para rastrear mis cejas.

—Bueno, esto es todo. Es mejor que lo digas ahora si dos es demasiado —dijo en voz baja. Yo sabía lo que ella estaba preguntando, aunque no lo expresó específicamente.

—Te lo dije. Estoy aquí para largo plazo. Eso significa para siempre. Las matemáticas no importan.

Sumergió su cabeza y dejó caer un suave beso en mis labios antes de apoyar su cabeza contra mi hombro. Todavía estaba despierto cuando sentí que se dormía, su respiración era suave y fácil.

Abigail era la decisión mas acertada que había hecho, enamorarme había sido demasiado fácil junto a ella. Ahora tenía la suerte de tenerla, de formar una familia juntos. Ella era magia en mi vida, la amo con locura, ella es perfecta, de repente es la mejor madre, de repente es mi koala sexy, y me

mira con hambre, es todo lo que quieres ser y lo hace bien y con amor, y borra todas las derrotas del día con su sonrisa. A veces simplemente me abraza como si yo fuera una boya en alta mar, pero en realidad ella es la que me mantiene a flote. Ella debe estar hecha con un ingrediente especial, porque me llena de vida con solo tenerla. Abrasarla, así desnuda como la tengo ahora, es como bailar en el aire con la música de su respiración, creo que yo soy su única imperfección y hasta a mi me hace mejor. Mas grande e inmenso de su mano.

**Fin**